**Vincent Milhou**

**Crónicas de las siete edades**

***Cuento mitológico.***

***Ensayo sobre el poder, el amor y el tiempo.***

**Prólogo.**

*Al principio de cada cosa,*

*antes del todo,*

*antes del mundo;*

*en los tiempos de antes del tiempo*

*que nace y mata,*

*ofrece por azar y arrebata siempre,*

*del tiempo amo de las cosas*

*y soberano del alma,*

*¿qué había?*

*¿Qué había al principio?*

*¿Qué habrá al final?*

*Estas dos preguntas nos están vetadas,*

*pero el humano angustiado*

*cuestiona sin cesar*

*hasta que la muerte por fin*

*le otorga la respuesta.*

*Y como no podía saber*

*el humano inventó*

*y con locura creyó en sus fantasías*

*a las que llamó fe.*

*Sin embargo...*

*La existencia de los dioses siempre será*

*un hecho improbable*

*pues únicamente sabemos que no sabemos nada.*

*Así pues, como sólo la imaginación nos está permitida,*

*aquí está la leyenda del tiempo,*

*un cuento que descuenta las siete edades del mundo*

*hasta su destrucción,*

*ya que todo lo que nace es llamado a perecer,*

*todo principio lleva a su fin,*

*todo fuego a la ceniza*

*y todo brote al óbito*

*He aquí la leyenda del tiempo,*

*redonda como el mundo,*

*sin moraleja alguna,*

*inventada sin otra razón*

*que la de pasar el tiempo*

*aguardando la muerte.*

**Poema 1: Los tiempos sin tiempo**

**Canto 1.**

*Mucho antes de los tormentos del mundo,*

*en los tiempos de antes del tiempo*

*estaba la Armonía,*

*la hierática y soberana,*

*efímera y eterna felicidad,*

*el tiempo sin curso, prisionero*

*del amor único en el universo ausente.*

*La mujer y el hombre,*

*el día y la noche,*

*todos los elementos*

*formaban un único cuerpo,*

*y todos los contrarios*

*un solo espíritu;*

*la perfecta Armonía reinaba sobre la nada.*

*Pero todo pasa y perece, incluso el amor*

*y la Armonía se rompió.*

*Los primeros amantes de los albores del tiempo*

*que eran misma carne,*

*con un solo corazón*

*y una sola mente*

*dejaron de enlazarse.*

*Se desunieron,*

*nadie supo, sabe ni sabrá por qué razón*

*y de aquel desgarro nació el mundo.*

*Escupidos en el vacío,*

*augurando las desgracias venideras*

*nacieron los dos primeros dioses*

*Mayda y Mordod,*

*la mujer y el hombre,*

*la luz y la noche,*

*el orden y el caos.*

**Canto 2**

Mordod era rey en la tierra, en la roca infinita, en el horizonte sin vida de los albores del tiempo. Reinaba sin cuartel en su trono de piedra en medio del mundo. Sombrío y severo, moraba allí, impasible, añorando el tiempo de la armonía, la génesis del amor eterno.

Y se lamentaba:

“Sólo importa la felicidad, lo demás es locura”

Mayda... Ella había roto la armonía, para crear mil cosas en el universo. La felicidad eterna no le había bastado, ella había querido conocer la belleza del efímero presente, la promesa del porvenir, la nostalgia de los recuerdos. Ella había destrozado la armonía, para crear el tiempo. Y en su trono de piedra, en medio del mundo, Mordod se lamentaba:

“Sólo importa la felicidad, lo demás es locura”

Ella era la vida y él el fenecimiento,

ella creaba y él destruía,

ella había hecho la luz pero él la había cubierto con su manto de noche.

Sólo quedaban las estrellas dispersas en la bóveda del cielo, como la esperanza que nunca desvanece y se burla de la muerte.

Mordod se quedaba sentado en su trono en medio del mundo, rumiando su tristeza; y sus pensamientos cobraban vida. Del veneno de sus palabras, de los senderos sinuosos de su mente, del fuego de su rabia nacían las serpientes. Se deslizaban por el desierto, se insinuaban en cada recoveco del mundo para cazar las creaciones de Mayda. Todo lo tragaban, todo lo sorbían, y luego escupían polvos y piedras. Nada se les escapaba, Nada, excepto el fuego de las estrellas, altaneras en la cúspide del cielo, que los monstruos reptantes no lograban atrapar.

Mordod estaba habitado por pasiones contrarias. Rencor, celos y cólera… “Sólo importa la felicidad, el resto es locura”. Él era el cuerdo y ella la insensata. Mayda era la única culpable de todos los males, había roto la armonía, había matado el amor y reportado su ternura hacia las mil cosas que generaba. Pero él las aniquilaba, quería seguir siendo el objeto único de su pasión; y como el amor ya había muerto, él la odiaba con toda su fuerza. No podía pasar sin ella y la forzaba.

Mayda había perdido el destello de su belleza de antaño. El dolor y la desgracia habían deformado su cuerpo, ya no era más que una anciana macilenta llorando el sufrimiento del mundo. Daba a luz a los hijos de Mordod, los hijos de la violación, los gigantes, todos horrendos y deformes, innobles y sin espíritu. Estos retoños del caos vagaban por el desierto, cazando serpientes para comer su carne y matando el tiempo con sus juegos bárbaros.

Lanzaban largas jabalinas en el cielo umbrío y a veces lograban perforar alguna estrella, que caía fugaz en la noche fría y agonizaba a sus pies. Los hijos de Mordod contemplaban, atónitos, el fuego que se moría, deleitándose con el calor en sus pieles gruesas. Pero siempre el fuego se disipaba, y de pronto no quedaba más que cenizas en el desierto. Entonces la manada de los gigantes aullaba de rabia y sus gritos enloquecidos desgarraban las tinieblas.

**Canto 3.**

Sin embargo, tras una eternidad de vanos esfuerzos, Mayda empezó a dudar.

“¿De qué sirve crear, si todo muere al instante, si cada nueva vida lleva con ella el sello de la desgracia?” pensó por primera vez.

“¿Y si Trom tuviera razón? ¿Y si sólo importase la felicidad, y todo el resto fuera locura?”

Mayda, hastiada, se tumbó en la arena fría y se durmió. En sus sueños reaparecieron los tiempos alegres de la armonía.

De repente una luz intensa la deslumbró. Se despertó de un sobresalto. El sueño se había hecho realidad y había nacido una estrella nueva, más brillante que ninguna, que ascendió lentamente al negro firmamento. Era la estrella del Norte, que ayuda a los viajeros a encontrar su senda en la noche y a esclarecer sus dudas.

Mayda se dejó guiar por la estrella que la llevó hasta el trono de su esposo, en medio del mundo. El rey estaba dormido. Era sombrío, era horrendo, pero Mayda, cegada por la luz, tan sólo vio una silueta deslumbrante. Silenciosamente, deshizo el manto de su esposo, y sin despertarlo, dejó que penetrara en su carne. Hizo el amor al rey dormido, que le hacía el amor también, en sus sueños, sin levantar los párpados. La armonía reapareció fugazmente antes de desvanecer, reminiscencia efímera de los tiempos sin tiempo.

El uno contra el otro, los dos viejos amantes acababan de engendrar a un hijo, fruto de la armonía. Mientras estaba encinta, Mayda no golpeó su barriga como lo hacía con cada uno de sus odiosos retoños, y al nacer el bebé era más pequeño que sus hermanos gigantes, pues había rechazado crecer para no herir a su madre durante el parto.

Ayli guardó en secreto el nombre del niño, Potestor, que significa en un idioma olvidado por todos “el que se vuelve sabio”. Mordod, viendo al neonato tan enclenque, prorrumpió en risa, pero al notar que Mayda lo mimaba amorosamente, arrancó al retoño de los brazos de su esposa y le prohibió acercarse a su prole. Ella fue desterrada y tuvo que marcharse al otro lado del desierto para instalar su morada en una gruta secreta, más allá del horizonte.

Mordod dejó al niño en la manada de los gigantes. Pronto, se convirtió en el hazmerreír de todos, la víctima perfecta de sus juegos crueles, él tan hermoso y pequeño entre los hijos de la fealdad. Pero el niño no reaccionaba. Ningún odio, ningún rencor lograba mancillar la pureza de su corazón, el fulgor de sus ojos inocentes. Tan sólo huía, de vez en cuando, para errar sin rumbo por el desierto, lejos de la manada. Corría hasta perder el aliento en la inmensidad, libre, despreocupado, y luego, extenuado, se tumbaba en la arena para contemplar las estrellas en la bóveda del cielo. Les había dado un nombre secreto a cada una, y le gustaba hablarles, pues eran sus únicas amigas.

Una vez, en una de sus huidas, el niño se alejó más que de costumbre del campamiento de los gigantes y descubrió una cueva. Entró, atraído por un fulgor que manaba de lo más profundo de la piedra. Y allí, en las entrañas de la roca, había una mujer joven y hermosa. Su abundante cabellera de luz iluminaba la gruta.

“Te saludo, Potestor, hijo mío, dijo con una voz suave. Sabía que tarde o temprano vendrías a visitarme.

- ¿Quién eres? Preguntó el niño, atemorizado.

- Soy Mayda, tu madre. Ven a besarme, hijo mío.

- ¡No eres mi madre! Gritó el niño. Dicen que mi madre es vieja y horrible, y que nos odia a todos, pero tú eres hermosa.

- También puedo ser fea, prosiguió la mujer. Soy la dama de los dos rostros, todo depende de la manera en que me miran. Si tienes esperanza, si confías en el porvenir y no temes a la muerte, soy bella y joven, y siempre te sonreiré. Pero soy mala y más terrible que la muerte si quieres violentarme o retenerme prisionera. No soy más que el reflejo de las miradas que me echan. Tú me viste bella porque llevas contigo la promesa del hermoso mundo que pronto nacerá. Potestor, hijo mío, tú eres mi única esperanza. Debes destronar a tu padre y convertirte en el rey de las nuevas edades.

- Pero... ¿De qué modo?

- Debes matar a tu padre, y subir al trono

- ¡No! Yo no deseo la muerte de nadie. ¡Y tú, eres aún más mala que mi padre!”

El niño, aterrorizado, salió de la cueva tan rápido como pudo, y se puso a correr, hasta perder el aliento por el desierto, intentando escapar de su destino.

**Canto 4**

De vuelta en la manada, el niño, perdido en sus pensamientos, tropezó con Oynog el tuerto, el más temido de todos los gigantes e hijo predilecto de Mordod. Como respuesta, el coloso asestó al crío un formidable puñetazo que le tumbó en el polvo, provocando la risa de todos.

De un manotazo, Potestor secó el reguero bermejo que se derramaba de su labio. En su boca el sabor de la sangre llamaba a la sangre, y por vez primera, el niño sintió odio. Recogió del suelo un guijarro afilado y, levantándose de repente, lo tiró con toda su fuerza hacia hocico del gigante. La piedra alcanzó el único ojo válido de Oynog y se plantó en su órbita.

Los gigantes se quedaron atónitos. El coloso cegado berreaba como un demente y el pequeño hazmerreír se mantenía orgulloso, sin temblar, en medio de la manada.

Llevaron acto seguido al niño a ver a su padre, en su trono de piedra en medio del mundo. El rey de las sombras observó, incrédulo, al más enclenque de sus hijos, y luego declaró:

“Entonces, he aquí al último de nosotros que se vuelve temerario. Heriste a mi hijo favorito. Estás loco. ¿Crees acaso que soy capaz de perdonarte?”

Potestor miró fijamente a su padre, sin vacilar. En cuanto había derramado sangre había dejado de ser niño. Contestó con voz firme:

“Estoy aquí para destronarte”

Mordod soltó una carcajada estruendosa y la manada entera de los gigantes se rió con él.

“Por lo menos, no te falta valor, dijo entonces el rey. Heriste a Oynog y ya te crees grande bajo las estrellas. Pero eres el más endeble de todos... ¿Así que te atreves a desafiarme? Pues que así sea. Te enseñaré mi poder en tres pruebas. Si me vences en estas tres pruebas, entonces te cederé el trono. Pero si fracasas en una sola prueba, daré tu cuerpo de comer a todos mis hijos, y tus ojos a Lyeo’l, para que recobre la vista”

El rey de las sombras cogió su gran arco de hueso, tallado en la costilla del dragón más fuerte. Tensó el arco con todos sus músculos y la flecha se perdió en la noche. Siete estrellas cayeron perforadas en el suelo. Se quemaron en la arena fría y cuando se extinguieron, Trom declaró:

“Si consigues con una sola flecha que caigan más de siete estrellas, entonces habrás ganado la primera prueba”

El niño, agobiado por el pánico, se echó atrás y aprovechó las risas de los gigantes para huir. Se echó a correr, y corrió tanto como pudo por el desierto, hasta perder el aliento, huyendo otra vez de su destino. Mordod quiso matarlo con una flecha, pero de repente las estrellas se apagaron para proteger al niño en su fuga.

**Canto 5**

Todos olvidaron a aquel muchacho insensato que se había escapado. Sólo Oynog el ciego guardaba para siempre su recuerdo, marcado en su carne, y sólo la venganza podría apaciguar su dolor.

Sin embargo, el niño volvió a ver a su padre en el trono de piedra en medio del mundo. Delante del rey, desplegó una extraña red dorada, que su madre Mayda había trenzado en su cabellera. Ató la red a una flecha, cogió el arco de su padre, lo tensó y tiró la flecha apuntando a las estrellas.

Al caer, la red estaba llena de luz. Un ser salió de la malla, y luego otro, seguido de un tercero, de un cuarto, de una multitud hasta el número de siete veces siete. Eran pequeños, delgados y tristes, con el cabello de oro o de plata, y dos ópalos encendían sus rostros de nácar.

“¿Qué tipo de magia es esta?” vociferó Mordod.

Uno de los seres avanzó hacia él.

“Soy Istaril, el príncipe de las estrellas, y aquí están mis hermanos. Somos el fuego de la esperanza. Dispersos, minúsculos y sin embargo iluminamos la tierra. Algunos de los nuestros cayeron por culpa de vuestras flechas y jabalinas y sus cuerpos, muriéndose, os calentaron durante un tiempo, pero brillamos con fuego eterno para quien sabe domesticarnos.”

Trom tuvo que aceptar su derrota, pero enseguida recobró su soberbia y declaró a Potestor:

“Pretendes ser rey, pero no eres más que un niño. Un rey no es nadie sin sus hijos, sin un pueblo que obedece, un pueblo fuerte apegado a su jefe que los guía, los ama y castiga. Engendra un pueblo, antes de pretender ser rey, pues los gigantes no son de tu raza y no te aceptarán nunca en el trono. Mientras tanto, mis hijos se prepararán para enfrentarse a tus huestes. Si obtienes la victoria, habrás ganado la segunda prueba y ya sólo te faltará una para derrocarme. Sí, engendra un pueblo... Aparéate con tu madre, si quieres, pero poco tiempo tienes antes de que el más temible de los ejércitos avance hacia ti”.

Trom se marchó, dejando al niño solo en medio del desierto. El rey de las sombras preparó a los gigantes para el combate venidero. Desde lo más alto de las montañas, en lo más hondo de las cuevas, por las gargantas y desfiladeros, se oía el estrépito de las armas, las risas de los gigantes entrenándose al cruel juego de la guerra.

Mientras tanto, el niño estaba solo en medio del desierto, abandonado por todos. Las estrellas habían regresado al firmamento, y Mayda su madre tampoco contestaba a sus llamadas.

Potestor rompió a llorar. ¿Cómo iba a engendrar un pueblo? Se quedó un largo rato inmóvil, preso de su tristeza, cuando de repente, se dio cuenta que con su mano distraída, por azar había acariciado el suelo, y allí había grabado un dibujo. La arena mezclada con sus lágrimas se había vuelto arcilla. El niño juzgó el dibujo y le pareció hermoso, entonces dejó errar sus manos, divagar su espíritu, y logró olvidar su desgracia.

Moldeó multitud de siluetas y rostros en el desierto, hasta que el cansancio se apoderó de él. Se durmió entonces en la arena mancillada con sus propias lágrimas, debajo del manto de estrellas. Miles de estatuillas yacían en el suelo. No eran grandes ni hábilmente cinceladas, pues la tierra del desierto era gris y polvorienta, pero manaban de un corazón puro y de un alma artista.

En el sueño del niño, las estatuas se animaron y se pusieron a cantar:

*“Una tierra, un sueño, un rey*

*Unidas son piedra y carne*

*El niño convertido en hombre*

*Es nuestro Creador y padre”*

Potestor despertó: allí estaban, de carne y hueso, los hijos de sus sueños infantiles, el pueblo de los duendes, gesticulando y formando una gran algarabía aclamándole.

**Canto 6**

Los duendes bailaron en un gran corro y por vez primera se oyeron melodías y cantares en el desierto. Pero la danza cesó de golpe, pues se oyó a lo lejos un rugido ensordecedor. Eran los gigantes que acudían a la guerra.

En la cima de las montañas, en las gargantas y en los desfiladeros retumbaba el paso del ejército de Mordod. Avanzaban como un cuerpo atormentado en las laderas de las montañas, como un cuerpo único dotado de miles de puños dispuestos a moler, miles de hocicos dispuestos a engullir.

Delante de sus huestes caminaba Mordod, el rey de las sombras, agarrando la mano de Oynog, la venganza ciega, y ambos en las tinieblas guiaban el paso de la manada. Alrededor de los gigantes, bullían serpientes, dragones y salamandras. En el suelo reptaban, en el aire revoloteaban, dentro la tierra se sepultaban.

El paso de los gigantes resonaba hasta lo más profundo de la roca. Potestor sentía pánico, tenía ganas de huir como siempre por el desierto, pero se repuso: ahora era padre y rey, debía superar su miedo para proteger a sus hijos. Entonces reunió a los duendes y declaró:

“Hijos míos, poneos a trabajar. Cavad, cavad tanto como podáis, una brecha larga como la mitad del mundo y que llegue a lo más hondo de la tierra.”

Los duendes se pusieron manos a la obra. Excavaron una fisura en la roca, y trabajando sin tregua, consiguieron olvidarse de los gigantes que avanzaban hacia ellos.

Pronto Potestor los presintió acechando en la sombra. Trom se encontraba en lo más alto de la montaña, escrutando el valle, sin lograr adivinar cuál era su enemigo. A su lado, Oynog el ciego aspiraba el aire frío, buscando en el viento el olor del adversario. El pueblo de los gigantes seguía detrás, armados con mazos y jabalinas. Los dragones se arremolinaban encima de sus cabezas, se enrollaban en sus brazos, se insinuaban en sus pies.

Mordod ordenó por fin el asalto y los gigantes bajaron corriendo la pendiente, arrastrando tras ellos nubarrones de polvo.

Cuando de repente....

De repente el firmamento se abrasó. Hubo un gran fulgor y las estrellas se soltaron de la bóveda del cielo. Miles de luciérnagas cayeron en picado sobre el ejército gigante, formando una gran humareda titilante, danzante y cegadora. Los gigantes intentaban atrapar las estrellas fugaces con sus dedos gruesos. Se debatían a ciegas, golpeando al azar, por instinto, luchando en vano, pues cuando lograban apoderarse de una estrella, se quemaban las manos y las soltaban enseguida.

Numerosos gigantes rodaron arrastrados por su propio peso hasta el valle. Los demás corrían detrás de los fuegos fatuos que centelleaban delante de sus ojos y los guiaba irremediablemente hacia el precipicio. Los colosos perseguían la luz ligera que les enloquecía, que los llevaba a la destrucción como el pastor conduce su rebaño hacia el matadero.

Mordod les ordenaba que se quedaran quietos, les exhortaba, suplicaba, en balde. Los gigantes maravillados se abalanzaban hacia su propia muerte, arrollados por las estrellas, hechizados por la insostenible atracción de la luz.

Fue tarea fácil precipitarles en el barranco. Los duendes les hicieron tropezar colándose entre sus pies deformes, y el pueblo menudo pronto venció a estos cuerpos inmensos desprovistos de razón.

*Uno tras otro cada gigante cayó al abismo*

*Cayó sin fin, cae todavía y seguirá cayendo*

*Sus gritos resonaban y aún resuenan*

*Y a este grito que nunca perece, lo llamaron eco.*

No obstante, unos pocos gigantes lograron evitar la caída y corrieron despavoridos hacia el septentrión, hasta refugiarse en las cuevas más profundas del mundo. Y desde entonces, la raza de los gigantes recela más que nada de la luz, tal como la bestia feroz teme el fuego de los hombres.

Al final del combate, las estrellas volvieron a la bóveda celeste, dejando una nube sutil de oro y plata en el campo de batalla.

Contemplando la derrota, Mordod desde lo alto de la montaña apuntó al cielo con su índice, y de repente una nube de dragones alzó el vuelo, luego apuntó hacia el suelo y las serpientes reptantes se dirigieron hacia la llanura.

El ataque fue breve, una multitud de garras como cuchillos, de colmillos envenenados, de cuerpos asfixiados, de mordeduras y cortes. Los duendes escaparon, presos del pánico y pronto el silencio se hizo sobre la faz del mundo. Los dragones y las serpientes se habían impuesto en el desierto y Mordod saboreaba su victoria.

Sólo doce duendes habían conseguido sobrevivir, refugiándose con Elyor su padre en una gruta cuya entrada era tan estrecha que ningún dragón podía deslizar su cuerpo para penetrar en ella. Los duendes se veían ya condenados para siempre a quedar prisioneros de la piedra, huyendo de la muerte reptante que había devorado la última esperanza del mundo.

**Canto 7**

Pronto una luz iluminó los rostros de los doce duendes en la cueva. Apareció Istaril, el príncipe de las estrellas, que con voz suave dijo:

“No te atormentes, niño rey, ni vosotros, pueblo menudo. Quedaos aquí, dejaos acunar por la tierna penumbra en el corazón de la tierra. Pronto saldréis y se hará la luz.”

Nitsed dirigió una sonrisa a Potestor, una sonrisa triste como un adiós y salió de la cueva. Avanzó solo hacia la llanura rebosante de serpientes. Caminaba recto, abriéndose paso entre los cuerpos sinuosos de los reptiles.

Entonó una canción. Su voz clara corría hasta el abismo, alcanzando el eco de los gigantes caídos. Al llegar al campo de batalla, acabó su primera estrofa y una serpiente le contestó con una mordedura audaz. Alrededor del peregrino, los dragones se agrupaban, intrigados por esta presa tan fácil. Pero el ser incandescente retomó su camino y su cante, más decidido que nunca. Al finalizar la segunda copla, los monstruos se abalanzaron sobre él. La sangre brotó en el gélido desierto. El peregrino ya no era más que un muñeco desarticulado a la merced de las viles criaturas. Pero Istaril prosiguió, hasta acabar su tercera estrofa, y en un último estertor, saltó en la brecha cavada por los duendes. Con él cayeron todas las serpientes, sanguijuelas y salamandras agarradas a su cuerpo. Y así fue cómo, gracias a su sacrificio, la plaga de los reptantes horripilantes desapareció de la faz de la tierra.

Desde lo más profundo del abismo, horadando las tinieblas, apareció una estrella nueva, que subió poco a poco, ligera, hasta alcanzar el cénit. Era la estrella del Sur, el alma de Istaril y de ella manaba una gran luz que esclareció y calentó cada rincón del universo.

Oynog sintió el calor desconocido en su piel, Mordod protegió su mirada con el revés de su mano. Ambos, en medio de la claridad, seguían en la oscuridad. Titubeantes, bajaron de la cresta. El gran rey ya no era grande ni rey, tan sólo un anciano tembloroso en medio de la luz.

“Padre, dígame la tercera prueba” ordenó Potestor.

Mordod dudó. Su hijo le miraba fijamente, impasible, soberbio. Su rostro había perdido sus rasgos infantiles. El mundo había envejecido repentinamente, una edad nueva estaba a punto de llegar. Mordod, cabizbajo, balbuceó:

“Al fin y al cabo, mi reino y mis hijos poco me importan. Sólo cuenta para mí aquel amor perdido para siempre. Ayli ahora es vieja y mala, y la armonía desapareció. Ojalá pudieras enseñarme de nuevo al ser que tanto quise, tal como era en la edad de la armonía y te ofreceré sin rechistar todo este desierto.”

Potestor disimuló su sorpresa y fue a buscar a su madre, que él siempre había visto hermosa y joven. Así también la vio Mordod, pues el odio por fin había desaparecido de su mirada. Su esposa resplandecía en la luz naciente, ella era de nuevo la belleza del albor de los tiempos.

Mordod mojó sus ojos y Mayda lloró de pena.

“La culpa de mi desdicha la tiene el tiempo, declaró al rato el viejo rey. El amor es la luz eterna pero el tiempo la convierte en fuego, que lo abrasa, lo devora todo y siempre acaba muriendo. Todo está condenado a pudrirse y a perecer. El tiempo es más fuerte que el amor, por lo tanto vivir es vano.

Hijo mío, ahora vas a sucederme en el trono del mundo, pero sepas que el amor también te hará perder la razón. Por una mujer, como yo perderás tu reino, y harás que renazca el caos de la edad del tiempo sin tiempo.”

Pero Potestor, el nuevo rey de las edades, en su fogosa juventud, no escuchó las palabras del viejo soberano, sólo escuchó el gemido de la venganza en su fuero interno. Tampoco dejó que su madre otorgara el perdón. Cogió una lanza y la clavó en el pecho de su padre que estaba llorando de rodillas frente a él. La sangre del viejo rey se derramó, regando el desierto, y así apareció la vida en el mundo.

Oynog el ciego se tumbó al lado del cuerpo del rey de las sombras, pero Potestor no pudo resignarse en matarlo también a él, así que dejó al coloso abrazado al cadáver de su padre, llorando lágrimas de sangre con su ojo vacío.

*Sus llantos sangrientos resonaban en la llanura*

*Resuenan y resonarán contestando al eco*

*Hasta que algún día, aquella queja, más allá del abismo*

*Llegue hasta el alma de Trom y la despierte*

*Y que Lyeo’l por fin hereda de la mirada de su padre*

*Miles de años más tarde, en el crepúsculo del mundo.*

**Poema 2: el mundo de arriba y el mundo de abajo.**

**Canto 1**

Para agradecer a las estrellas que le habían dado la victoria y para abandonar la tierra estéril, Potestor, el nuevo rey de las edades, mandó construir un palacio en el cielo para vivir siempre feliz con sus hijos los duendes.

Llamó a su morada Caelvala, el palacio de las nubes. Hecho de cristal, reflejaba la luz de las estrellas, y el edificio era tan ligero que el conjunto de la ciudad reposaba sobre una constelación de tan solo cuatro luceros, que aún se puede apreciar en las noches despejadas. Caelvala se mantenía a equidistancia entre la estrella del Norte que guía a los peregrinos, y la del Sur, alma de Istaril, que da calor a los corazones puros.

Para acceder al palacio, los duendes habían construido una escalera de cristal de mil y un peldaños. El primer escalón era el antiguo trono de Mordod en medio del mundo y el cristal era tan fino que reflejaba todos los colores del firmamento; se trataba del arco iris, que hoy día aún podemos contemplar cuando el sol sucede a la lluvia.

Arriba de la escalera había una larga terraza en la que se podía abarcar la tierra entera de una sola mirada. Pero esta vista disgustaba a Potestor, pues no era más que un frío y angustioso desierto cargado de recuerdos horrendos. El joven rey prefería quedarse en su palacio de cristal, donde todo era jolgorio y placer.

En la entrada de Caelvala no había murallas, pues el mundo no tenía enemigos. Detrás de la terraza, existía un gran huerto bajo las estrellas, constelado de flores embriagadoras y de árboles de frutas jugosas, y en medio de este vergel, una fuente escupía vino, creada por la fantasía del primero de los duendes y el más loco de todos, Doyo.

Después del vergel, se entraba en el palacio. Un laberinto de pasillos y de escaleras secretas llevaban a innumerables habitaciones y vestíbulos, todas relumbrantes y sorprendentes. Cada vez que nacía un nuevo duende, una nueva sala aparecía como por encanto. Y en el corazón del palacio, había una inmensa sala para comer, bailar, reír y beber, en la que se encontraba el trono del rey. Era una sala abovedada por doce estrellas, para conmemorar a los doce duendes supervivientes de la masacre de las serpientes en los albores de los tiempos, *(los varones* *Doyo, Foryo, Siskiyo, Etiyo, Diskiyo, Tolviyo, et las féminas Unaya, Siriya, Zinkya, Sevinya, Noevya, Elvenya)* En medio de la sala, había una mesa de cristal finamente cincelada por Unaya, que se llenaba sola con los manjares más delicados, los néctares más suaves, y que tenía el poder de alargarse o acortarse en función del número de comensales.

En la sala del trono, en las habitaciones innumerables, en el vergel florido, todo era ocio, lujo y libertad. Todo estaba permitido, salvo el trabajo y la pesadumbre. La abundancia era perentoria, el exceso una regla.

*Los comensales se embriagaban con músicas y poemas*

*Comían sin hambre, bebían de los cuatro vientos*

*Se emborrachaban de amor y libertad*

*Hablaban en los sueños y soñaban despiertos*

*Y entre sueño y sueño se mantenían risueños*

*Bebiendo, bebiendo y engullendo hasta no más poder.*

El amor era libre, fluía como el aire y como el espíritu, no existían las cerraduras, todo siempre permanecía abierto de par en par, fuesen puertas, bocas, mentes o entrepiernas.

Una única puerta quedaba cerrada, la de los aposentos de Mayda, la madre de todas las cosas. Ella vivía sola en el corazón del palacio, pues aquellos festejos no eran de su agrado. Sin nunca salir de su habitación secreta, tejía en su cabellera el destino del mundo, hilvanando en su madeja el hilo del tiempo que transcurre inexorablemente.

Pero todos habían olvidado a la madre del mundo, incluso su hijo Potestor. En Caelvala prevalecía la alegría, y el desaliento estaba prohibido.

Y cuando la embriaguez se volvía trágica, cuando los cuerpos habían digerido, cuando los vinos se volvían vinagre y los manjares se corrompían, un inmenso pozo servía para verter todo aquel fango en la tierra, en el mundo tan desolado que todos habían olvidado.

**Canto 2**

El tiempo pasó desapercibido…

Potestor había alcanzado la edad viril y había adquirido, como el resto de los comensales, una panza formidable. Su barriga se había convertido en el templo de su alma, densa y rellena aunque siempre insaciable.

Sin embargo, una vez sintió el rey un malestar repentino, y desertó de la fiesta. Cruzó titubeando los huertos de Caelvala y se fue a la terraza del palacio para respirar el aire puro de la noche. Contemplando el mundo de abajo, adivinó un magma incierto en el suelo que reflejaban las estrellas. Sorprendido, decidió observar desde más cerca la tierra y bajó a duras penas, transpirando, los mil y un peldaños de la escalera de cristal.

Descubrió entonces un océano de barro, de excrementos y de deshechos que se extendía hasta más allá del horizonte. Todos los manjares malgastados y lanzados por el gran pozo de Sidarap se habían amontonado en la tierra desde el principio del mundo y formaban una ciénaga maloliente, más angustiosa que el mismo desierto, que acarreaba resacas de orina, hiel y vómito.

Potestor contempló con esperpento el espectáculo. De repente vio un remolino en el magma, y apareció entonces en medio del fango un hombre desnudo con un bastón en la mano, el pelo y la barba desgreñados, el cuerpo cubierto de barro. Al observarlo, Potestor en un momento reconoció a su propia imagen mancillada.

El hombre parecía no prestar atención al rey, pues estaba demasiado ocupado en agitar su bastón en la extensión de fango, creando olas y remolinos.

“¿Quién eres tú? Gritó Potestor.

- Me llamo Simar, contestó el hombre hirsuto, sin ni siquiera levantar la mirada.

- ¿Pero qué diantres estás haciendo?

- Remuevo, muelo, desagrego, separo. Así doy vida a lo que estaba muerto. De estos raudales de lodos, extraigo el agua para verterla poco a poco sobre la superficie de la tierra. Llamé a mi reino océano y a mis conquistas, ríos. Y dentro de poco llegaré a poseer la tierra entera. Como no era de nadie, me convertí en su amo. La irrigaré y la labraré. Y ahora, si permite, amigo mío, debo seguir con mi labor, tengo mucho que hacer”

Confuso, el rey balbuceó:

“Pero... Yo soy el rey, y te prohíbo…

- La tierra es de quien la trabaja, amigo” respondió altivo el hombre de barro, antes de desaparecer, engullido por la marejadilla.

**Canto 3**

Potestor se quedó sin voz y volvió, asqueado, al palacio de Caelvala. Subiendo los mil y un escalones, el sudor goteaba en su frente y la vergüenza le picaba las mejillas. Una vez en su morada sintió nauseas, la mala sangre le subió al rostro, la bilis se derramó en sus palabras.

Entró en una cólera repentina, en una cólera pueril y de su boca salieron a raudales palabras tan pútridas como el océano del mundo de abajo. Volcó la gran mesa de los duendes y destruyó todo lo que tenía a su alcance, manjares, jarras, vasos y cubiertos. Y como el palacio era de cristal, las paredes reflejaban por doquier su propia imagen, se veía cubierto de excrementos, rojizo, adiposo. Así que, horrorizado por la fealdad de su propio reflejo, empezó a golpear los espejos de las paredes.

Los duendes, asustados, intentaron calmarlo. Se aglutinaron alrededor suyo para hacerlo entrar en razón, pero Potestor, aturdido por sus rostros abotargados por vinos y placeres, que se abalanzaban sobre él y le oprimían, acabó desmayándose.

El pueblo menudo no sabía qué hacer y al final decidió ir a preguntar a Mayda, la madre de todas las cosas, en sus aposentos en el corazón del palacio. La dama de los dos rostros entonces contestó:

“Fabricad un cetro para el rey, pues ya es tiempo que empiece a gobernar el mundo”

Y sin añadir una sola palabra, cerró de nuevo la puerta de su aposento.

Los duendes obedecieron a la reina. Tolviyo y Elvenya talaron el bastón del rey. Tolviyo se encargó de esculpirlo en el mármol más noble, y Elvenya grabó este lema: “Una tierra, un sueño, un rey”.

Mientras tanto, los demás duendes organizaron una ceremonia de coronación. Vistieron al soberano con una larga capa púrpura, colocaron una corona de hojas de viña en su pelo trenzado y adornado con flores de opio y de cáñamo, luego abrieron su puño para colocar el cetro. Por fin, instalaron al rey adormecido como pudieron en su trono, lo levantaron y lo pasearon, dando tumbos en una gran procesión etílica, animada por cantares y carcajadas.

Pero el cortejo tropezó y el trono se cayó. El rey borracho despertó yaciendo en el suelo. Contempló, pasmado, su ropaje ridículo y de nuevo la ira se apoderó de él.

“¿Así que me ofrecéis el poder? ¿Me entregáis vuestra libertad para poder volver cuanto antes a vuestros corros de niños? ¿Para poder ser siempre unos críos irresponsables que tiemblan cuando el padre les riñe? ¿Para dejarme errar en vuestro lugar, para que sólo mis manos se manchen con sangre? El rey, para vosotros es a la vez mártir y asesino. Yo rechazo tanto ser lo uno como lo otro. Sepáis, pueblo de borrachos, que no habrá rey en esta tierra.”

Potestor se precipitó hasta el gran pozo que servía de vertedero para los excrementos de Caelvala y tiró con todas sus fuerzas el cetro de los duendes. Lo lanzó tan fuerte y con tanta rabia que el fuego acompaño la caída, y que, al chocar contra el suelo, se oyó un estruendo que hizo temblar el mundo. Era el primer trueno que lanzaba el rey de los dioses.

Por encanto el cetro volvió a la palma del soberano, pues el bastón esculpido por los duendes tenía el poder de obedecer a la voluntad de su poseedor: lanzado por despecho, el cetro había provocado un relámpago. Pero el cetro también sabía discernir más allá de los gestos vanos la verdad de las almas, y por esta razón había vuelto a la mano del rey. Esto significaba que Potestor, en su fuero interno, deseaba realmente gobernar.

**Canto 4**

Del primer trueno del mundo, de la ira de Potestor, había nacido Feobran, el fuego destructor, el dios soldado. Estaba de pie, volcado hacia la orilla, desafiando al mar. Tenía el cuerpo desnudo, la tez de cobre, el cuerpo musculoso, una melena de llamas erguida en su nuca, con dos carbones ardientes plantados en sus órbitas. En cada puño agarraba una espada a rojo vivo para así marcar a los vencidos con el sello de la infamia. Pero no llevaba escudo: su única defensa era su vivacidad, su empeño, su fogosidad.

Feobran lanzó hacia el cielo un grito ronco dirigido a su padre y corrió resuelto al combate, para conquistar el océano. Avanzó audazmente cortando con sus espadas de fuego las olas humeantes, y Simar, como respuesta, desencadenaba oleajes y mareas que se rompían sobre el guerrero.

Feobran fue una primera vez rechazado y arrastrado hacia el arenal. Pero volvió al combate, herido en su orgullo, con más tenacidad que nunca, intentando como fuese guardar el pie firme en la tormenta. Fracasó de nuevo, y una tercera vez, y otra vez y siempre. Pero el fuego sin cesar volvía al asalto, para luego encallarse en el arenal. Mil veces estuvo a punto de morir, pero siempre encontraba la chispa para encender una nueva llama, y volver con más vigor al combate, cargando incansablemente sobre el horizonte.

A Feobran no le faltaba arte ni valor y nunca hubo ni habrá en el mundo mejor guerrero, pero evidentemente, el fuego no puede ni podrá jamás vencer al agua. Feobran lo había adivinado desde su primera derrota, pero él era soldado y obedecía a las órdenes de su señor y amo. Había nacido para combatir a Simar, en lugar del rey y para su gloria y no podía fallar en su misión sagrada. Desde entonces se empeñaría en esta única meta, a pesar de las treguas venideras, hasta el crepúsculo del mundo, pues su función en la vida era someter al océano. Nunca renunciaría a esta lucha fratricida, jamás descansaría hasta que uno de los dos venciera o ambos perecieran en un sangriento abrazo.

Simar se defendía, agitando su bastón, atormentando las aguas para proteger su obra y salvar su labor; su resistencia era la del humilde que la injusticia indigna, la del sabio que con toda su razón da rienda suelta a su ira.

**Canto 5**

Desde la terraza del mundo, Potestor observaba con su séquito el duelo entre el agua y el fuego. Pero pronto sus ojos ya no lograron distinguir las dos siluetas que bailaban luchando en el mundo de abajo.

El humo poco a poco había cubierto la tierra, un humo nacido de las llamas y de las olas entremezcladas. Las brumas enviaban al rey las imágenes distorsionadas de batallas quiméricas, formas galopantes, caballos fogosos de fuego y de espuma que se encabritaban en el cielo para luego deshilacharse, reflejos estrellados que el mar proyectaba al revés en la noche, rostros con muecas dolorosas, colosos de algodón que atravesaban las tinieblas y retorcían las nubes. La niebla se había interpuesto entre el cielo y la tierra, haciendo ilusorias las evidencias, enturbiadas las verdades.

Una brisa se levantó, que refrescó los rostros de los duendes y del rey apoyados en la balaustrada del balcón de Caelvala, y se oyó un susurro en el cielo:

*Soy el viento insolente*

*Y vivo en todas partes*

*Repongo mis fuerzas*

*Con mi propia carrera*

*Soy corriente de aire*

*Y estoy al tanto*

*De todos los rumores*

*Por doquier en la tierra*

*Soy muy sabia*

*Soy la dama del viento*

*Silencioso transporto*

*La melodía del agua*

*El canto de la naturaleza*

*Cada susurro*

*Escucho y divulgo*

*Los secretos y alborotos*

*Y voy dando portazos*

*Cuando estoy rabiosa*

*Soy muy virulenta*

*Soy la dama del viento*

*Pero si no tienes temor*

*Sígueme en el vapor*

*Al borde del precipicio*

*Te daré la mano*

*Tú, rey y niño, ven*

*No hay mayor delicia*

*Que la de deslizarse sin fin*

*En un viaje embriagador*

*Por los senderos del viento”*

Primero indecisa y poco a poco nítida, se desdibujaba una silueta alada en las nubes. Como surgida de los vapores apareció una mujer joven y alta. Un manto de lino gris parecido a un sudario cubría su cuerpo delgado y dos majestuosas alas de guata rodeaban sus hombros huesudos. Su aspecto era hermoso, con rostro triste y pálido y su cabellera etérea revoloteaba acariciando su frente.

Era Aerwind, la diosa del viento, nacida del choque entre el agua y el fuego. La joven habló y sus palabras formaban una melodía suave que hacía cabriolas en las sienes del rey. Aerwind era el verbo, la palabra que hiere o que sana, nacida de dos padres silenciosos y solitarios, el océano apacible y el fuego furioso.

“Potestor, soberbio soberano, que miras cómo los demás se matan en tu nombre, escúchame. El combate se acabó con la victoria de Simar, pues el agua siempre será superior al fuego. La suerte de Feobrann está en sus manos, pero él no quiere asestar el golpe de gracia, el fuego y el agua son ahora hermanos de sangre, su lucha les ha unido el uno al otro, el soldado fiel al hombre de labor. En el fragor de las armas, de las llamas atormentadas y de las olas moribundas yo nací y la primera imagen que recibí al nacer fue la de mis dos padres luchando a muerte. Entonces entendí lo absurdo del mundo, la injusticia de los reyes y juré servir durante mi vida a un único amo: la libertad.

Potestor, altanero soberano, que reinas en tu palacio inaccesible, escúchame. ¿El mundo no es suficientemente grande para todos? ¿Acaso necesitamos a los reyes? Deja a cada uno ser amo de su propia persona y entenderás que la belleza del mundo proviene de las confluencias del viento, del mar y de la roca, de sus diferencias, de sus enfrentamientos, de sus amistades, del desorden armonioso y libre de la naturaleza sin que haga falta ningún Señor para regir el universo”

El rey adolescente recibió estas palabras como una afrenta y quiso castigar a la insolente, pero antes de recurrir a la fuerza, optó por contestar:

“Yo soy el rey y las criaturas de este mundo son mis súbditas. Un ser que pretende reinar en las inmundicias no puede ser mi semejante.

- La tierra estaba desierta y él la trabajó mientras tú la habías olvidado. Le pertenece y él no reivindica el reino de los cielos, tan solo quiere ser amo en su propio dominio.

- Es cierto, contestó el rey echándose atrás. No puedo pasarme de súbditos que trabajen mi tierra. Pero tan solo puede haber un rey. ¿Simar aceptaría ser mi vasallo?

- En mi opinión, el ocioso no debería ser amo de nadie, pues no lo es ni siquiera de sí mismo, pero se lo preguntaré a Simar. Él es libre o no de aceptar este compromiso. En cuanto a mí, nunca seré tu súbdita y nunca podrás encerrarme ni domarme. No se puede retener al viento.”

Potestor agarró su cetro para lanzarlo a la joven irreverente. Pero el cetro de repente se hizo pesado en el puño del rey y se cayó en el suelo, pues Potestor, a pesar de su aparente cólera, deseaba en realidad dialogar. Aerwind voló hacia la tierra y desapareció en las brumas.

**Canto 6**

Aerwind volvió a ver a Potestor en la terraza del mundo y le entregó la respuesta del señor de las aguas.

“Simar acepta convertirse en tu vasallo, pero quiere reinar en el mundo de abajo, en el desierto que abandonaste. Te deja reinar sobre el mundo de arriba, sobre el cielo y las estrellas.

- Me parece que se está volviendo sensato, contestó Potestor. Pero rechazo cederle la tierra entera. Una tercera parte del mundo me parece suficiente. Corre Aerwind, vuela y llévale mi respuesta.”

Aerwind voló de nuevo hacia la tierra. Fue y volvió de este modo una gran cantidad de veces, de la tierra hasta el cielo y del cielo hasta la tierra, llevando con él las palabras del uno y del otro, abriéndose paso entre las nubes. En cada uno de sus viajes iba acompañado de un rayo de luz, marca de la esperanza para que la paz reinara en el universo.

Aerwind, volando en el cielo tejía el hilo del diálogo entre los dos dioses. Potestor y Simar tenían dos argumentos contrarios, pero Aerwind en el cielo ataba los discursos de ambos, unía las razones del uno a las del otro y las iluminaba con tolerancia y respeto. En el cielo, gigantesca madeja del viento, la diosa creaba poco a poco, ajustando los hilos del diálogo entre los dos reyes, la más grande de las estrellas, la más brillante, la más calurosa. Y cuando Simar y Potestor sellaron por fin su acuerdo, la estrella de Aeerwind lanzó sus rayos y resplandeció con toda su fuerza: el sol había nacido, dispersando su generosidad en el universo, calentando el corazón y el espíritu de cada ser en el universo.

La silueta de un hombre joven con melena de oro, deslumbrante de belleza salió del círculo del sol para ir al encuentro de Potestor y de Aerwind. Era Sólsun, nacido del verbo trascendido, el dios de lo hermoso y de las artes, que ofrecen espíritu y alma a la materia, que trascienden los impulsos más viles, los sentimientos más innobles, Sólsun, el dios del sol que hace madurar la fruta y el trigo, que da luz y calor a toda cosa en el mundo.

El ser de luz se sentó en el brocal de la fuente que vertía vino, en el vergel de Caelvala, arrancó doce rayos de sol escogidos entre las palabras más suaves pronunciadas por los dioses, y ató estos hilos luminosos a un arco, fabricando así un harpa. Luego caminó hasta la terraza del mundo y empezó a acariciar las cuerdas de su instrumento. Aerwind condujo el gesto del músico y transportó la frágil melodía por los aires, para depositar estas frases armoniosas sobre los pliegues del mar. La música suave calmó poco a poco las aguas furiosas del océano. El sol evaporó el mar, hasta que éste recubriera tan solo la mitad del mundo como lo habían pactado los dioses y esta concesión del rey de las aguas creó la lluvia, que fue ofrecida a Aerwind, la diosa del viento, como signo de agradecimiento por su mediación.

Y así fue como Sólsun, el sol, armado sólo con un harpa, selló la paz en la tierra y apaciguó la ira de Simar.

**Canto 7**

La edad del mundo de arriba y del mundo de abajo acabó y dio lugar a la tercera edad del mundo, que duró doce mil años. Los duendes, entendiendo que el tiempo de los festines y de la despreocupación había terminado, bajaron los mil y un peldaños de la escalera de Caelvala. Una vez en la tierra, se separaron.

Foryo, Siriya y sus descendientes se fueron por los mares con Simar para ayudarle en su labor. Fundaron los reinos de Izlis y Akwasar en medio de las aguas, que se situaban en el oeste del universo. La gente de Akwasar vivía en archipiélagos frente al continente. Comerciaban con los otros pueblos, y remontaban los ríos con sus barcas planas hasta las más altas cimas de las montañas. Los de Izlis vivían en ciudades flotantes que iban a la deriva en los océanos más lejanos, en búsqueda del misterio del horizonte infinito.

En cuanto a Simar, taciturno y solitario, construyó un palacio sumergido, protegido por una barrera de corales, y su dominio era hasta tal punto secreto que nadie nunca pudo encontrar su acceso.

Siskiyo, Zinkya y sus descendientes se convirtieron en los soldados de Feobran. Fundaron Helixan al pie de las montañas del norte, y Gwaerior en las tierras arenosas del sur, en las dos extremidades de la brecha que los duendes antaño habían excavado. La gente de Helixan construyó una muralla larga como la tercera parte del mundo para contener a los gigantes que se habían refugiado en lo más alto de las montañas de los confines septentrionales del mundo; y los de Gwaerior acechaban a los dragones que intentaban escaparse por las grietas de la tierra resquebrajada, al final de la brecha de los duendes.

Feobran vigilaba a sus huestes desde la gran terraza de Caelvala y bajaba a la tierra cuando le necesitaban. Feobran ofreció al rey de los cielos su sumisión absoluta, y descartó de su espíritu toda animosidad hacia Simar, el rey de las aguas, al menos durante la tercera edad del mundo. Sin embargo para Feobran el honor se situaba por encima de la obediencia, y su honor herido por su derrota exigía venganza. Antes de que el mundo fuera destruido para siempre, sabía que él volvería a encontrarse con Simar, y que debía vencerlo o perecer. Pero había decidido aplazar este combate y en estos tiempos de concordia, se conformaba con ser únicamente soldado del rey y guardián del palacio.

Etiyo, Sevinya y sus descendientes se inspiraron en Aerwind y se instalaron al Este de la gran brecha de los duendes, pues allí el viento era más virulento. No fundaron ciudades, vivían como nómadas en el corazón de los desfiladeros y en las mesetas de Amazul y Sandarien, para encontrarse en el cruce de los caminos del Este, cuando los vientos les arrastraban hacia allí.

Aerwind, el espíritu libre, viajaba dónde le apetecía, en la tierra y sobre el mar, transportando las nuevas del mundo.

Diskiyo, Noevia y sus descendientes, conducidos por Sólsun, ocuparon las tierras del occidente, entre la hendidura de los duendes y el mar. Fundaron dos ciudades, Galdenor y Volkentis. Galdenor fue construida en el centro del mundo, frente al océano y al lado del primer peldaño de la escalera de Caelvala, que había sido antaño el trono de Mordod, el rey de las sombras, y en el umbral de la escalera fue edificada una capilla de vidrieras y mármol, símbolo del nexo entre el cielo y la tierra. En Galdenor, Sólsun mandó construir un palacio y la ciudad, cuna de la filosofía y de las leyes, resplandeció en la tierra. Sólsun el radiante se convirtió en el hijo predilecto de Potestor, que le nombró su heredero, y ningún otro dios se sintió ofuscado por ello, pues de Sólsun manaba un aura de amor y de hermosura y todos le querían.

En la ciudad de Volkentis, un poco más al sur, el pueblo elegía a sus propios gobernantes entre los más sabios y los poetas. Volkentis era la ciudad de las artes, la ciudad alegre, que recordaba Caelvala en los tiempos en que vivían los duendes, y que de vez en cuando también pecaba de exceso y libertinaje.

Tolviyo y Elvenya, los duendes que habían talado y obrado el cetro del rey de los dioses, fueron enviados por Potestor para ocupar la tierra que permanecía virgen. En la llanura dónde había tenido lugar la primera batalla del mundo entre los gigantes y los duendes, Elvenya fundó Beteliand, una noble fortaleza tallada en el flanco de un acantilado, y en la cima mandó esculpir el busto gigantesco de Potestor surgiendo de la roca, para servir de atalaya frente a la hendidura dónde habían sido proyectados antaño gigantes y dragones. En cuanto a Tolviyo y su pueblo, se instalaron en las montañas opalinas de Untarok, en el noreste del mundo, dónde la muralla de los guerreros de Feobran acababa. Penetraron en lo más profundo de la piedra y excavaron las montañas, en busca de los secretos sepultados en la roca. Al perforar sin treguas la montaña, descubrieron el tesoro que yacía en la roca, los metales y las gemas y se convirtieron en los mejores herreros y orfebres del mundo.

Doyo y Unaya se quedaron en Caelvala. DoyoSkwedin tuvo una descendencia numerosa. Sus hijos más fuertes se convirtieron en guardianes de la fortaleza de los cielos, otros se convirtieron en sirvientes a las órdenes de la casta Unaya, la encargada de la intendencia del palacio, que ordenaba con discreción y lo controlaba todo hasta el menor detalle. El resto de los hijos de Doyo cultivaba con su padre los vergeles celestes. Los duendes bajaban regularmente hasta la tierra para repartir los alimentos de Caelvala a los habitantes del mundo, porque en la tercera edad no existían aún los árboles, las frutas, ni tampoco ninguna planta alimenticia en la tierra.

Y para sellar esta armonía, algunas estrellas decidieron descolgarse del cielo para vivir entre los duendes e iluminarlos con su bondad y sabiduría.

Poco a poco los duendes se convirtieron en humanos. Pero en esta época, no estaban todavía condenados por el tiempo. La muerte no existía, o por lo menos no estaba en la naturaleza intrínseca de los seres, que no envejecían más allá de los treinta años y tan solo perecían cuando su necedad les llevaba a pelearse entre ellos o cuando dragones y gigantes salían de sus refugios para sembrar la destrucción y recordar el principio de los tiempos. Por suerte, en esta era de concordia, no hubo prácticamente ninguna guerra.

El rey Potestor había madurado. Su barba había crecido y su envergadura se había afirmado. Sin embargo el mundo aún estaba en sus albores. A su lado, Mayda su madre había recobrado su rostro joven y grácil. Una nueva armonía reinaba en el universo, una armonía ligera y volátil, y ella se regocijaba. Por desgracia, unos eventos trágicos pronto iban a acabar con esta felicidad efímera. Pero por el momento, Mayda, la madre del tiempo, miraba el mundo con amor y soñaba con un hermoso porvenir.

Sí, el mundo era bello en la tercera edad, siempre naciente, siempre cambiante, y los que poblaban el universo eran felices bajo el resplandor del nuevo astro de Sólsun, el príncipe heredero.

Tan sólo el antiguo gigante Oynog se lamentaba. Vagando sin rumbo en las montañas septentrionales, aullaba ciego bajo el sol y a veces los hombres oían su queja a lo lejos.



***El mundo al final de la segunda edad.***

**Poema 3: La edad del tormento.**

**Canto 1**

Es vano contar los tiempos alegres, pues la felicidad se vive y no se describe, mientras los dramas necesitan narrarse con detenimiento. La edad de la concordia duró mucho tiempo, hasta que una gran desgracia conmovió el mundo e hizo olvidar de golpe la dicha de épocas pasadas.

Potestor sentía poco a poco como el aburrimiento lo devoraba, como la languidez le roía lentamente el cuerpo, el corazón y la mente. El hastío acompañaba su jornada infinita, pues en aquellos tiempos no existía la noche.

Así que, cansado de quedarse siempre en su palacio, decidió finalmente bajar los mil y un peldaños que le alejaba de la tierra para dejar ahí divagar su alma.

*Se fue por el desierto, como en su niñez, en los tiempos sin tiempo, vagando solo por la tierra infinita.*

*Contempló con sus ojos intrépidos el sol que horadaba el cielo impasible. Quiso desafiarlo con la mirada pero no logró sostener su afrenta. Entonces cerró los ojos y en lo más profundo del vacío los rayos deslumbrantes quedaron enganchados a sus pestañas. Ciñendo sus órbitas, una multitud de luciérnagas bailaban bajo sus párpados.*

*El sol en sus ojos cerrados lo guió entonces hacia el lecho de un río evaporado donde fluían arenas negras y gravillas. Se desnudó y como un niño perdido en la inmensidad del horizonte, dejó que el estertor del viento acariciara su melena y su nuca, que el sol inundara su torso.*

*Se tumbó boca abajo, con el vientre y el sexo rascando la tierra pedregosa. Poco a poco moldeó su lecho acurrucándose en la arena, se sepultó en las piedras líquidas y se dejó penetrar por los sentimientos del mundo.*

*Y en aquel pliegue de tierra árida que agrietaba el horizonte infértil se dejó mecer por la melancolía suave, el vaivén de sus emociones indolentes. Deliraba y luchaba, a medio sueño, como cuando los niños experimentan una exquisita pesadilla y no quieren despertarse.*

*El viento ronco le incendiaba la espalda, el sol corría estremeciéndole la piel. La arena tibia se mojaba poco a poco con su sudor, la tierra convertida en barro exhalaba olores animales que se extendían en sus mejillas. El río seco se convertía en su amante, sentía su crecida en la punta de su sexo erguido enterrado en la piedra. Y de repente, estalló una ola formidable que le arrastró hasta el sueño más profundo.*

*Se despertó con mil arañazos en su sexo y en su vientre. Alrededor suyo zarzas y espinos blancos habían surgido de la roca, un riachuelo fluía vivaz y límpido a sus pies, un arbusto ornado con miles de flores le rodeaba ahora, como una alcoba que le protegía de las embestidas del sol.*

*Contempló las flores, estupefacto. Mil colores y olores declinaban todas las emociones del universo. Eran fruto de su siembra, de su acto de amor con el mundo y el aroma exquisito de las flores seguía embriagándole, invitándole a emparejarse de nuevo.*

**Canto 2**

Al rato, el joven rey oyó un canto que zumbaba en el viento y acariciaba las rosas. Guiado por la melodía suave, Potestor se abrió camino entre las zarzas, siguiendo el riachuelo que se ensanchaba, y luego, como adivinó la sombra de una silueta cercana, se tumbó de repente debajo de una espesura de rosas silvestres. Delante de sus ojos exorbitados, apareció entonces una mujer.

Ella nadaba en el río. Su cuerpo deformado por el agua se movía con gracia, fragmentado por mil reflejos y olas sutiles. Lentamente, ella salió del río y desveló a Potestor uno a uno sus atributos: sus hombros, su pecho, su vientre, su pubis, sus caderas y sus nalgas, sus piernas y sus pies ligeros que rozaban la hierba dulce. Estaba desnuda, fresca como el agua, rosa entre las rosas y tan bella que ninguna palabra hubiera sabido describirla.

Ondulando entre las cañas, fue a sentarse en una alfombra de musgo, y empezó a peinar su abundante cabellera que dejó caer en sus riñones, sin dejar de susurrar su fascinante melopea. Las hojas y los pétalos de los arbolillos floridos caían sobre ella y vestían a la tierna criatura, sus sombras moteaban su cuerpo radiante.

Potestor contemplaba la escena, agazapado en el suelo, inmóvil. Gotas de sudor corrían por su frente, su corazón palpitaba con fuerza, prisionero en su pecho. Estaba clavado en el suelo, sin poder moverse. El tiempo para él se había parado en el instante.

Pero pronto, otra silueta apareció entre los bosquecillos. Era Sólsun, el dios del sol, hijo predilecto del rey y heredero de Caelvala. El dios, que desde lo más alto del cielo podía escrutar el mundo en sus más mínimos detalles, había descubierto los arbustos y ahora se acercaba a la desconocida. Sólsun saludó a la doncella y ambos intercambiaron unas palabras anodinas; sin embargo, más allá de las palabras, Potestor entendió enseguida el lenguaje de sus miradas, de sus gestos, de sus sonrisas. Era un diálogo armonioso que no necesitaba discursos, un baile gracioso tan solo esbozado con los ojos. Los dos jóvenes eran hermosos y gráciles, pero el rey que los espiaba en la sombra, en vez de regocijarse con el espectáculo, sintió la cólera apoderarse de él, poco a poco, sin conocer la razón.

Lyelos dio a la mujer el nombre de “Liebama”, que significa “sonrisa”, y le hizo un vestido con flores recogidas en los matorrales. Luego la invitó en Galdenor, la ciudad deslumbrante construida en el centro del mundo, de la que él era príncipe. Potestor miró como ambos se marchaban, dándose la mano. Quiso irrumpir, interponerse entre los dos dioses, pero no lo logró y se quedó allí, petrificado de miedo, aterrado y cobarde.

Volvió a su palacio celeste y se instaló, fatigado, en su trono. Unaya, la sirviente de Caelvala, viendo al rey tan triste, quiso animarlo y mandó acudir a músicos, bailarines, acróbatas y rapsodas para entretenerle, pero los corros le parecieron monótonos, las epopeyas de los bardos soporíferas, los manjares delicados preparados por Unaya, insípidos. Y bajo la mirada afligida de la pobre sirvienta, Potestor abandonó la fiesta, para ir a la terraza de cristal, donde permaneció sentado sin beber ni comer, al acecho de la silueta de Liebama que bailaba en el mundo de abajo. En cuanto a Sólsun, que acompañaba cualquier movimiento de la diosa, Potestor lo fulminaba con la mirada. El rey estaba celoso, pero no lo sabía y poco a poco el odio estaba cegando sus ojos, acaparando su mente, sin que él se diera cuenta.

**Canto 3**

Una vez en Galdenor, Sólsun, príncipe de la ciudad, organizó una gran fiesta en honor a su invitada Liebama, diosa de la sonrisa y dama de las flores. Mandó mensajeros a los cuatro rincones del mundo para anunciar la nueva, encargándoles de distribuir flores de todos los colores y olores en su camino. Los dioses y los reyes de los hombres respondieron a la invitación de Sósun y llegaron en cortejo hasta la ciudad del príncipe. En Galdenor, todo era música, baile, cantos y risas.

Por desgracia, algunos no acudieron a la cita. Ni la gente de Untarok, que vivían en las entrañas de las montañas, ni los reyes guerreros de Gwaerior y de Helixan, ni su señor y amo el dios Feobran. El rey de los cielos, Potestor, les había ordenado que se quedaran en sus respectivos reinos, pues eran guardianes de la gran hendidura de dónde podían brotar en todo momento gigantes y serpientes. Pero las ausencias más comentadas fueron la del mismísimo rey de los dioses y de su madre Mayda, que nadie sabía cómo interpretar. En realidad, Mayda, la dama de las dos caras no había sido advertida por su hijo, y este último, roído por los celos, se había negado a asistir a la fiesta.

Sin embargo los demás dioses estaban presentes y celebraban a Liebama, extasiándose con la belleza de las flores y la gracia de la doncella. En una ceremonia alegre, príncipes y reyes depositaron sus ofrendas a los pies de la divinidad. Beteliandr, pueblo guerrero, ofreció puñales y destrales de oro y de plata finamente cincelada, pero en signo de paz las armas eran de pequeño tamaño y sus filos poco cortantes. Simar y los suyos, las gentes de Izlis y de AKwasar, traían dos frascos. El primero contenía pétalos macerados en el agua más pura, y cuando Liebama abrió el frasco, los comensales se quedaron subyugados por los aromas del primer perfume del mundo. El segundo frasco estaba lleno de gotas procedentes de todas las fuentes del universo. Los pueblos de Amazul y Sandarien, que vivían libre como el aire, ofrecieron una cítara con cuerdas de bronce; Aerwind, la diosa de los cuatro vientos, una cantimplora que contenía una brisa ligera y unos granos de arena dentro de un saquito de lino, y declaró a la asamblea que los regalos suntuosos tan solo servían para comprar a los seres y que ella rehusaba obligar a nadie. Los arcontes de Volkentis, la ciudad de los poetas, ofrecieron un pergamino en el que cada uno de los ciudadanos había dibujado su palabra más amada. Por fin, Sólsun otorgó todas las tierras que había alrededor de Galdenor y presentó un nuevo vestido a la diosa, tejido con los rayos del sol.

Liebama agradeció a los comensales, y una vez cubierta con el vestido, se fue a las tierras que el príncipe le había cedido. Se apoderó de uno de los destrales ofrecidos por la reina de Betteliand, y trazó en el suelo siete surcos. Luego, depositó en los surcos la arena de Aerwind y regó la tierra con el agua de Simarl y siete gotas de perfume. Después, cogió la cítara, la dio a Sóslun y le pidió que tocara, improvisando una canción con las palabras de los hombres de Volkentis. La diosa bailó en medio de los surcos, mientras la melodía acariciaba la tierra húmeda, y pronto, bajo la mirada pasmada de los comensales, una hierba fina empezó a eclosionar. Liebama giraba con gracia, rozando con sus dedos la hierba suave que bajo su palma crecía y se volvía tan rubia como el pelo de la diosa. Al cabo de un rato Liedama hizo parar la música. Con un puñal encorvado ofrecido por Betteliand, cortó una gavilla y la enseñó a la asamblea, puño en alto, declarando:

“Amigos, esto es el trigo. El presente más preciado que exista en el mundo. Es la suma de todos los regalos ofrecidos por la naturaleza, el fruto de la paz, de la concordia, del amor entre el hombre y la tierra, el aire, el sol y el agua”

Después de la fiesta, cada uno de los comensales volvió a su tierra con una espiga y una bolsa de semillas, y a su regreso, los hombres empezaron a cultivar la tierra, salvo los pueblos de Gwaerior, de Helixan y de los montes Untarok, que no habían participado a la ceremonia.

En la terraza de Caelvala, Potestor observaba el mundo, la mirada distorsionada por el odio. Contemplaba el trigo que ondulaba en olas rubias en los pliegues de la tierra, y lo juzgaba con recelo, como antaño había mirado el océano, en los albores de los tiempos. Si los hombres podían alimentarse por ellos mismos, pensaba, ¿entonces de qué servía él, el rey de los cielos, el padre de los hombres, que repartía el maná celeste a sus hijos, los manjares más exquisitos que Doyo el copero cultivaba en el vergel del palacio de las estrellas?

**Canto 4**

Pronto una idea vino al espíritu torturado del rey de los dioses, una idea que le permitía a la vez vengarse de Sólsun y conseguir el amor de Liebama: puesto que cada rey de la tierra y cada dios había hecho un regalo a la diosa, Potestor iba a ofrecerle también uno, el presente más bello, más fasto, que sin lugar a duda subyugaría a la doncella. Él iba a fabricar un nuevo sol, pero un sol suave, que no quemara ni cegara. De este modo Sóslun, este hijo maldito, caería en desgracia, eclipsado por el astro de su padre.

Para confeccionar su regalo, Potestor pensó en la única luz capaz de rivalizar con el sol, la de las estrellas, sus antiguas amigas. Se fue a la terraza de Caelvala y rogó a la estrella del Norte, que guía a los peregrinos, para que le ayudara en su obra. Pero la respuesta del astro resonó en la mente del rey de las edades:

“¿Por qué quieres dos soles en el universo?”

Potestor pidió de nuevo, con más insistencia, la ayuda de la estrella, y pidió una tercera vez, pero tres veces la estrella rechazó su petición.

El rey de los dioses entonces volvió a su palacio y ordenó a Unaya, la intendente de Caelvala, que le trajera el arco de su padre Mordod, hecho en la costilla del dragón más fuerte y que servía para cazar estrellas, antaño, en los tiempos de antes del tiempo. Al oír estas palabras, Unaya se estremeció e intentó disuadir a su amo para que no cometiera esta locura, pero Potestor, alterado, le espetó:

“Tú eres mi sirviente y juraste obedecerme hasta el final de los tiempos. ¿Vas a traicionarme ahora, a la primera contrariedad?”

Unaya bajó la mirada. La casta intendente, como todos los servidores que vivían en el palacio, había hecho la promesa solemne de ser fiel al rey, y ella era sin duda la más abnegada de todos los súbditos del palacio. Sin embargo no podía resignarse a cumplir con una orden tan perniciosa. Se quedó un momento, titubeante, antes de encontrar una respuesta apropiada:

“Mi señor, dijo, no puedo cumplir con esta orden, ya que este arco no le pertenece, es propiedad de su madre, Mayda.”

Potestor, confundido, mandó entonces a su sirvienta que trajera a su madre. Mayda apareció en la sala del trono con el arco en la mano. Se lo dio a su hijo, diciendo:

“Hijo mío, antaño te ofrecí la vida, y esta vida ahora te pertenece. Ahora te ofrezco este arco. Si quieres con un solo disparo borrar la nueva armonía que reina en este mundo y hacer resurgir el caos del principio de los tiempos, eres libre de hacerlo”

Potestor se apoderó del arma y casi la soltó al cruzarse con la mirada desconsolada de la bella Unaya. Pero el rey vio como al lado de la sirvienta el rostro de su madre se endurecía para coger de nuevo el aspecto horripilante de los tiempos sin tiempo. Así que, incapaz de seguir en su presencia, abandonó la sala del trono, con el arco en la mano. Una vez en la terraza del mundo, avivado por la ira, disparó a la estrella, que cayó en picado a sus pies. Herido de muerte, el astro ya no era más que un fuego plateado en el suelo de cristal. Y en el cielo, en lugar de la estrella caída, había ahora un agujero, un retal de noche que desgarraba la bóveda clara y azul.

Pero Potestor no se preocupó por la oscuridad del principio de los tiempos que su locura había vuelto a convocar. Se puso a la tarea sin más demora, antes de que el fuego de plata se extinguiera, y moldeó un sol con sus manos. Cuando el fuego tuvo la forma de una esfera, lo lanzó en el cielo, esperando poder así disipar las tinieblas.

Por desgracia, este nuevo sol era demasiado pequeño y su fuego demasiado débil para hacer desaparecer la noche. Era pálido y triste, sin destello, perdido en las sombras del cielo, y al cabo de un momento desapareció, como tragado por la oscuridad. Potestor pensó entonces que la estrella había muerto, y cogió de nuevo su arco, dispuesto a disparar a las constelaciones para retomar su obra, pero justo en el momento en que ajustaba su flecha percibió de nuevo el astro. Se quedó sorprendido, porque ya no tenía la forma de una esfera, sino la de un arco. El alma de la estrella del norte seguía viva y vengativa se burlaba del rey tomando ahora la forma del arma que la había asesinado.

Así nació la luna, fruto de la mentira, este falso sol que enloquece a los hombres y los lleva al crimen. Y así también nació Monalund, diosa de la luna, maestra de las ilusiones y de las artes malévolas, que enturbia la razón hablando en sueños, pero que nadie nunca vio ni verá, salvo las almas damnificadas y los hombres justo en el momento de fallecer. Pues Monalund es la muerte, una arquera que reparte sus flechas al azar por el mundo, que mata sin arrepentimiento, que nunca falla su diana y posee para cada uno de nosotros una flecha invisible en su aljaba.

Potestor aulló a la luna llena, enrabiado. Pero cuando la luna empezó a decrecer y de nuevo desaparecer en el cielo negruzco, su furia cesó. Por desgracia, en vez de aceptar su derrota, perseveró en su error y elaboró una nueva estratagema.

Se fue a Galdenor, la ciudad de Sólsun, construida en frente del primer peldaño de la escalera de los cielos. En la ciudad, los hombres observaban asustados el rincón tenebroso que perforaba el día y la estrella blancuzca plantada en medio de la comisura del cielo, sin entender las razones de este prodigio, pero presintiendo que se trataba de un mal augurio. Así que la venida de Potestor aliviaba su angustia y todos se prosternaron delante de él al verlo entrar en la ciudad.

El rey de los cielos declaró a la gente de Galdenor:

“Amigos, una gran desgracia acaba de advenir en el mundo, para probar nuestra valentía. El dragón más vil, más pernicioso surgió de la hendidura de los duendes desde lo más profundo de la tierra. Feobran, mi fiel soldado, guardián de la hendidura, quiso oponerse a la serpiente, pero el monstruo escapó enseguida hacia lo más alto de los cielos, y ya está fuera del alcance de la espada del dios guerrero y de sus jabalinas. De modo que pido ahora a Sólsun, mi hijo y heredero, que vule para combatir a la bestia que está amenazando al sol.”

La asamblea escuchaba aterrada las graves palabras del rey. Sólsun avanzó hacia su padre, se prosternó y declaró:

“Padre, combatiré a esta odiosa criatura, aunque muera en el intento, y prometo perseguirla sin tregua, hasta el revés del mundo si hace falta, hasta el final de los tiempos.”

El dios radiante fue a su palacio para vestirse con su armadura de oro, su casco empenachado de llamas, su escudo centelleante, y empuñó su espada cuyo filo era más cortante que un rayo de sol. Justo antes de marchar, dirigió una mirada triste a Liebama, que no pudo contener sus lágrimas. El pueblo de Galdenor lloraba también, como lo hacía la diosa, viendo a su príncipe tan amado dejando la ciudad para ir a desafiar la noche.

Al cabo de un momento, la silueta de Sólsun se perdió en el horizonte. Las huestes de Nominor escrutaban, ansiosas, el firmamento. Cuando vieron poco a poco la noche caer, concluyeron que Sólsun había fallado y acababa de morir. El pavor petrificaba los rostros de los súbditos del príncipe, mientras las tinieblas progresivamente se cerraban sobre ellos. Claro está, nadie sabía aún que el sol pronto reaparecería, a la mañana, por el otro lado del mundo y que seguiría persiguiendo la luna, sin parar, hasta el final de los tiempos. Por el momento, los hombres asistían amedrentados por la primera noche de los tiempos nuevos, ignorando aún la existencia del alba tranquilizadora.

Potestor en su fuero interno se regocijaba. Su rival había muerto -él no sabía de qué manera, pero de hecho, el sol se había apagado- y ya nadie se interponía entre él y Liebama, su amor, su locura. Se acercó a la diosa, y en el oído ordenó que le siguiera. Aprovechando la oscuridad y la desolación de los hombres, se fugó con ella hasta el lugar más secreto del mundo.

**Canto 5**

Fue aquella noche, la primera noche del mundo nuevo, que marcó el principio de la cuarta edad, la edad de la discordia, que duró diez mil años.

Aún hoy día, tres edades y centenas de siglos más tarde, los hombres no se atreven a hablar de lo que ocurrió aquella noche, y cuando es imprescindible, bajan la voz para evocar “la falta del rey”. Sólo basta saber que Potestor llevó a Liebama al noroeste, al lugar más secreto del mundo, la cueva dónde, en los tiempos de antes del tiempo, Mayda se había revelado a él. Allí pidió a Liebama que le desposara pero la diosa rechazó su oferta, argumentando que no podría nunca más amar a otro que al hermoso Sólsun que acababa de morir. Entonces el rey furioso ordenó a la doncella que obedeciera a su soberano y finalmente, como ella se resistía, la violó.

La sangre brotó, perforando el himen de la virgen, y la inocencia fue sacrificada para saciar los impulsos viriles del rey de los tiempos.

Cuando Potestor soltó por fin su presa, la verdad cruda brotó se repente en su mente culpable. Sintió de pronto la vergüenza que le azotaba el rostro, un flujo amargo de asco que le recorría la espalda, el remordimiento que le picaba en los ojos.

“El amor también te hará perder la razón. Por una mujer, como yo perderás tu reino, y harás que renazca el caos de la edad del tiempo sin tiempo.”

Las últimas palabras de Mordod resonaban en la mente del rey. Aquel padre que había odiado tanto acababa de renacer en él y Liebama yacía inconsciente en el fondo de la cueva, en un charco de lágrimas y sangre, como su madre Mayda permanecía tras cada abrazo bárbaro de Mordod en los albores del mundo.

*Potestor apartó la mirada pero era demasiado tarde. La imagen de la virgen violentada volvería siempre a atormentar su mente, hasta el final de los tiempos.*

*Potestor huyó, y corrió, corrió por el desierto aullando como un demente, como una fiera acosada por su propia presa. Fuera donde fuera, hiciera lo que hiciera, volvería en su mente la imagen de la sangre.*

*Rojo, el mundo se había vuelto rojo a los ojos del rey del tiempo. Corrió hasta perder el aliento en los campos, pero lo trigos estaban cribados con flores nuevas mancilladas de sangre, amapolas que acababan de eclosionar para recordarle su falta.*

*Corrió por los desiertos, y la arena que pisaba se convertía en barro carmesí al mezclarse con sus lágrimas.*

*Corrió a lo largo de ríos amarantos, de torrentes púrpuras, de mares erubescentes y cuando, extenuado dejó de correr, vio que el cielo ardía. Era la primera aurora del mundo, y su color era escarlata.*

*Entonces, entendiendo que la tierra, el cielo y el agua, el universo entero lo condenaba, el rey corrió hacia su palacio de cristal perdido en medio de la noche, y allí se apoderó de su cetro, lo mantuvo un momento temblando contra su corazón, y con un gesto grave, desde la terraza del palacio, lo tiró de repente en la llaga abierta del alba rojiza.*

Luego Potestor se fue al vergel de Caelvala y pidió al copero Doyo que le trajera todo el vino que brotaba de la fuente de embriaguez. Doyo, que como Unaya la sirvienta había jurado fidelidad a su soberano, no supo cómo rechazar la orden de su amo. A regañadientes, sirvió vino a su rey que había decidido morir bebiendo. Potestor engulló poco a poco la sangre de la tierra, hasta que el néctar bermejo ahogara su mente y colmara su cuerpo. Pero justo antes de que el alcohol lo matara, Doyo le engañó haciéndole beber una copa llena del jugo de una mandrágora mezclada con polvo de opio.

Potestor bebió la copa hasta la última gota y cayó enseguida inconsciente en el suelo del vergel. De pronto, en sus sueños etílicos, el rostro de Liebama se difuminó y desapareció, remplazado por el de Monalund, la diosa de la luna y de las pesadillas eternas. El rey sonrió a la luna mientras ella le llevaba en un viaje entre la vida y la muerte, hacia ninguna parte.

Doyo, perturbado, decidió bajar la escalera de Caelvala y seguir viviendo en la tierra. Allí, dicen que enseñó a los hombres a cultivar la vid y el lúpulo y a fabricar alambiques para ayudarles a olvidar sus penas bebiendo. Pero por mucho que Doyo bebiera, nunca logró olvidar Caelvala, su fastuosidad y sus fiestas, ni a aquel rey que él había traicionado. El copero celestial se convirtió poco a poco en el ser más miserable del mundo, burlado, pisoteado por todos, revolcándose en el fango para mendigar su cuartillo.

Unaya sin embargo se quedó en Caelvala. Instaló al rey dormido en su trono de cristal, tejió para él una manta púrpura, y cuidó el cuerpo del soberano como una madre cuida a su retoño.

**Canto 6**

El cetro que Potestor había tirado al alba cayó en la tierra, y se plantó delante de la cueva donde yacía Liebama. Se clavó en el suelo, parando el tiempo, y pronto echó raíces, que se sumergieron en la tierra hasta lo más profundo de la roca. Unas ramas empezaron a crecer, coronando el cetro, y subieron rectas hacia los cielos como miles brazos levantados, para provocar a Caelvala o implorar clemencia. El primer árbol del mundo se levantaba allí, un roble majestuoso repleto de savia en su tronco nudoso.

De repente, la corteza del árbol se rompió violentamente en varios sitios, y desde el corazón del roble brotaron todos los animales del mundo; y esta manada furiosa se abalanzó sobre la tierra, en un cortejo desordenado y desenfrenado, mezclando los fuertes con los débiles, los carnívoros con sus víctimas, los animales diurnos y los que la luz repele, los espléndidos y los horrendos. Toda la fauna del mundo, aves, reptiles, peces y mamíferos, zumbando, piando, gruñendo, volaron hacia los cielos, excavó la tierra, reptaron en el suelo, galoparon en la llanura, se deslizaron en los ríos o nadaron hasta el océano, para anunciar en cada rincón del universo que el rey ya no existía, que ya no había más ley que la de la naturaleza.

En medio de la horda había una mujer montada en una yegua negra. Era Sawilda, la diosa salvaje, que cabalgaba desnuda, el pelo ondeando en el viento, el rostro bárbaro de cazadora despiadada, y debajo del galope furioso de su montura nacía la flora silvestre, dispersa, todos los arbustos y árboles del mundo, que pronto formaron un bosque grueso y confuso plantado al azar por el paso fogoso de la yegua.

El bosque, bello y terrible, impuso su ley anárquica en la llanura y se extendió, sin coherencia ni ordenación desde las orillas del mar en el oeste hasta el pie de las montañas en las que vagaban los gigantes perdidos en el norte, hasta las primeras tierras cultivadas de Galdenor en el sur, y hacia el este, a las puertas del reino de Helixan donde vivían los pueblos guerreros que no sembraban las tierras.

Sawilda galopó en su yegua durante tres días y tres noches, sin cesar, para delimitar su territorio, y cuando acabó, paró su corcel y se fue tranquilamente hasta el corazón de su territorio, la cueva de la vergüenza donde yacía Liebama, en un gran claro que el bosque había perdonado, con lindes de sauces llorones dorados.

La cazadora bajó de su montura y entró en la cueva. Allí encontró el cuerpo de Liebama, inconsciente y herido. Ofreció a la diosa una cocción de plantas estimulantes. Liebama abrió los ojos y sonrió tristemente a su benefactora. Sawilda también tuvo una sonrisa, una mueca mal bosquejada que tachó su rostro guerrero. Luego, cuando Liebama se durmió de nuevo, Sawilda se marchó de la cueva y ordenó el claro para convertirlo en un joyero digno de la diosa de la sonrisa. Desvió el curso de un torrente, que hizo brotar en cascadas al pie de la cueva y consteló el suelo de flores silvestres, musgo tierno y helechos.

Antes de volver a cazar en el bosque, Sawilda mandó a una cabra para que paciera al pie de la cueva y que alimentara con su leche a la doncella, y ordenó también a un lobo, escogido entre los más fuertes de su especie, para que protegiera el lugar.

**Canto 7**

Liebama se quedó escondida en el corazón secreto del bosque. En este lugar tranquilo y sereno, protegido de las penas del mundo, el tiempo parecía haberse parado.

La diosa de la sonrisa pronto entendió que estaba esperando a un hijo, y contemplaba con angustia su vientre tendido. Sus sentimientos se enturbiaban en su mente, deseaba amar al embrión, sin embargo no lo lograba, en su fuero interno tan sólo sentía asco por este engendro marcado por el sello de la vergüenza. Y la diosa, horrorizada por su propia emoción, buscaba la manera de controlar sus impulsos. Pero era vano, pues nadie puede ni podrá nunca mandar a nadie a amar.

Sawilda nunca penetraba en el claro. Traía al alba bayas y la mejor carne cazada durante la noche y depositaba su ofrenda en la linde del bosque, dispuesta con cuidado sobre un lecho de hierba seca, siempre en el mismo lugar.

Liebama, que sentía que la soledad le invadía poco a poco, buscó la compañía de la cazadora, pero en cuanto la diosa de la sonrisa se acercaba, Sawilda de un salto se escondía en los arbustos. Entonces Liebama, un día, decidió responder con un regalo a la ofrenda de la diosa salvaje. Confeccionó para ella un ramo de las flores más bellas y olorosas del claro, que ató con un mechón de su pelo de oro, y lo depositó en la linde del bosque. Por la mañana, Sawilda se apoderó de las flores, sin dejarse ver.

Entonces Liebama, al día siguiente, confeccionó un segundo ramo, que depositó ligeramente más lejos de la linde y un tercero al día siguiente, más lejos aún que el anterior. Cada día, Sawilda iba a recoger la ofrenda, dejando a Liebama arrastrarla imperceptiblemente hasta el corazón del claro; y cuando un día, la diosa salvaje vino a buscar el ramo hasta los pies de la diosa de la sonrisa, entonces entendió que Liebama la había domesticado.

Una profunda amistad unió a ambas diosas en aquel joyero natural vetado a los humanos, muy lejos de los males del mundo.

El hijo de Liebama nació por fin, el hijo de la vergüenza, el bastardo de los dioses, Bahadar. Nació sin gritar de dolor, como lo hacen los demás bebés, y Liebama aliviada pensó entonces que había parido a un mortinato. Pero el retoño se movió y reptó como una larva sobre el humus, en busca del pecho materno. Era repelente, arrugado, jorobado, demacrado, con un rostro anguloso en el que venían a incrustarse dos pequeños ojos rojos parecidos a hormigas sin patas.

En la tierra convertida en fango, bullían a su alrededor cucarachas y escolopendras, chinches y escorpiones, y nubes de moscas revoloteaban encima de él. Con Bahadar habían nacido los insectos.

Liebama, en vez de ofrecerle el pecho, lo rechazó, asqueada, apartando la vista, y Sawilda, que había extraído al niño de las entrañas de su madre, entendió lo que este gesto significaba. Cogió al retoño y lo abandonó en el bosque a la merced de las fieras.

Sin embargo el niño sobrevivió, pues un lobo lo recogió y se lo llevó con él a su manada. Era el lobo fuerte y portento que Sawilda casi había elegido para guardar la cueva en la que vivía Liebama, pero que había descartado por ser demasiado feroz para convertirse en perro guardián.

Bahadar creció en la manada de los lobos enrabiados y se convirtió en uno de ellos, desconfiado y cruel, fascinado por la luna, carroñero solitario que se apodera sin gloria de las presas más fáciles, las que no merecen vivir y amenazan el equilibrio del mundo por su debilidad misma.

Cuando Bahadar alcanzó la edad viril, abandonó la manada y caminó por el mundo, para llevar la discordia entre los hombres y propagar el mal.

Sin embargo Bahadar no era el mal, tan solo su consecuencia. El mal ya había sido hecho, había sido gestado y había crecido en el corazón del rey de las edades, cuando el amor frustrado se había convertido en odio.

La cuarta edad, la edad del sufrimiento empezaba y Bahadar revelaría pronto la fealdad del mundo a los ojos de los hombres y de los dioses. La fealdad ya había transformado el rostro de Mayda, cuando al ver a su hijo Potestor reclamando el arco de su padre, había recobrado su cara de antaño, deformada por la pena.

La madre del mundo volvió a sus aposentos y se encerró, resignada a nunca más salir. Nadie oyó sus llantos secretos, nadie, salvo el gigante Oynog, su hijo mayor, que vagaba en el mundo, pues los ciegos saben oír lo que es imperceptible para los que ven pero no distinguen. Y Oynog, escuchando a su madre llorando, lloraba también con su ojo único y vacío, respondiendo a la queja de la creadora del tiempo.

**Poema 4: La sombra de la duda.**

**Canto 1**

Cuando alcanzó la edad adulta, Bahadar, el bastardo de los dioses, salió de su guarida y caminó por el mundo en busca de los hombres y de las deidades.

Bahadar odiaba el mundo, incluso antes de conocerlo. Tal vez hubiera sido capaz de amar, pero ignoraba este sentimiento que nadie nunca le había enseñado, ni la naturaleza cruel que persigue al débil, ni aquella madre indigna que los hombres encontraban tan hermosa y buena, ni aquel padre devorado por el remordimiento en su fortaleza de cristal.

Su espíritu racional alimentaba su recelo, sus pensamientos lloraban pero sus ojos permanecían secos. Él estaba vacío de emociones, sin esperanza ni deseo, y en su fría y perfecta consciencia pensaba que no existe redención en el mundo, que la felicidad es ilusoria, el amor engañoso, la bondad egoísta. Bahadar pensaba que los hombres enloquecen por seguir sus pasiones, pero él ignoraba que la razón sin amor es una locura aún mayor y que su ausencia de sentimiento era fruto de su propio desamparo.

Los hombres lo llaman “el mal”, y por dondequiera que pasa él le sigue el dolor. Pero él no es el mal, tan sólo el maligno que desvela en nuestros fueros internos los secretos más oscuros, el verdadero mal que se aloja en el fondo de nuestras almas animales. Bahadar no es el mal, se trata incluso del único dios que jamás derramó la sangre con sus propias manos ni ordenó a nadie que matara. Tampoco es mentiroso, aunque digan lo contrario los humanos, pues él solo se contenta con servir de espejo a nuestros ojos ingenuos y enseñar el reflejo fragmentado de ciertas verdades, para cegarnos y empujarnos a cometer los peores crímenes. Los hombres también dicen que es repelente, pero en realidad Bahadar es tan desprovisto de rostro como de sentimientos y si su aspecto parece tan horroroso, es por qué a nadie le gusta ver la cruda y molesta verdad de frente. Sin embargo, poco a poco, cuando se dejan convencer, todos acaban por encontrarle hermoso, admirando a su propio reflejo en los rasgos del dios socarrón.

Bahadar encontró pronto a su primera víctima. El bastardo estaba caminando por el desierto, el sol inundaba su silueta y su sombra corría detrás de él distorsionando su cuerpo. A lo lejos, en el horizonte celeste, una silueta se descolgó del firmamento para ir a su encuentro: era el hermoso Sólsun, que había parado un tiempo su carrera tras la luna para conocer a este viajero. El dios espléndido del sol y de las artes conoció entonces a su hermano que tan sólo era fealdad, odio y fría lógica.

“Saludos, peregrino, ¿quién eres? preguntó Sólsun, y Bahadar contestó:

*No soy nadie en el universo, sólo un andarín perdido*

*Hijo de la luz, soy como la sombra bajo el sol*

*Oscura, torcida y a la vez, su más fiel reflejo,*

*Soy tu réplica al revés que se engancha a tus pasos*

*Y te sigue por doquier. Soy Olbaïd tu hermano*

*El bastardo de aquel rey que creéis tan bueno.*

- ¿Bastardo?, preguntó Sólsun, ¿pero por qué dices eso?

- Soy el hijo de la gran falta de Potestor, nuestro padre, que violentó a Liebama. La desangró como a una cerda y la dejó medio muerta en una cueva pútrida.”

Al oír estas palabras, Sólsun agarró al dios de la fealdad por el cuello, y amenazándo con estrangularlo, vociferó:

“¡Vil criatura! ¡Mientes! Mi padre escondió a Liebama en el lugar más secreto del mundo para protegerla del dragón que amenaza el día y todo lo que es hermoso en el universo. Todo el mundo lo sabe.”

Bahadar dibujó una sonrisa insolente y respondió:

“He aquí el verdadero rostro de mi hermano: colérico, gestero, rechazando el diálogo y basando sus argumentos en creencias que es incapaz de demostrar. Pero la verdad, hermano mío, no se encuentra en las palabras huecas o en los rumores de la muchedumbre, se fundamenta en los hechos. Para un momento la carrera desenfrenada del sol, y yo te demostraré que lo que afirmo es cierto.”

Sólsun soltó a su hermano, circunspecto. En la bóveda celeste, apareció la sombra de la duda, pues el sol estaba ya atrasado en su carrera y las tinieblas empezaban a emerger en el cielo cerúleo. Pero Sólsun decidió seguir a su hermanastro, pues sus argumentos tenían lógica.

Bahadar penetró en el bosque y el dios del sol le siguió por senderos de sombras indecisas, zarzas y espinas. El bastardo se paró en la entrada del claro en el que vivía Liebama, la diosa de la sonrisa, pues el lobo que guardaba la cueva avanzó delante de ellos gruñendo contra los intrusos. La bestia dejó pasar a Sólsun e impidió el paso a Bahadar, pues las fieras, mucho mejor que los humanos, saben distinguir al fuerte y al débil, al cobarde y al valiente.

Sólsun cruzó el claro y penetró en la cueva. Y fue allí, en las entrañas del mundo, cuando el dios del sol perdió su candor al conocer al mismo tiempo el amor y el odio. El amor, pues se unió con su amada por primera vez, y el odio, porque conoció por fin la verdad sobre la falta del rey.

Bahadar esperaba en los matorrales el regreso de Sólsun. Sabía a ciencia segura que su hermanastro volvería tarde o temprano, pues entre el amor y el odio ningún ser en el mundo elige el amor, porque el odio se alimenta del amor como el fuego de la madera tierna. Del mismo modo Sólsun, que podía haberse quedado eternamente feliz y despreocupado en la cueva junto a Liebama, deleitándose con los placeres más tiernos, prefirió marcharse para vengar a su amada, en vano, pues la injuria no tiene ninguna reparación posible.

**Canto 2**

Bahadar condujo a su hermano hasta la escalera de los dioses, que llevaba a Caelvala dónde yacía Potestor, el viejo rey perdido en sus pesadillas. A medida que el dios de belleza subía los mil y uno peldaños en compañía del bastardo que le seguía como su sombra, la noche se desplegaba en el cielo, y al cabo de un tiempo la luna apareció, por primera vez, al lado del sol.

Sólsun vio por fin a Monalund, la diosa de la noche, o por lo menos descubrió su reflejo en el cristal del palacio celestial, pues no se puede contemplar la verdad de frente. La luna se había deslizado delante del sol, provocando el primer eclipse del mundo, cuya negrura cegó a todos los seres del mundo.

Al entrar en Caelvala, Sólsun sintió una gran cólera, pues estaba comprobando que no había ningún dragón en el cielo y que Bahadar tenía razón. Pero en vez de abalanzarse sobre la luna que por fin tenía a su alcance, el dios del sol se fue rabioso en dirección al palacio. Bahadar le deslizó hábilmente una daga en su puño, pero no acompañó a su hermano, prefiriendo quedarse en la terraza del mundo para hablar con la luna.

Sólsun corrió por los vergeles, atropellando a los guardianes del palacio, ofuscados, que intentaban interponerse e incluso mató a tres de ellos que pretendían proteger la entrada del palacio. Luego el dios penetró en la gran sala del trono, apartó con violencia a Unaya la sirvienta que se había arrodillado frente a él para implorar su clemencia, y vengativo plantó siete veces su daga en el cuerpo inerte del rey indefenso.

Pero ninguna de estas heridas resultó mortal. Monalund la luna, que nunca olvida disparar su flecha invisible para sellar la muerte de los seres había por una vez omitido su sentencia, pues estaba absorbida por las palabras de Bahadar. El dios pérfido le contaba oscuros propósitos y la luna que se había vuelto negra por el eclipse, escuchaba en silencio. Numerosas estrellas, alrededor de la luna, oyeron también el discurso del dios del sarcasmo y se condenaron para siempre. Más tarde, aquellos astros malditos perderían su brillantez y caerían en la tierra como una nube de meteoros enviados por la luna para pervertir a los hombres, convertirlos en bestias y enseñarles la magia malévola. Pero por el momento, el cielo permanecía mudo y opaco. Sólsun reapareció en la terraza del mundo. Triunfante, llevaba en sus brazos el cuerpo de su padre, sin vida pero sin muerte, y sus ojos centelleaban animados por la venganza.

Bahadar se acercó de él y le dijo en el oído:

“El amor también te hará perder la razón. Por una mujer, como yo perderás tu reino, y harás que renazca el caos de la edad del tiempo sin tiempo.”

Eran las palabras que Mordod había dirigido a su hijo Potestor antes de que este último le asesinara, y ahora la profecía se aplicaba a Lyelos, el hijo del rey de las edades, su heredero. Bahadar, burlón, felicitó al dios del sol, que acababa de matar a tres guardias inocentes y ensañarse sobre el cuerpo indefenso de un anciano dormido.

Al oír estas palabras, Sólsun entendió las verdaderas razones de su gesto, su vana cólera, sus celos, y de pronto sus rasgos se volvieron sombríos. Soltó unas lágrimas que magullaron sus mejillas de efebo y apagaron sus ojos, su rostro se afeó con una mueca de dolor y su cuerpo se encorvó, abrumado por el peso del remordimiento, por el cadáver de su padre que tenía en los brazos y que en sus sueños le sonreía, como mofándose de él.

Los dos hermanastros bajaron los mil y un peldaños de las escaleras de cristal. Viéndoles a ambos, uno hubiera jurado que el sol era Bahadar, clarividente en la noche, caminando delante con un paso ligero, y que Sólsun, que le seguía detrás llevando su carga, titubeante, tenebroso, era su sombra; pero en aquellos tiempos trágicos, todo estaba al revés, la luna era negra, el sol eclipsado, el bien era el mal, y la fealdad parecía hermosa.

Bahadar condujo a Sólsun hasta la ciudad de Galdenor, construida en frente de la escalera de Caelvala. Era la primera vez desde la primera noche de los tiempos nuevos que el príncipe volvía a su ciudad. Pero al llegar a Galdenor, Sólsun no logró dirigirse a su pueblo. A pesar de ser dios de los bardos y de los poetas, no consiguió soltar una sola palabra, el remordimiento le ahogaba y clavaba sus palabras en el fondo de su garganta.

Entonces Bahadar habló por él a la muchedumbre inquieta. Describió a la asamblea los hechos según la versión más favorable al príncipe, insistiendo en la ignominia cometida por el viejo rey de las edades, pasando por alto su letargo cuando fue vilmente asesinado. Bahadar concluyó su discurso afirmando que el sol renacería y vencería a la noche cuando todos los seres del mundo reconocerían a Sólsun como el nuevo rey del cielo, llamado a iluminarlos y hacer reinar una nueva armonía.

El dios pérfido fue tan elocuente que todos los habitantes de Galdenorr aclamaron al unísono a su príncipe, convertido en el nuevo soberano del universo. El entusiasmo era tal entre el populacho que los guardias del palacio debieron interponerse para impedir que la multitud se apoderara de los despojos de Potestor para lacerarlos.

Sólsun pidió a Bahadar que matizara su discurso, pero el dios pérfido le explicó que el pueblo necesitaba tener esperanza, que de todos modos, como el mal ya estaba hecho, de nada servía ahora lamentarse. Sólsun aceptó estos argumentos y se alegró por tener a su lado a un tan buen consejero y tan fervoroso defensor de su causa. Así que el dios del sol, próximo rey del universo, pidió a su hermanastro que anunciara al resto de los pueblos y a los dioses la nueva del letargo de Potestor y que convocara a todos a la celebración de su coronación.

**Canto 3**

Bahadar mandó emisarios a los cuatro rincones de la tierra para invitar a dioses y reyes en Galdenor a la ceremonia del adiós al antiguo rey caído en desgracia y a la coronación del príncipe heredero, el hermoso Sólsun.

El señor de las moscas, convertido en consejero de su hermanastro ponía poco a poco en marcha su plan. No invitó a Liebama, por temor a que la diosa lograra conciliar a todos con su dulzura y se diera cuenta de las artimañas de su hijo. Tampoco invitó a Sawilda, la diosa salvaje, por la misma razón. Bahadar la odiaba más que a todos los demás, pues ella, sin compasión, lo había abandonado a su suerte, cuando era un neonato.

Pero todos los otros seres de la tierra acudieron a la cita, convocados por el dios pérfido. Primero llegaron cinco tribus, más o menos al mismo tiempo. En el horizonte deslumbrado por el eclipse que centelleaba en el mar, la gente de Nominor divisó en el poniente una multitud de navíos. Había barcos majestuosos como palacios flotantes con velas inmaculadas hinchadas por la noche, y balandras esbeltas con proas cinceladas que figuraban monstruos marinos, que cortaban la espuma atormentada por los golpes de los remadores. Eran las huestes de Izlis y de Akwassar, los pueblos del mar vasallos de Simar que navegaba con ellos. El dios del océano, de pie en su nave que se deslizaba sola por el agua, anunciaba su llegada soplando en una gigantesca concha de nácar.

Al levante se oyó, como respuesta, la melodía de miles de flautas, carracas, laudes y rabeles que volaba ligera. Eran las huestes de Amazul y de Sandarien, los pueblos del viento, que respondían a la llamada del mar y caminaban hacia Galdenor. El cortejo era humilde y desordenado, pues el único lujo para esta gente era la libertad y Aerwind, la diosa alada que les inspiraba, volaba encima de ellos.

Por fin, en el Meridión, se podía distinguir el cortejo de Volkentis, la ciudad de los poetas que veneraba a Sólsun pero que no tenía rey, que avanzaba también hacia Galdenor, y sus cantos armoniosos se acoplaban a las melodías del mar y del viento.

Las cinco delegaciones fueron recibidas con grandes honores en Galdenor, así como los dioses Simar y Aerwind, parientes de Sólsun, y numerosas estrellas que vivían con los hombres también se encontraban en la ciudad. Bahadar, en nombre del nuevo rey celestial, se presentó y describió con habilidad los acontecimientos pasados. A pesar de la gravedad de los hechos enunciados, nadie dudó de la buena fe de Sólsun, ni tampoco cuestionó su coronación inminente. Todos empezaron a preparar la fiesta, a la espera de próximos comensales.

Por desgracia, la reacción de las cuatro tribus que faltaban fue muy distinta. Se trataba de los pueblos guerreros de Beteliand, Helixan, Gwaerior y los herreros de Untarok, todos fieles a Potestor o a su vasallo Feobran, el dios soldado. Bahadar había diferido su llamada para estos cuatro pueblos y los había convidado en la ciudad de Beteliand, como punto de encuentro antes de partir juntas hacia Galdenor.

Beteliand era una ciudad construida en el primer campo de batalla del mundo, el lugar de la victoria de los duendes sobre el pueblo de Mordod, una impresionante ciudadela que se mantenía en el borde del abismo de los gigantes, al pie de una efigie de Potestor talada en un acantilado, que protegía la ciudad. Bahadar llegó al mismo tiempo que los ejércitos de Gwaerior. Bajo el sol velado por la luna negra, narró a Feobran y a los reyes de los cuatro pueblos belicosos los mismos hechos que los que había relatado anteriormente en Galdenor, pero descritos bajo un ángulo diametralmente diferente. Sólsun el felón había asesinado al rey mientras dormía y había usurpado el trono. Pero Potestor no estaba muerto, sino malherido y prisionero en Galdenor. Era preciso, a toda costa, liberarlo para curarlo.

El discurso incendiario de Bahadar calentó los ánimos y pronto se oyeron gritos de guerra que se juntaron al eco de los gigantes caídos en el abismo en los albores de los tiempos. Los ejércitos de los cuatro pueblos salieron entonces de Beteliand en dirección de Galdenor, para arrasar la ciudad y liberar al soberano cautivo. Bárbaros de Untarok cubiertos de hierro, colosos de Helixan, legiones metálicas de Beteliand y guerreros desnudos de Gwaerior, todos avanzaban en hordas pavorosas bajo el mando único de Feobran, el dios de la guerra, que caminaba delante de ellos desgarrando la noche con sus espadas de fuego.

El paso marcial de los ejércitos de Feobran y el redoble de los tambores pronto resonaron en la llanura de Galdenor, hicieron estremecerse los campos de trigo y latieron en el corazón de cada ser que se encontraba en la ciudad del príncipe. El dios del fuego hizo sonar el cuerno para lanzar el asalto. A lo lejos, la concha de Simar, su sempiterno enemigo, respondió a su desafío. El combate empezó y Bahadar aprovechó el momento para apartarse del campo de batalla. Se sentó en el primer peldaño de la escalera de los dioses en frente de Galdenor y que había sido, en los tiempos de antes del tiempo, el trono de Mordod, el primer rey de las edades.

Los hombres en su locura dedicaron largas poesías para alabar a los héroes de cada bando y describir sus proezas en la primera guerra de los hombres y de los dioses, sin embargo la presente leyenda callará estos acontecimientos sangrientos, pues ninguna guerra es digna de ser contada al detalle. Bahadar oía, desde la llanura de Galdenor, el estruendo de las armas chocando, los gritos de las víctimas y de los verdugos que se confundían formando un solo gemido en la noche.

Bahadar se regocijaba. Por un lado, había seis ciudades y tres dioses para defender a Sólsun, del otro sólo cuatro tribus leales al antiguo rey, pero mucho más aguerridas y bajo el mando del dios más feroz, Feobran. La resolución del conflicto era evidente: nadie vencería, salvo Monalund, la muerte. Y Bahadar se deleitaba pensando en estos humanos estúpidos y estos dioses sin sabiduría que se mataban unos a otros por una sola y misma verdad que nadie se atrevía a mirar de frente, en su totalidad, como los ojos no logran mirar a la luna y al sol cuando se encuentran juntos en el firmamento, sin cegarse por completo.

**Canto 4**

La guerra se eternizó y los hombres perdieron rápidamente la cuenta de los días, pues el eclipse permanecía en el cielo parando el tiempo.

Las batallas se sucedían, cada una más mortífera que la precedente y los cuerpos se apilaban delante de Galdenor, víctimas de la locura humana. Con cada asalto millares de jóvenes eran sacrificados por aquellos juegos bárbaros, y entregados a las moscas de Bahadar.

La guerra seguía, encarnizada, y ninguno de los dos bandos lograba romper el equilibrio de las fuerzas. Pero al cabo de un tiempo los aliados de Lyelos abandonaron el combate. Aerwind, diosa del viento, pensó que era vano morir para defender a un soberano, fuese cual fuese, y se retiró del conflicto; y Galdenor perdió entonces a sus mejores arqueros. Sin embargo, Aerwind no se marchó sino que dejó sus ejércitos estacionados en la llanura, a la espera del desenlace de los combates, dispuesta a luchar contra el vencedor debilitado para de este modo impedir que hubiese un rey en el universo.

Los ejércitos de Volkentis también se retiraron. La ciudad fue presa de una guerra intestina, algunos seguían siendo fieles a Lyelos que había fundado su ciudad, y los demás no entendían que se defendiera a un rey cuando la ciudad no poseía a ninguno. Los ciudadanos de Volkentis, que tenían todos derecho a la opinión propia, empezaron a matarse los unos a los otros sin que nadie se lo ordenara, únicamente empujados por su libre albedrío.

Simar el dios de los océanos fue el último en abandonar la alianza de Sólsun, aunque fuera el primero en desear el repliegue de sus tropas. Pero Feobran le impedía marcharse y se encarnizaba sobre el dios y sus ejércitos, animado por el espíritu de venganza que venía del primer combate entre el fuego y el agua, en la segunda edad del mundo. Y cuando Simar mandó a sus huestes que embarcaran para volver hacia los reinos del mar, el dios del fuego ordenó a los guerreros de Gwaerior que persiguieran a las huestes de Simar mar adentro, y un gran número de soldados del pueblo del fuego murieron ahogados en el intento.

Simar, que era humilde y pragmático, afirmaba: “poco importa quién es rey, mientras haya paz”. Convencido que contribuía a la reconciliación entre los pueblos, retomó su labor sin preocuparse más de los combates. Sin embargo, él en realidad no obraba para la paz, sino que alimentaba la guerra, ya que las tribus de Izlis y Akwasar que se inspiraban en él eran los únicos en trabajar en aquellos tiempos y vendían alimentos y armas a los soldados de ambos bandos, permitiendo que la guerra siguiera.

Por lo tanto, Galdenor se quedó sola contra cuatro ciudades y la furia devastadora de Feobran, su jefe. Sóslun, a pesar de la defensa heroica que oponía a sus enemigos, sabía que su ciudad caería, tarde o temprano. Ya imaginaba a los soldados adversarios invadiendo aposentos y palacios, masacrando a cada uno de los habitantes de Galdenor antes de inmolar la ciudad entera en un gigantesco incendio.

Así que Sólsun convocó a la gente de Galdenor y les habló. Acababa de enviar a un emisario para negociar con Feobran la rendición de la ciudad y este último había aceptado dejar intacto Galdenor si Sólsun acudía, solo y desnudo, para depositar el cuerpo de Potestor a los pies del dios guerrero, antes de arrodillarse para que Wefel pudiera cortarle la cabeza. Los habitantes de Galdenor escuchaban, en silencio, las palabras amargas del príncipe. No quedaba otra posibilidad que aceptar la derrota y lloraron a lágrima viva el sacrificio de su dios.

Sin embargo, en este preciso instante, se vio en el septentrión una nube confusa acompañada de un rugido ensordecedor que hizo vibrar la llanura; y de repente se pudo percibir un nuevo ejército, un tropel de animales en el que se mezclaban las fieras, osos, lobos, tigres, uros y paquidermos, que se abalanzaba sobre los ejércitos de Feobran. Delante de la horda cabalgaba Sawilda, la diosa salvaje montada en su yegua negra, y a su lado se encontraban los primeros caballeros de todos los tiempos, hombres del viento, del mar, de Volkentis e incluso antiguos seguidores de Feobran, proscritos que procedían de todos bandos y que no aceptaban la derrota de Sólsun. Todos aquellos se habían refugiado en el bosque para constituir una nueva tribu, el undécimo pueblo de los hombres, que se llamaba “Forstod” y que significa en una lengua olvidada “los rebeldes”

Al conocer la situación de su amado Sólsun de la boca de estos hombres, Liebama, la diosa de la sonrisa, había suplicado a su amiga Sawilda que ayudara a Galdenor, y la amazona acabó aceptando su requerimiento. La diosa salvaje enseñó a los hombres la lengua secreta de los caballos, y para los que procedían de los pueblos del viento, domó otras monturas, más terroríficas, águilas gigantescas de garras afiladas.

Los rebeldes galoparon hacia el campo de batalla y la carga animal penetró hasta el corazón de las legiones de Feobran. Sin embargo, los ejércitos del dios del fuegos lograron sobreponerse al asalto y poco a poco pareció equilibrarse el combate.

Desde las murallas de Galdenor, los guerreros de la ciudad, repentinamente enfervorizados por esta ayuda providencial, esperaban impacientes la señal de su príncipe para entrar en la batalla. Pero Sólsun no acudió a la cabeza de sus tropas para llevarlas al combate. Había desertado.

**Canto 5.**

En efecto, cuando la tribu de Forstod entró en combate, Sólsun se subió a la más alta torre de su palacio para contemplar la guerra. Y allí, vino a su encuentro Bahadar. El bastardo preguntó a Sólsun si se sentía feliz al ver que la guerra se reanudaba de nuevo, y su hermanastro le contestó:

“Estoy aliviado, pues ha nacido de nuevo la esperanza, pero no estoy alegre ¿Cómo podría regocijarme viendo la guerra? ¿Cuántos hombres morirán en esta nueva batalla?

- Tienes razón, contestó Bahadar. Si los guerreros de Galdenor entran en combate, el resultado volverá de nuevo a ser indeciso. ¿Qué piensas hacer?

- No entiendo tu pregunta, hermano, pues no existe ningún dilema. Ordenaré el ataque, es mi obligación. No tengo otra elección.

- ¿De verdad? En realidad yo creo que siempre existen elecciones, nadie nunca está obligado a emplear la violencia. No lo entiendo, Sólsun. ¿No anunciaste hace unas horas a tu pueblo que para salvar Galdenor e impedir que hubiera más muertos, ofrecías tu vida en sacrificio?

- Claro está, pero los hechos han cambiado. De nuevo la victoria es posible.

- Así que en realidad, no te importan los muertos, no te importa la paz, lo único que te importa es la victoria o la derrota.

Bahadar dirigió una sonrisa a su hermano y Sólsun se quedó un momento perplejo, antes de contestar

- Me importa la victoria porque permite alcanzar la paz... Y la paz significa que ya no habrá más muertos.

- Así que ahora vas a entrar en combate para evitar que haya más muertos. Es una paradoja difícil de entender, hermano. Pero escúchame, también la derrota traería la paz, al igual que la victoria, ¿no crees? La verdad es que desde el principio de la guerra, la gente muere por una sola razón… Por ti, que sea para defenderte o para revocarte, tú eres la culpa de toda esta masacre. En cualquier momento podías haber renunciado al trono y así se hubieran evitado muchos dramas.

- No sé si mi abdicación hubiera cambiado algo, sinceramente. Feobran sólo busca la guerra…

- Feobran es leal al antiguo rey y sólo busca venganza. Su misión es matarte a ti y también a Simar, el amo de los mares. Sin embargo, Simar en su momento rechazó la sinrazón de la guerra, abandonó el campo de batalla y se refugió en sus aposentos. Pero tú te empecinaste en querer gobernar el mundo, por pura vanidad, por egoísmo…

- ¿Egoísmo? ¿Pero qué dices Bahadar? Hace unas horas, no dude en aceptar mi propia muerte para salvar a mi pueblo.

- Sólo consideraste el sacrificio cuando todas las esperanzas ya se habían perdido, pero en realidad no se trataba de un sacrificio, Sólsun, pues Feobran de todos modos te hubiese matado después de saquear Galdenor. Ahora, ves que de nuevo puedes salvar tu pellejo, entonces dices que las cosas han cambiado… Pero nada ha cambiado, nada, salvo tus posibilidades de sobrevivir. Prefieres sacrificar a los demás antes de sacrificarte a ti mismo, tan solo eres un cobarde que teme la muerte. Renuncia a tu corona y desaparece de la faz de la tierra, te aseguro que si lo haces los hombres se otorgarán una tregua y empezarán a negociar la paz.”

Al escuchar estas palabras, Sólsun se desmoronó, espantado por estas revelaciones. Tras un largo silencio, declaró con un tono grave.

“Hermano mío, agradezco tu sinceridad. Me has enseñado la verdad que yo no quería ver… Si lo que afirmas es cierto, si mi desistimiento puede detener la guerra, entonces digo que merece la pena intentarlo.”

Sólsun bajó de la torre pero en vez de dirigirse al gran patio de armas del castillo de Galdenor para ponerse a la cabeza de sus ejércitos, cogió un pasadizo secreto y se fue al santuario subterráneo donde reposaba su padre inconsciente. Lo cogió en sus brazos y lo llevó por el laberinto de túneles que había debajo de la ciudad, para finalmente salir por una puerta recóndita que daba a una cala diminuta, frente al mar. Pronto vino a su encuentro un delfín, emisario de Simar, y Sólsun le comunicó su voluntad de constituirse prisionero del dios del océano, que le parecía el ser más sabio y más humilde de todo el universo.

Simar acudió a la cita poco después, y llevó en su navío a los dos reyes caídos, Potestor y Sólsun, el padre y el hijo. El rey de las aguas depositó a ambos en una isla secreta en los confines del océano, cerca del abismo del fin del mundo donde caen en cataratas las aguas a la nada.

Bahadar no acompañó al dios del sol por los pasadizos secretos del palacio, sino que se fue hacia el patio de armas para anunciar a los soldados de Galdenor la deserción del príncipe, justo antes del gran asalto que hubiera seguramente llevado a su pueblo a la victoria. Y cuando pudieron comprobar que el dios pérfido tenía razón en sus afirmaciones, todos en la ciudad, al unísono, hablaron de traición. Sus gritos exasperados resonaron en el campo de batalla, y llegaron a los oídos de las gentes de Forstod y de Sawilda, que ordenó enseguida la retirada. El príncipe había traicionado, el dios por el que todos habían arriesgado su vida se había acobardado en el último momento y se había marchado. Y todos los seres del mundo, dioses, humanos, aliados, neutrales y enemigos, supieron entonces que Sólsun era un pusilánime y un felón.

Y fue así como el dios radiante, antaño amado por todos, fue repentinamente odiado por la tierra entera, justo cuando por primera vez desde el principio del conflicto, el amor y el desinterés había guiado sus actos. Pero era la edad de la discordia, todo estaba al revés, la luna era negra y cegaba a los hombres.

**Canto 6**

Bahadar se sentó en el primer peldaño de la escalera de Caelvala, que había sido antaño el trono de Mordod, el rey de los tiempos sin tiempo. Y desde allí convocó a los dioses para encontrar por fin una solución y hacer cesar la guerra.

A la cita del dios pérfido acudieron Feobran, el dios de la guerra cuyas espadas en llamas iluminaban la noche, Aerwind el viento, el espíritu libre que vuela donde le place, Sawilda la cazadora, que poseía en su corazón el secreto de los bosques, y Simar, el amo de los océanos, que reposaba su cabeza pesada en su bastón que hace las mareas.

Bahdar mandó a hacer el silencio y declaró:

“Ya no hay rey, no hay día ni verdad. ¿Quién, entre vosotros será capaz de hacer volver la luz? Sin duda el que lo logrará merecerá gobernar el universo.”

Los dioses asintieron, y Bahadar prosiguió:

“¿Cuál es pues la verdad? ¿Cuál es la ley inmutable que triunfará de la nada? ¿Qué luz será tan potente como para aniquilar la noche? ¿Qué idea soberana nos traerá la armonía?”

Cada uno meditó estas palabras, y cada uno, delante del dios pérfido, encontró su verdad en su fuero interno. Aerwind habló primero:

“Solo existe una verdad, la libertad, y tan sólo tres leyes imperiosas en el universo para que vuelva la luz: nadie prohibirá nunca nada, nadie poseerá nada, nadie mermará la libertad de nadie. Éste es el sendero del viento, el único camino que nos llevará a la paz.”

La diosa del viento agitó sus largas alas y voló a la conquista de Caelvala. Por desgracia, Unaya, la casta intendente del palacio celestial prohibió la entrada al dios del viento, y organizó la defensa de la fortaleza de cristal, pues la última visita de un dios había sido la de Sólsun que había asesinado a tres guardias y al amo del palacio, y Unaya, fiel súbdita de Potestor, rechazaba la idea de un nuevo soberano. Aerwind intentó convencerla, en vano. Entonces sopló y desencadenó tempestades para forzar las puertas, pero cuando logró por fin abrirlas, entendió que penetrar en el palacio significaba someter a sus habitantes, obligarlos, masacrarlos tal vez... Y renunciar por lo tanto a su ideal de libertad, convirtiéndose en un déspota. Entonces Aerwind decidió detener su intento, y se marchó para cantar su queja en las llanuras desoladas.

Bahadar declaró entonces:

“Aerwind fracasó, pues la libertad no se puede imponer, y tan sólo puede triunfar renunciando a ella misma.”

Los dioses meditaron estas palabras y al cabo de un rato, Sawilda dijo:

“Si existe una verdad en el universo, la posee la naturaleza. Su ley es la que rige la vida, no es ni buena ni mala, es todo a la vez, y todos pertenecen a la naturaleza soberana, fuertes o débiles, presas o depredadores, todos somos útiles para perpetuar el ciclo, y los hombres son insensatos si creen en otras leyes artificiales.”

La amazona entonces cogió impulso y lanzó su montura a la conquista de Caelvala. Bajo el paso de la yegua trepaba la hiedra en los peldaños de la escalera celestial. Por desgracia, el animal no logró subir los mil y unos peldaños y la hiedra se cayó al suelo sin lograr echar raíces en el cristal. La naturaleza estaba condenada a reptar; y la amazona contrariada se fue galopando a refugiarse en el corazón del bosque.

Bahdar, entonces, comentó con tono burlón:

“Sawilda falló, pues la naturaleza no puede trascender el espíritu. La naturaleza se contenta con existir, sin tregua perece y renace, alimentándose con su propia muerte. Pero ya es tarde para que la naturaleza baste a las necesidades de los humanos, pues tenemos un espíritu que nos anima y aspiraciones que van más allá de nuestra simple supervivencia”

A lado del dios maligno quedaban Simar y Feobran, los dos primeros dioses creados por Potestor y eternos rivales. Feobran de repente quiso atacar a su enemigo, que en tierra y lejos de las aguas era más débil, pero Simar corrió tanto como pudo para escapar y logró justo a tiempo llegar a su barco amarrado en el arenal antes de que el dios soldado lo matara. El navío de Simar empezó a deslizarse por el agua alejándose del mundo y de la vanidad del poder. Agarrado a la proa, a guisa de adiós, el rey de las mareas gritó a las dos deidades que se quedaban en tierra:

“En cuanto a mí, creo que no existe la verdad, y que si de todos modos existiera, sería múltiple y diferente para cada uno de nosotros. No intentemos encender las estrellas, poseer el cielo, si en la noche nos toca vivir, en la noche vivamos. Quizás cada uno, a fuerza de paciencia y abnegación, sea capaz encender un fulgor, y reuniendo los fulgores minúsculos de unos y otros tal vez logremos iluminar el mundo y hacer desaparecer la noche.”

Poco a poco despareció en el horizonte para volver a su palacio sumergido, donde la vida transcurría serena lejos de las guerras de la tierra.

Y Bahadar, en su trono de piedra en medio del mundo, primer peldaño de la escalera hacia el palacio celestial, pensaba:

“Simar, que quiere hacerse pasar por sabio es sin duda el más loco de todos. Cree que la verdad no existe, que no hay más que verdades ilusorias, diferentes para cada uno, que todas valen por igual y pueden convivir en paz. Sin embargo la verdad existe, es inmutable y única, pero nadie nunca podrá verla en su plenitud, está fuera del alcance de nuestra mente, tan sólo podremos percibir una ínfima parte de ella, y apreciarla a través de velos que filtran su luz, pues es como el sol, inmensa y cegadora.

Sí, Simar es un insensato. Cree que pueden coexistir los sueños de cada uno, pero la verdad de uno prohíbe la de otro, y mientras uno sueña con la paz, su enemigo prepara la guerra.”

**Canto 7**

Tras este pensamiento, el dios pérfido giró la cabeza y observó a Feobran, el dios de guerra, el único que quedaba junto a él al pie de la escalera de cristal. Bahadar miró de hito en hito al dios soldado y le preguntó:

“Y tú, ¿qué opinas? ¿Cuál es tu verdad?”

Feobran escrutó el cielo con una mirada arrogante y Bahadar supo entonces que pronto habría un nuevo soberano el universo, porque no cabían dudas, el dios guerrero no se ablandaría como lo había hecho Aerwind delante de la débil defensa de los guardias de Caelvala.

“La luz existió en el mundo y era el rey, declaró Feobran. Una tierra, un rey y el mundo será coherente. Si no hay más que un soberano en el universo, entonces habrá una idea única para regir el mundo y no voluntades contradictorias, compromisos engañosos que provocan la duda y traen las tinieblas. Por desgracia nuestro rey Potestor, inconsciente, ya no puede gobernar, pero soy su más leal servidor desde el principio de los tiempos, el único en no haberlo traicionado nunca. Por lo tanto, me pertenece ahora reinar en su nombre y defender sus intereses. A defecto de sol, nos queda el fuego, y si es preciso para hacer renacer la luz incendiar el mundo, que así sea.

Bahadar, vete a buscar a los dioses y diles que ya hay un nuevo amo en Caelvala. A cada uno, transmite mis órdenes.

A Simar, le ordeno que se constituya prisionero y que me traiga a Sólsun el felón, para ejecutarlo, y el cuerpo del rey Potestor, para que permanezca en su palacio celestial.

A Sawilda, le ordeno que el bosque alimente el gran incendio que purificará la tierra

A Aerwind, ordeno que el espíritu deje de soplar libremente, y que se dedique a propagar el fuego en la tierra.

A Mondalund, ordeno que la luna vaya a esconderse al revés de la tierra dónde reinara soberana en el mundo de los muertos.

A Liebama, ordeno que me despose, así nuestros hijos, los hijos de la fuerza y de la gracia, se convertirán en la nueva raza perfecta llamada a reinar sobre el universo.

A ti, por fin, Bahadar, ordeno que transmitas este decreto y que seas mi consejero

En cuanto a Mayda, la madre del mundo, voy enseguida a ordenarle que pare el tiempo, para que vuelva por fin la Armonía.”

Bahadar se rió a carcajadas y se fue en la noche para cumplir las órdenes del guerrero, mientras este último subía los peldaños que llevaban al palacio celestial.

Feobran, como lo había previsto el dios pérfido, no tuvo ninguna dificultad en forzar las puertas de Caelvala, ni remordimiento en matar a los guardias que se interponían en su camino. Una vez que se apoderó del lugar, plantó su espada de fuego en el cuerpo de cada uno de los guardianes de la ciudad celestial y lanzó sus cuerpos por el balcón de la terraza de los dioses. Sin embargo, perdonó la vida a los que cultivaban los vergeles, pues los juzgaba demasiado débiles para inquietarlo, y los convirtió en esclavos. Sin embargo, no encontró a Unaya, la intendente que gobernaba el palacio en la ausencia del rey, pues se había refugiado en los aposentos más secretos del corazón del palacio, junto con Mayda. Pero Feobran postergó su decisión de ir a buscarlas a ambas en aquel laberinto de cristal, pensando que tampoco dos mujeres cobardes podían contrariar sus planes. Y en vez de cazarlas, prefirió encender grandes lumbres en la terraza del palacio y colgar fuegos en cada ventana, para dar a Caelvala el aspecto del sol. Una vez acabado, se sintió en su trono y esperó a que el universo se sometiera a su voluntad.

Sin embargo el fuego que había encendido no era más que un fulgor tenue en la oscuridad, y ningún dios obedeció a sus órdenes. Entonces, encendido por una viva cólera, Feobran bajó, furioso, los mil y un peldaños de la escalera de cristal y se fue con prisa a la tierra.

Caminó hasta la antigua brecha excavada por los duendes en los albores de los tiempos, los abismos abiertos que llegaban hasta lo más profundo del mundo. Una vez allí, llamó a las serpientes ancestrales, y los reptiles alados brotaron de la nada. Con un beso de odio, mediante su aliento de azufre, el nuevo tirano del mundo insufló el fuego a cada uno de los dragones, y los mandó propagar el incendio sobre la faz de la tierra.

Luego, Feobran se fue hacia el norte y encontró a los gigantes, que erraban en las montañas. Una vez reunidos, los guío hasta la cima más alta del mundo, y les dijo:

“Pueblo antiguo y fuerte, eráis los primeros amos del mundo, y grande es vuestra ira, pues lo habéis perdido todo. Pero por fin ha venido el tiempo de vuestra venganza, la hora en que los humanos, estos antiguos duendes pérfidos, serán aniquilados. Golpead la montaña, demoled la roca, dejad que el odio conduzca vuestros puños vengativos. En el cráter que habréis excavado, depositaré mi vómito, la lava de un volcán, un fuego inmenso en el que forjaré para vosotros nuevas e invencibles armas. Pronto os convertiréis de nuevo en el pueblo hegemónico de la tierra, como en los tiempos de antes del tiempo, los tiempos de la Armonía”

Los gigantes martillearon la montaña y sus golpes formidables agrandaron la brecha dónde sus hermanos habían caído antaño, en los albores de los tiempos. Y una vez que la montaña se convirtió en volcán, Feobran forjó espadas tan largas como árboles, escudos y armaduras como castillos. Luego, los gigantes bajaron de las montañas aullando en las llanuras para destruir a los hombres y los dioses. Y el jefe de la horda no era otro que Oynog, la venganza ciega, el príncipe de los gigantes, hijo primogénito de Mordod, el primer rey de las edades.

Bahadar, en su trono de piedra en medio del mundo, pensaba al verles desfilar por el mundo: “He aquí que los gigantes combaten en nombre de Potestor, por la gloria de este rey que antaño los destrozó, y que un ciego guía las tropas hacia la luz. Decididamente, en estos tiempos, todo está al revés, y todos se comportan de manera estúpida”

Feobran había vuelto a reunir a los antiguos ejércitos del principio del mundo, a los dragones sinuosos y a los gigantes sin espíritu, pero por desgracia para el nuevo tirano de Caelvala, frente a esta nueva amenaza los hombres se reconciliaron, postergando sus querellas, para luchar conjuntamente contra sus enemigos de siempre.

Bahadar entonces aconsejó a Feobran que se aliara momentáneamente con Mondalund la luna. Feobran aceptó y la diosa envió hacia la tierra las estrellas que el dios pérfido había pervertido antaño con su discurso. Una nube de meteoros cayó de repente sobre la tierra, en los confines surorientales del mundo, y su caída resquebrajó la tierra en varios sitios, abriendo una brecha hacia el reino de los muertos, donde Monalund apilaba los cadáveres de los hombres.

Las estrellas caídas persuadieron a numerosos hombres para que vinieran a establecerse con ellos, otros fueron secuestrados y sometidos a la esclavitud, y así fue fundada la duodécima tribu humana, el pueblo de Ninferheil, que significa “los condenados”, que erigieron para sus amos celestiales ciudadelas sepultadas hasta lo más hondo de los abismos. Todos los que contestaron a la llamada de las estrellas oscuras perdieron su condición humana y se convirtieron en odiosas criaturas temerosas de la luz. Algunos se aparearon con los animales y se transformaron en hombres lobos, serpientes, o jabalíes, otros fueron ajusticiados en los infiernos antes de ser de nuevo escupidos a la superficie del mundo para errar mitad vivos y mitad muertos, otros por fin fueron torturados y esculpidos a carne viva para convertirse en monstruos. Solo una pequeña élite fue convidada por los astros caídos en sus sombríos palacios e iniciada a la magia oscura.

Y Bahadar se regocijaba, porque en nombre de la luz, Feobran permitía que la noche triunfara, de la misma manera que en nombre de Potestor, había resucitado a dragones y gigantes.

La guerra reinaba soberana por el universo entero. También se hallaba en lo más alto del cielo, en el palacio de Caelvala, donde Feobran intentaba forzar la puerta de los aposentos secretos de Unaya y de Mayda, pues el tirano en su orgullo deseaba poseer el tiempo.

Escuchando los golpes en su puerta, que resonaban en su corazón, la antigua diosa gritaba su desesperación, su arrepentimiento por haber creado el mundo, y su gemido se unía, abajo en la llanura, con el grito ronco de su hijo mayor, Oynog, el coloso ciego, que guiaba el nuevo ejército de los gigantes, y que buscaba en el vacío de su mirada el alma de su padre Mordod, que renacería algún día, una vez el mundo destruido, en el crepúsculo de los tiempos.

**Poema 5: los llantos redentores.**

**Canto 1**

En la cuarta edad, la guerra reinaba sin cuartel en el mundo, el sol se había eclipsado, y no se percibía ninguna luz de esperanza para un porvenir radiante.

Sin embargo esta luz existía, pero era minúscula y se escondía en lo más profundo del lugar más secreto del universo.

En el corazón del bosque se encontraba un claro, y en corazón de este claro, se encontraba una cueva. En el corazón de la cueva, moraba Liebama, la diosa de la sonrisa, y en el corazón de la diosa palpitaba el corazón de un embrión. Era el fruto de los amores entre Liebama y Sólsun, un retoño que el dios había concebido antes de partir por Sidarap. Durante siglos el embrión se había quedado enclenque en el vientre de su madre, como si hubiera rechazado crecer en un mundo tan cruel.

Pero pronto el fuego amenazó el claro donde vivía Liebama. La dama de la sonrisa se había quedado allí, en aquel joyero de flores, protegida de los tormentos del mundo desde el principio del eclipse. Sin embargo ahora, percibía a lo lejos las llamas que se tragaban los árboles, que engullían los matorrales. Furtivas sombras combatientes se movían en la hoguera rojiza. Eran Sqawilda y el pueblo de Forstod, que luchaban contra los dragones y se encarnizaban para apagar el incendio. En vano, pues la madera no puede nada contra el fuego, y las fuerzas de Feobran avanzaban inexorablemente comiéndose el bosque, vomitando brasas y escupiendo cenizas.

Liebama contemplaba su vientre. En poco tiempo, había cambiado y empezaba a hincharse para hacerse tan redondo como el mundo. Por mucho que la diosa hablara a su embrión, intentando convencerlo de que se quedara minúsculo, el retoño parecía resuelto a salir de las entrañas de su madre en el momento menos propicio.

Liebama contempló la cortina de humo que cercaba el claro y de repente, tuvo una fuerte contracción. El niño quería nacer, en ese mismo instante. Entonces la diosa se tumbó y se quedó inmóvil. Esperó que el niño saliera, y que luego las llamas vinieran a apoderarse de los dos cuerpos en su lecho de musgo. Cerró los ojos, dispuesta a dar la vida justo antes de perderla. De todos modos, pensaba, el tiempo de la discordia había llegado por su culpa, por culpa de su amor por Sólsun, y tal vez su muerte y la del fruto de sus entrañas apaciguaría el mundo.

En su lecho de musgo, ella esperaba, ofreciéndose en sacrificio a Feobran, el nuevo amo de Caelvala, que pronto la poseería, cómo la habían poseído los dos anteriores reyes, Potestor y Sólsun. Se ofrecía, ciertamente, pero se ofrecía marchita y el dios de guerra que pronto vendría a besarla con su aliento de fuego sólo se encontraría con un cuerpo consumido y un retoño mortinato.

Cerró los ojos para siempre, decidida a nunca volverlos a abrir, y los cerró tan fuerte que vio multitudes de puntitos luminosos debajo de sus párpados, miles de luciérnagas bailando. Esta luz formó poco a poco en sus pupilas veladas la silueta de una niña alada, parecida a una mariposa. Y la criatura le habló en su mente:

“Madre, ¿qué estás haciendo? ¿Quieres que me muera nada más nacer, devorada por las llamas?

- No hay otra solución, hija mía, contestó la diosa en sus sueños. Feobran destruyó el bosque y viene a buscarnos. ¿Pero por qué quieres nacer ahora, si es para morir enseguida después?

- Si yo vivo tan sólo un instante y tengo el tiempo de sonreír a mi madre, entonces este instante habrá merecido la pena. Por eso quiero vivir. Pero tú, ¿por qué quieres matarme?

Estas palabras resonaron entre las sienes de la diosa, y poco a poco el sueño dio lugar a la pesadilla. El hada mariposa se transformó, en una especie de crisálida invertida, para tomar la forma de una larva inmunda. Emya reconoció entonces el rostro de Bahadar, que le dijo con una voz estridente:

“Ya mataste a un primer hijo, madre, ¿qué te importará matar a otro?

- ¡No!, gritó la diosa. Yo amo a esta niña. Es el fruto del amor, es un ser inocente. Debo salvarla.

- Todos los niños son inocentes, contestó el bastardo. Yo también lo era al nacer, y sin embargo tú me abandonaste.

- Lo lamento de todo mi corazón, hijo mío. No supe amarte, ¿pero tú sabrías perdonarme?

Tras estas palabras, Liebama vio una lágrima derramarse en las mejillas del bastardo. Pero finalmente éste logró contener su emoción y volvió a hablar:

“¿Y si te dijera que esta niña algún día provocará la muerte de la humanidad entera? ¿También merecería ser salvada?

- Sí, contestó Liebama, pues la niñez es inocente, y nadie puede juzgar a un ser mientras es niño. Los inocentes no cometen crímenes.

- ¡Necedades! El inocente puede cometer crímenes, aunque no sea responsable de ellos. Yo te digo que esta niña condenará a los humanos. Ahora que lo sabes, puedes elegir con toda tu consciencia, o te dejas guiar por tu amor egoísta y salvas a tu hija, o eres razonable y la tiras al fuego.”

La larva inmunda desapareció de repente de la mente de la diosa y en su lugar volvió la niña, sonriente y hermosa, que apaciguó el sueño de su madre. Pero de repente Liebama vio las alas de la niña mariposa incendiadas y oyó a su hija gritando:

“¡Madre, madre! ¡Sálvame! ¡Me estoy quemando, me estoy quemando!”

Liebama se despertó en un sobresalto. Un carbón ardiendo acababa de saltar en su barriga. Alrededor de la diosa, las llamas bailaban y silbaban reclamando su cuerpo.

“¿Pero adonde debo ir, hija mía? ¡No hay refugio, en ningún sitio!”, gritó en medio del fuego. Pero no obtuvo ninguna respuesta, estaba sola en la hoguera y su hija luciérnaga había desaparecido.

Cerró los ojos, se armó de valor y saltó en el fuego. Sorprendentemente, atravesó las llamas sin una sola quemadura. Olvidó el sueño premonitorio, pues no era el momento de dudar. Debía escapar, lo más rápidamente posible, y salvar a su hija.

**Canto 2**

Liebama avanzó como pudo hasta la linde del claro. Más allá, los árboles no eran ya más que gigantescas antorchas y los matorrales muros de llamas.

Iba a lanzarse a las llamas, cuando de repente, como surgida de ninguna parte, una silueta negra le impidió el paso. Era el perro lobo de Sawilda que gruñía para impedir que la diosa se marchara del claro. El animal había recibido la orden de guardar el lugar y estaba obedeciendo, sin entender que retener a la diosa significaba condenarla a morir en el incendio.

Liebama quiso acercarse al perro y acariciarlo para enternecerlo, pero éste, enloquecido por el incendio, le mordió la mano. La diosa, asustada, dio un paso atrás. De repente, desde una rama calcinada, surgió otro lobo y saltó sobre el animal de Sawilda. Era el lobo que había acogido a Bahadar en su manada antaño, el más furioso, el más enrabiado de los lobos, que aprovechaba el incendio para desafiar a su enemigo de siempre.

Liebama se mantenía de pie, delante de las dos fieras, sin atreverse a moverse. Daban vueltas uno frente al otro en un baile siniestro, con las orejas agachadas, los músculos tendidos, los morros espumosos, los ojos enrojecidos por el odio y el humo. Liebama ya no lograba distinguirlos. El buen perro se había convertido en la misma bestia rabiosa que su enemigo. De pronto se abalanzaron el uno sobre el otro y se quedaron abrazados en un beso salvaje, para formar un sólo monstruo de cuero y sangre, garras y colmillos.

Liebama recogió del suelo una rama con la punta afilada por el fuego y la agarró contra su pecho esperando el desenlace del combate. El perro guardián logró por fin proyectar al lobo en la hoguera y la criatura de Bahadar empezó a arder, torciéndose como un diablo y aullando de dolor. El perro de Anozama había triunfado pero estaba malherido, cubierto de quemaduras y de llagas. Enajenado por su lucha fraternal, aterrorizado por las llamas, ahora gruñía contra la diosa y avanzaba hacia ella enseñando los colmillos. Entonces, sin dudar Liebama, con todas sus fuerzas, clavó la estaca humeante que tenía en sus manos en la garganta del animal y lo mató de golpe.

Levantó la cabeza, atónita, asqueada por haber asesinado a su fiel perro guardián. El fuego la rodeaba entera y la humareda le impedía adivinar la menor salida, pero en la bruma cobriza apareció de nuevo delante de sus ojos la niña mariposa, que parecía indicarle un camino entre las llamas. La diosa entonces se lanzó a ciegas en la niebla opaca y corrió tanto como pudo en la inmensa hoguera. Sus pies se desgarraban en las brasas, su pelo rubio chispeaba en el incendio. Pero no sintió ningún dolor y siguió sin vacilar la luz que bailaba delante de sus ojos enseñándole el camino. Atravesó el fuego por fin, ardiente del amor que la había despertado, y luego continúo, guiada por la luciérnaga que seguía viva detrás del incendio.

Siguió el sendero del amor por la fosas comunes que cubrían la tierra, anduvo en los osarios en el corazón de los ejércitos muertos, a la sombra de los cuervos que laceran los cuerpos caídos sin gloria, corrió hasta perder el aliento por desiertos de cenizas, cauces polvorientos de torrentes apagados, valles humeantes; y la luz ínfima, evanescente, de la niña mariposa la llevó finalmente hacia un manantial evaporado.

Retiró las piedras que obstruían la fuente y el agua clara brotó y trazó el camino insinuándose entre las piedras. Cayó en cascada por la ladera de una montaña, luego se unió a una corriente rugiente en un valle perdido. Liebama siguió el arroyo, que poco a poco se convirtió en río, y al final del viaje llegó al mar.

Contempló desde lo alto de un acantilado las olas que rompían en la roca, abajo el arenal y a lo lejos, el horizonte tranquilo que reflejaba el eclipse. Por fin entendió por qué la niña que tenía en su vientre la había llevado tan lejos: más allá del tumulto, más allá de la línea entre el cielo y el agua, más allá de la noche, estaba su amor, Sólsun, prisionero en una isla en los confines del mundo.

Liebama se quedó de pie ante el viento rebelde que tamborileaba entre sus sienes. Ya estaba imaginando su cuerpo desgarrado, proyectado por la resaca sobre las rocas, y las olas teñidas de su sangre. Ya no discernía la luciérnaga delante de sus ojos, en su lugar había miles de puntitos blancos que volaban en la noche. Eran gaviotas que chillaban y se burlaban de la diosa acariciando la espuma de las olas con sus alas ligeras, incitándola a flotar con ellas en la brisa marina.

Liebama cerró los ojos para ver mejor en su corazón, y los cerró tan fuerte que la mariposa volvió a surgir debajo de sus párpados. Entonces saltó, confiada en lo que sus sueños le dictaban hacer.

**Canto 3.**

Un delfín, enviado por Simar, rescató a la diosa en las olas y llevó su cuerpo inconsciente al reino sumergido del rey de los mares.

Afectado por el acto de amor de Liebama, que se había atrevido a desafiar a la muerte para encontrar a su amante, Simar decidió llevarla, sin despertarla, a la isla de las lindes del mundo, donde descansaba Sólsun y Potestor.

Cuando Liebama abrió los ojos, estaba tumbada en una playa de arena dorada y calurosa. El suave oleaje, iluminado con destellos de eclipse, acariciaba sus pies. Pero de repente, la diosa sintió que su vientre hinchado se endurecía, y se apresuró a buscar un refugio para dar a luz. Se abrió camino a través de exuberantes y desconocidas plantas, y pronto encontró una choza de bambú en un valle fluorescente donde cantaba un arroyo.

En la cabaña adivinó dos cuerpos dormidos, y no tuvo dificultad en reconocer a los dos padres de sus hijos, Sólsun y Potestor. Ella se lanzó y los besó a ambos, sin la menor vacilación, sin siquiera pensarlo.

Y Liebama, que poseía en ella todos los amores, el de la madre, de la amante, de la tierra, perdonó a su padre que la había ultrajado y su amor logró despertarlo. La bondad de la diosa le había permitido renacer y Potestor ya no sentía ningún daño ni en su cuerpo ni en su alma. Sonrió a sus dos hermosos hijos que se estaban abrazando y dio su bendición a la pareja.

Poco tiempo después nació la niña, sin causarle el menor dolor a su madre y en lugar de llorar como todos los recién nacidos del mundo, se echó a reír. Nació con los ojos abiertos, y sus iris, que brillaban como el azabache eran como dos eclipses, pero eclipses alegres y titilantes. Por eso Liebama llamó a la niña Kindinya, que significa "mirada".

En aquella isla olvidada que contenía todos los amores del mundo, la Armonía había vuelto, reminiscencia furtiva de los tiempos eternos, anulando la noche. Bajo la luna negra del eclipse, el sol renacido parecía haberse ensanchado y teñido de oro y plata. Las estrellas también eran más intensas, exigiendo con su impaciente fulgor un nuevo amanecer. La luna aún estaba allí, inamovible en medio de la noche, mofándose del sol, pero por fin el momento de desalojarla del firmamento había llegado.

Potestor quería redimir su culpa y marcharse cuánto antes de la isla para reconquistar su reinado. Sólsun decidió acompañarlo. Se despidió de Kindinya y de Liebama, y luego, con los ojos húmedos por el adiós, salió de la choza y siguió a su padre hasta la playa. Los dos dioses vieron a un delfín saltando en las olas y le pidieron que fuera a buscar a Simar, el rey de los océanos, para llevarlos a las orillas de la tierra de los hombres. Pronto vieron el navío del soberano, acercándose a la isla.

**Canto 4.**

Sólsun y Potestor embarcaron en la nave de Simar, pero el rey de los océanos no dijo una sola palabra. Durante el viaje se mantuvo solitario, taciturno, de pie junto a la proa, escudriñando el horizonte. Potestor pronto se dio cuenta de que el señor de las aguas estaba llorando.

"¿Qué te ocurre? Le pregunto.

Simar se dio la vuelta y finalmente declaró, ahogado por sus sollozos:

"Ay, todo esto es mi culpa. Quería tanto la paz que me negué a ver la guerra. Podía haber fabricado barcos para transportar a los hombres y animales de todo el mundo lejos de aquel incendio, fuera del alcance de la ira de Feobran, y dejarles que vivieran seguros en islas en el corazón del océano. Desde el principio de la guerra, podía haber ido a buscar a Liebama en el claro del bosque y la podía haber trasladado a la isla perdida dónde le aguardaba Sólsun. Pero no hice nada más que ignorar las masacres y esconderme en mi reino secreto, negándome a actuar y a salvar a los humanos. Peor aún, me enriquecí con la guerra, entregué armas a todos los bandos, aproveché las hambrunas para vender grano por cien veces su precio. Pensaba que era humilde, que era bondadoso… En realidad sólo era un codicioso y un cobarde. "

Potestor escuchó estas palabras, e inmediatamente perdonó a Simar, su hermano, su alter ego. Pero el rey de las olas siguió llorando, y lloró tanto y tan fuerte que se dice que fueron sus lágrimas las que salaron el océano.

Los dioses finalmente desembarcaron en la orilla del mundo de los humanos, y allí, en la playa, los estaba esperando Aerwind, la diosa del viento. Ella también estaba llorando a lágrima viva. Potestor le preguntó por qué, y la dama del viento respondió:

"Ay, todo esto es mi culpa. El viento de la libertad puede apagar una llama pequeña, pero solo logra propagar el incendio. Al negarme a tener un rey en el universo, dejé que el tirano tomara el poder, sembré la confusión en la mente de los humanos. ¡Cuántos crímenes se han cometido en mi nombre! "

Potestor escuchó estas palabras y también perdonó a Aerwind; entonces ella silbó y dos gigantescas águilas aparecieron en la noche, para aterrizar a los pies de los dioses. Ella ofreció estas monturas a Potestor y Sólsun, para que la siguieran por los caminos del viento.

Aerwind, el espíritu libre, que rechazaba a los reyes, había juzgado la guerra y sus atrocidades, y entre la paz y la libertad finalmente había elegido la paz. Y Aerwind, mientras volaba sobre el mundo lloraba lágrimas amargas y la lluvia se derramaba de sus ojos grises. Sus sollozos cayeron sobre la tierra ardiente, y dondequiera que la diosa se lamentó, las llamas se apagaron. La libertad reprimida, consciente de sus límites, lograba por fin aliviar el mundo.

La diosa voló sobre el bosque de Sawilda, pero ahí, no consiguió detener el incendio. El fuego era más grande y más fuerte, pues se alimentaba de la madera de los árboles. Aerwind vio la silueta de la amazona, muy lejos en el mundo, defendiendo de los asaltos del fuego el primer árbol del mundo, que una vez había sido el cetro del rey, y ahora no era más que un tronco inmenso y calcinado.

Aerwind, Potestor y Sólsun volaron hacia Sawilda y se posaron en el suelo. La dama del bosque bajó de su caballo y se arrodilló ante el soberano. Ella también estaba llorando, y cuando el rey le preguntó la razón, la diosa respondió:

"Ay, todo esto es mi culpa. La guerra reside en la naturaleza misma de los hombres. La envidia, los celos, la ira emanan de sus almas animales y se apoderan de su razón. Intentamos domesticar nuestros instintos, pero vuelven con fuerza, cuando tenemos miedo o nos sentimos acorralados, como el perro que yo había entrenado para proteger a Liebama y que acabó mordiéndola. Envié a los animales más feroces a luchar contra el enemigo, pero las bestias a menudo no supieron discernir entre los hombres y se abalanzaron sobre todos a la vez, y en primer lugar sobre las presas más débiles, ancianos, niños, enfermos…”

Potestor perdonó a Sawilda. La diosa secó sus lágrimas y se levantó para coger un hacha atado a la silla de su caballo. Luego, como símbolo de sumisión, taló en el tronco del primer árbol del mundo un nuevo cetro para el rey, que entregó a Potestor declarando:

"Soberano, acepta este presente de la naturaleza. Ella confía en ti y te ofrecerá sus frutos más hermosos si la cuidas correctamente. No estés demasiado ansioso por robar sus bienes, cultívala con humildad, con amor y medida, y verás cómo, año tras año, ella te lo agradecerá renovando su ofrenda. "

Sólsun y Potestor se subieron en sus águilas y se marcharon para conquistar los cielos. De nuevo sola, Sawilda volvió a estallar en llantos. Sus lágrimas corrieron por la hierba reseca, el musgo marchito, los helechos humeantes, los arboles calcinados, y estas gotas de agua lograron vivificar las plantas y protegerlas del fuego. Sawilda continuó llorando durante el primer amanecer de la nueva era, y desde entonces, en cada nuevo amanecer, llora en todas las plantas de la tierra para recordar aquel momento. Y así, se dice, nació el rocío.

En el cielo, Potestor cabalgaba junto a su hijo, y notó que éste último también sollozaba.

"¿Tú también estás llorando? preguntó el padre de los dioses. Ya nos hemos perdonado en su momento, y de todos modos, tu falta fue mucho menor que la mía, así que yo soy quién te pido disculpas por mis ofensas.

- Por desgracia, contestó Sólsun, mi dolor es diferente del de los otros dioses. Una vez abandoné a Liebama, prefiriendo la venganza al amor, y ahora la dejo de nuevo cuando ella acaba de dar a luz, para viajar contigo y combatir la noche. Pero esta vez, yo no tengo más opción, no puedo abandonar la lucha como antaño lo hice en Galdenor."

Ante estas palabras, Potestor reflexionó y respondió:

"Hijo mío, entiendo tu dilema. Así que te ordeno que luches contra la noche, pero también ordeno que nunca pases un día entero sin que hayas visto a tu esposa."

Sólsun miró a su padre, asombrado, luego cogió las riendas de su águila y cambió de rumbo para volar en dirección de la luna. Como antes del eclipse Monalund, asustada, fue a esconderse detrás del mundo. El sol por fin brilló en el firmamento y de nuevo se sucedieron los días y las noches. Y el sol naciente al difundir sus generosos rayos sobre el mundo, anunció una nueva era, la quinta edad del mundo, que llamaron "la edad del perdón".

El sol y la luna habían reanudado su curso incesante, persiguiéndose siempre pero sin alcanzarse nunca. Sin embargo ahora el sol, antes de cruzar la línea del horizonte y caer al revés del mundo, se daba un respiro. Sólsun descendía en cada atardecer a la isla feliz, en el occidente lejano, donde vivían Liebama y su hija Kindinya, y el cielo durante un rato se tornaba melancólico, tierno, rosado o rubí. Los hombres entonces conocieron el crepúsculo, el beso del sol, que hace cantar los ojos y colorea los sueños. Luego, cada noche Sólsun, vigorizado por el amor, desaparece detrás del mundo. Aprovecha la ausencia de Monalund para ir al infierno en busca de las almas puras que murieron en el día, y regresa por la mañana por el oriente cargado con los destellos de las almas de los muertos rescatados, que él agrega al sol. Y el amanecer es pálido y azulado, porque las almas que vienen de los infiernos aún están temblando de miedo.

**Canto 5.**

Potestor, contemplando el nuevo amanecer, se envalentonó y voló sin cuidado hacia Caelvala, donde pensaba perdonar las faltas de Feobran, que estaba reinando en su nombre.

Por desgracia, como el perro guardián entrenado para atacar siempre acaba mordiendo a su amo, Feobran se había vuelto loco y no dejó que su amo entrara en sus aposentos. El señor de la guerra, desde la terraza de Caelvala lanzó sin previo aviso una jabalina de fuego a la montura del rey que volaba hacia él, y la estaca se plantó en el flanco del águila, incendiando su ala. Potestor cayó en la terraza del palacio celestial, y el ave derrotada se perdió en la noche. Dicen que en ocasiones excepcionales, se puede ver aún hoy día aquella águila malherida vagando por el cielo, parecida a una cometa humeante arrastrando sus pobres alas en llamas.

Potestor se levantó justo a tiempo para evitar un asalto del bárbaro. Lanzó su cetro relámpago, pero el fuego es capaz de absorber la fuerza de los rayos. Feobran, tras un corto espasmo epiléptico, respondió al ataque del rey con un grito ensordecedor que hizo temblar los cielos. El trueno retumbó después del relámpago, y desde entonces en cada tormenta siempre le responde a destiempo.

La tempestad estalló sobre el mundo, viril, estruendosa, y duró siete años. Durante siete años los dos reyes, en el apogeo de sus fuerzas, se abrazaron en una lucha sin cuartel, y durante siete años, acompañando el vendaval, Aerwind lloró su pena apagando el gran incendio en la faz de la tierra. De vez en cuando, el mundo de abajo recibía los restos de cristal procedentes de Caelvala, cuando el choque entre de los dioses provocaba el derrumbamiento de un muro del palacio celestial, y entonces el granizo destruía las cosechas de los hombres, como las reyertas de los poderosos aniquilan los esfuerzos de la gente humilde.

Pero al final del séptimo año, la tormenta se detuvo de repente, y el silencio se hizo en el universo, sumiendo a todos los seres del mundo en la angosta espera. Arriba en los cielos, la lucha parecía haber terminado entre los dos reyes.

En el suelo de cristal del palacio de Caelvala, ahogándose en ríos de sangre y fuego, yacía Potestor, herido de muerte, y Feobran estaba detrás, de pie, feroz, agarrando sus dos espadas de lava en sus puños, decidido a clavarlas en el corazón del rey.

Potestor lloraba, no por miedo a la muerte, sino por el mundo que no había podido salvar, y sus lágrimas mancharon el suelo de crital que reflejaba la cara del rey caído. Cerró los ojos y se acordó de Mordod, su padre, cuando él, en su fogosa juventud, le había dado la muerte. Así que, mientras el dios del fuego se estaba preparando para ajusticiarlo, Potestor susurró: "Feobran, hijo mío, también te perdono a ti”.

El rey, tumbado boca abajo en el suelo de Caelvala esperó resignado el fatídico momento, pero el golpe de gracia no llegó. Escuchó pasos ahogados detrás de él, un traqueteo confuso y luego un grito ronco. Potestor abrió los ojos y a duras penas consiguió girar la cabeza para averiguar lo que había ocurrido.

Feobran había caído al suelo, vencido por los seres más débiles e insignificantes del mundo. Los frágiles jardineros del huerto celestial, que el tirano de Caelvala había reducido a la esclavitud sin dignarse a matarlos, habían triunfado sobre el más poderoso de los dioses, y con sus propias cadenas habían logrado capturar a su antiguo amo. Alrededor del dios prisionero, que estaba luchando en vano para liberarse, se encontraban cientos de hortelanos, que reían y gesticulaban mientras estaban consolidando los nudos que mantenían a su adversario prisionero.

Potestor pudo percibir, con sus ojos cercados de lágrimas, la silueta de una mujer que avanzaba hacia él con paso majestuoso. El rey permaneció cautivado por su espléndido aspecto, pero sólo logró reconocer aquella mujer cuando ella acercó su rostro al suyo. Entonces se acordó de aquella mirada, profunda y oscura, aquellos labios finos que sonreían tristemente, aquel rostro pálido y delicado, aquella cabellera azabache trenzada. Era Unaya, y la belleza oculta de la casta intendente fue de pronto revelada al rey de los cielos. Potestor sonrió a la mujer, antes de perder consciencia.

Y fue así como los sirvientes de Caelvala y su bella intendente permitieron que Potestor redimiera su culpa. Desde el principio de la lucha entre Feobran y Potestor, aprovechando la inadvertencia de los dioses, los esclavos del huerto habían deshecho sus ataduras. Huyeron hacia el palacio y Unaya, escondida en el corazón de Caelvala junto a Mayda, la madre del mundo, los había albergado; y durante los siete años de lucha entre los dos dioses, Unaya tejió, con las cadenas de los antiguos esclavos, malla tras malla, una larga red de acero para capturar el fuego.

**Canto 6**

Unaya encerró a Feobran en una jaula de cristal en el corazón del palacio celestial, y desde entonces el fuego esclavizado fue beneficioso para los hombres, el hogar se convirtió en el alma de cada casa, dando luz, calor, y protección contra las fieras.

Después de encarcelar al fuego, la hermosa ama de llaves se tumbó junto al rey moribundo. Sin una palabra, se inclinó sobre su cuerpo sangrante y besó cada una de sus heridas. Potestor se dejó besar en cada rincón de su piel, y los labios de la intendente aliviaron sus heridas y apaciguaron su alma.

Unaya le amaba tan bien, le amaba tan sinceramente, que el rey permanecía desarmado frente a ella. La casta intendente le había querido desde siempre, en secreto, sin decir una palabra, sin condiciones, sin celos, sin exigir nada a cambio. Ella había sido su sombra discreta y ahora estaba curando sus heridas manchando sus labios con sudor, cenizas y sangre. Por primera vez, Potestor no se sentía obligado a prometer o mentir para ser amado. Enwë le aceptaba entero, sin ninguna resistencia, en su crudeza, en su fealdad, en sus contradicciones, en sus errores pasados ​​y futuros.

El rey de los dioses por fin conoció el poema de Unaya, que ella había estado cantando en secreto desde el principio de los tiempos. Los besos de la bella ama de llaves eran como el fuego doméstico, que calentaba e iluminaba el alma de su amante pero sin devorarlo ni reducirlo a cenizas.

Potestor, tocado a su vez por el amor, abrazó también a Unaya y le prometió su amor eterno. Su compromiso fue tan sincero que el rey de los siglos, mediante su beso, insufló a su amante el don de la inmortalidad. De este modo Unaya, que sólo era humana, se convirtió en diosa. Ciertamente, en aquella era del mundo, los hombres aún no habían sido condenados por el tiempo y no envejecían nunca, pero la muerte los acosaba sin descanso, tratando de provocar accidentes funestos, o empujando a otros hombres al crimen. En cuanto a los dioses, sólo podían morir de la mano de otro dios y su muerte nunca era irremediable. Su esencia permanecía viva, exhalando en el espacio, manando de seres y cosas, lista para materializarse nuevamente, cuando el amor de los hombres o dioses era lo suficientemente fuerte como para recordarlos. Y el amor de Potestor y Unaya era tan grande que nada podía aniquilarlo, ni siquiera la muerte. Los dos amantes hicieron, en el secreto de su alcoba de cristal, el juramento de que nada podría separarlos, de que permanecerían juntos para siempre.

Potestor, ofreciendo su amor a Unaya, selló el destino de los dioses. Al transmitir su aliento a su amante, el rey de los cielos perdió para siempre su don divino y dejó de ser Creador. Unaya era la duodécima y última diosa del universo, y desde entonces ya no habría nuevas estrellas, flores o piedras preciosas. Pero Potestor nunca lo lamentó, porque ninguna de sus creaciones podía haber superado en amor o belleza a la que prometió ser su esposa y reina del cielo. No, Potestor nunca se arrepintió de haberle dado a Unaya el regalo de la eternidad, su único pesar fue nunca tener descendientes. Pero se dice que Unaya, para consolarse se convirtió en la madre y protectora de todos los hijos de los hombres.

Los dos amantes se quedaron unidos durante un tiempo que pareció eterno. En aquel joyero de cristal en lo más alto del cielo, el tiempo se había parado de nuevo, la Armonía de nuevo reinaba soberana.

Pero el tiempo seguía su curso, inexorablemente. Una vez curado de sus heridas, Elyor tuvo que pensar de nuevo en los asuntos del mundo. Los dioses se habían reconciliado, sin embargo los humanos seguían luchando, los dragones y los gigantes seguían amenazando en el mundo de abajo. Había llegado el momento de pacificar la tierra, y para este fin, Elyor convocó a todos las deidades en Caelvala, para celebrar el regreso del rey, su noviazgo y organizar la reconquista que supuestamente ibar a hacer triunfar en la tierra una armonía similar a la de la edad de la concordia.

Todos respondieron a la llamada, a excepción de Feobran, que estaba preso, y de Monalund la luna, que temía a Sólsun. Pero todos los demás acudieron a la cita, incluso Bahadar, aunque el pérfido dios sólo llegara al final de la fiesta.

Hubo un gran banquete en Caelvala. Por fin los dioses estaban juntos y para algunos de ellos era la primera vez que entraban en el palacio de cristal. Descubrieron el palacio con admiración y se entusiasmaron con la mesa mágica que se llenaba sola con los mejores platos, los mejores licores, obra de Unaya en la segunda edad del mundo.

Fue la coronación del amor y se celebró el compromiso de Potestor y Unaya, que prometieron casarse después de que el mundo recobrara la paz. Por supuesto, en aquel momento, nadie sabía que el enlace nunca tendría lugar y que la guerra nunca pararía en la tierra.

Cada uno de los dioses tenía un regalo para la futura reina del cielo. Sawilda había tallado otro cetro en el árbol sagrado para Unaya. En realidad era mucho más pequeño que el bastón del rey, se trataba de una varita ligera y flexible, pues provenía de la primera rama que había florecido en el nuevo amanecer, y tenía el poder de hacer revivir lo que estaba muerto. Lyelos ofreció dos anillos de oro para cada uno de los prometidos, como símbolo de su union, Simar, una cascada de perlas que Unaya colgó a su cuello; Liebama, una corona de lirios que ciñó en la frente de la diosa, y por fin Aerwnd regaló un pañuelo tejido en las nubes.

La boda de Liebama y Sólsun también se celebró, y como lo habían deseado, la ceremonia fue simple y deprovista de regalos, excepto la isla feliz en los confines del mundo donde ya vivía Liebama, que Simar legó a la dama de las flores. La pareja presentó a su hija a los otros dioses, la adorable Kindinya, que cumplía siete años, y todos fueron conmovidos por la gracia de la niña con los ojos tan grandes, nacida de estos padres tan hermosos. Sólsun aprovechó la oportunidad para declarar a la asamblea que renunciaba al título de rey de Galdenor y al de príncipe heredero de los dioses, ya que como se creía entonces, Potestor y Unaya pronto tendrían descendencia.

Se festejó la coronación del rey de las edades en su segundo reinado, que se anunciaba más armonioso que nunca. Potstor, con la sabiduría de la madurez y guiado por el amor, prometía gobernar con equidad y entereza en un mundo civilizado y razonable, donde la naturaleza domesticada ofrecía sus dones más hermosos, donde la libertad se matizaba con templanza.

Finalmente se celebró la fiesta del perdón y todos los dioses presentes se abrazaron y fraternizaron. Se alabó la magnificencia de Potestor, el encanto de Unaya, la humildad de Simar, el espíritu de Aerwind, la sabiduría de Sawilda, la bondad de Sólsun, la gracia de Liebama, la espontaneidad de Kindinya. Mayda también fue celebrada, pues la madre de los dioses por fin había dejado sus aposentos en el corazón del palacio y se había unido a la fiesta. La dama de los dos rostros había recuperado su aspecto radiante, su cara de alegría y juventud, pues esta nueva edad era esperanzadora. Ciertamente, el mundo aún estaba en ruinas, pero pronto renacería de sus cenizas, porque los dioses se habían reconciliado y su hijo finalmente se había convertido en el rey que ella siempre había esperado.

**Canto 7**

Bahadar fue el último en acudir a Caelvala, y por lo tanto no participó en las fiestas de los dioses. Cuando entró en el palacio, el silencio se hizo de inmediato en la audiencia, y nadie supo por qué. El dios pérfido avanzó hacia el trono de su padre Elyor, se prosternó ante él y declaró:

"Mi señor, le pido perdón por no haber asistido a la ceremonia.

"No importa, respondió Potestor, ya estás perdonado, pues ya estás aquí ahora.

- Entonces yo también estoy perdonado, replicó el dios con una sonrisa burlona, ​​y me alegro mucho de ello, ya que últimamente parece costumbre pedir y conceder el perdón, yo no quería ser el único ser del mundo en perderme la gran absolución.

Se puso de pie y miró, arrogante, cada uno de los dioses presentes, uno tras otro, con determinación, y siguió hablando:

“Tal vez cometí otros errores además de llegar tarde a esta fiesta en la que vosotros os divertís tanto sin mí, no lo sé, yo sólo traté de ayudaros a buscar la luz cuando el mundo estaba en la oscuridad, pero desgraciadamente ninguno de vosotros poseía la verdad... Nunca, como vosotros, he aspirado al poder, ni he mentido. Tampoco me he manchado las manos con sangre, pero lamento profundamente haber fracasado en mi objetivo cuando buscabais la paz en vano. En cuanto a mí, sepáis que no merece la pena pedirme perdón, ni tú, padre, ni tú, madre, que me abandonaste, ni tú, Sawilda, que intentaste matarme… No merece la pena pedir perdón pues como la culpa ya está hecha, ¿de qué sirve hablar de ello ahora? Yo no pido nada, ni siquiera el título de príncipe heredero, que debería ser mío de pleno derecho, porque, padre mío, yo soy tu hijo mayor, aunque tú nunca reconociste mi existencia.”

Potestor miró a su hijo bastardo, estupefacto. No había pensado ni por un momento que existía un heredero natural. Declaró con solemnidad:

“Bahadar, tú eres mi hijo mayor y es cierto que deberías convertirte en el príncipe heredero, así que saludo tu humildad y agradezco que hayas renunciado a este título.”

Bahadar respondió, fingiendo una reverencia:

"Padre, esta asamblea aqui presente es testigo de que yo nunca he reclamado nada, pero ahora que me acabas de explicar lo que debe ser, no me queda mas remedio que obedecerte y aceptar este título de príncipe heredero, por lo menos hasta que la reina Unaya tenga descendencia."

Potestor frunció el ceño, pensando que Bahadar le había malinterpretado, pero no quiso rectificar delante de todos, por miedo a humiliar a su hijo bastardo en público, asi que asintió, pensando que pronto todo se resolvería, cuando nacería un nuevo príncipe. El dios pérfido, en su fuero interno, se alegró porque había logrado sus fines. Su padre era muy fácil de manejar, pensaba, y la asamblea de dioses, muy ingénua. Sin recurrir a la mentira, había logrado convencerles de su humildad, les había hecho creer en su arrepentimiento, y nadie había sabido escuchar su verdadero discurso, porque en realidad él había declarado que no se arrepentía de nada y que no había perdonado a nadie. Sólo Sólsun parecía dudar, porque el consejo del bastardo, antaño, le había llevado a su decadencia, pero Bahadar ya sabía cómo tratar con él.

No, Sólsun no era un obstáculo para el dios traicionero, tampoco lo era Liebama, pues sabía que su madre sentía vergüenza por haberle rechazado al nacer. La única que temía en realidad era Unaya, aquella reina tan fiel, tan amorosa, que aún no había cometido ningún pecado. Bahadar debía encontrar a toda costa su punto débil para controlarla. Se inclinó ante ella y le ofreció una caja adornada con clavos oxidados, en la cual había miles de capullos, y declaró:

"Mi señora, aquí está mi regalo para ti. Soy el amo de los insectos, y todos suelen considerarlos repulsivos y dañinos. Sin embargo, también pueden ser beneficiosos y engendrar maravillas, como las abejas que producen la miel más delicada. Aquí está mi ofrenda, pero como no sabía qué es lo más hermoso entre la seda o la mariposa, te dejo decidir: si prefieres la seda, tendrás que matar a la mariposa, pero si quieres la mariposa no tendrás la seda."

Para sorpresa del bastardo de los dioses, Unaya sin dudar abrió todos los capullos, pero justo después, aplicó la varita que Sawilda le había regalado y resucitó a los gusanos, que se convirtieron enseguida en mariposas multicolores, que volaron libremente por todo el palacio.

Bahadar dirigió a la reina su mirada más oscura, pero pronto, al ver a la pequeña Kindinya jugando en el fondo de la sala del trono tratando de atrapar a las mariposas, tuvo una nueva idea. Se acercó a Liebama y le pidió permiso para pasear con la niña en los huertos de Caelvala, porque, dijo, quería conocer a su hermanastra. La dama de las flores al principio esbozó un gesto de rechazo, sin duda recordando el sueño que había tenido una vez en el que el dios traicionero condenaba a su hija, pero finalmente, se reprimió y aceptó la petición, pues no podía negarse delante de la multitud. Bahadar cogió la mano de Kindinya, y la niña se fue con él, sin ningún temor, pues ella era la única que encontraba al dios pérfido hermoso como lo veía con sus ojos inocentes, y le llamaba “príncipe de las mariposas”.

La niña regresó pronto a la sala del trono, llorosa y temblorosa, con los ojos abiertos fijando la nada. Su madre la cogió en sus brazos, preocupada, y le preguntó la razón de su tormento. Kindinya contestó, sin parar de llorar:

"Miré por el balcón de Caelvala y… madre, ¡lo que vi era tan abominable! Era de noche, pero la tierra entera estaba iluminada por un gigantesco incendio que lo abrasaba todo. Había miles y miles de hombres y niños muertos, soldados que gritaban y se peleaban, monstruos sin rostro acechando en las sombras, dragones con lenguas de fuego que volaban y reptaban. Y también había un gigante con un solo ojo pero que no tenía mirada, giró la cabeza hacia mí y me gritó que quería robarme los ojos.”

Liebama abrazó a su hija y Mayda, su bisabuela, se acercó para contestarle suavemente al oído:

"No viste nada, pequeña, no viste nada en absoluto. Eres demasiado pequeña para haber visto todo esto. Olvida, pequeña, aún tienes mucho que ver. El mal está en la tierra, pero nosotros te protegemos. Por ti lucharemos, por ti aniquilaremos los tormentos de este mundo. Cierra los ojos, niña, y darás cuenta al reabrirlos que todo lo que has visto habrá desaparecido para siempre."

Pero la niña había visto la guerra y no le convencieron los argumentos de su abuela. Mantuvo sus grandes ojos abiertos al mundo y decidió no volverlos a cerrar. También se negó a regresar con su madre a la isla perdida donde ambos vivían, y Liebama finalmente tuvo que aceptar el ofrecimiento de Unaya: la niña se quedaría en el palacio con Potestor y su abuela Mayda, hasta que la paz reinara sobre el mundo.

Al escuchar estas palabras, la niña pensó: "Mientras exista la guerra, no volveré a cerrar los ojos ni tampoco creceré. No quiero ser mayor en este mundo tan cruel, todos los adultos son monstruos o mentirosos, no me quiero parecer a ellos nunca", y ella lo pensó tan fuerte que siguió siendo niña para siempre, hasta el final de los tiempos.

Así terminó la fiesta, brutalmente. Liebama, antes de regresar sola a su isla perdida en los confines del mundo preguntó a Bahadar, delante de todos los dioses, por qué había llevado a Kindinya al balcón de Caelvala y por qué le había enseñado el mundo de abajo, tan impactante para una niña. Bahadar contestó:

"No, no se lo mostré... Al contrario, le repetí tres veces que no debía ir hasta el balcón ni mirar abajo, e insistí especialmente para que no lo hiciera, pero ella desobedeció."

La niña asintió y Liebama pidió perdón a Bahadar por haber sospechado erróneamente de él. Y el dios pérfido, en su fuero interno, se regocijaba, pues los dioses aún no sabían que no hay nada en el mundo más tentador que lo que está prohibido.

Poema 6: el tiempo del castigo.

**Canto 1.**

El cielo estaba alegre pero la tierra lloraba. No era más que una vasta fosa común cubierta de cenizas y ahogada por la lluvia. Los dragones sobrevolaban la tierra humeante, quemando lo que quedaba de vida en el páramo y los gigantes sacudían el mundo.

Las ciudades de los hombres estaban en ruinas y toda esperanza parecía perdida, pero Potestor en compañía de los demás dioses, un día bajó a la tierra para llevar a los humanos a la victoria.

Cada deidad comenzó reuniendo los supervivientes de los ejércitos de las tribus de las cuales eran protectores, y poco a poco, de batalla en batalla, de hazaña en hazaña, de sacrificio en sacrificio, las tropas del soberano celestial empezaron a tomar ventaja sobre la horda de sus enemigos. Después de trescientos años de guerras incesantes, Potestor, Simar y Sawilda lograron liberar, una por una, las ciudades al Oeste de la gran hendidura de los duendes, pero en el Este, Aerwind fue derrotada, así que la diosa del viento vino con su gente a refugiarse en Helixan, la fortaleza al Norte de la grieta, que acababa de ser tomada por el rey de los dioses.

Todo indicaba que la ciudadela de Helixan sellaría el final de los combates, ya que allí se reunían todas las fuerzas favorables a Potestor y acudían todos sus adversarios, los gigantes procedentes del Norte aliados con los reyes de Helixan, quienes soñaban con reconquistar su ciudad; y desde el sur, llegaban los condenados de Ninferheil liderados por las estrellas caídas y los bárbaros de Gwaerior fieles a Feobran, que montaban en dragones.

Los enemigos del rey lanzaron numerosos asaltos a la fortaleza, pero Helixan, construido sobre un pico rocoso, rodeado de siete muros, parecía perfectamente inexpugnable. Las tribus rebeldes empezaron entonces el asedio de la ciudad, pero la ciudadela tenía una multitud de laberintos secretos debajo de la montaña, algunos de los cuales llevaban a Beteliand siguiendo la hendidura de los duendes, hasta los montes de ópalo y hasta el mar; y los dioses a menudo cogían estos subterráneos para abastecer la ciudad con el trigo de los reinos occidentales o para sorprender la retaguardia enemiga.

Después de treinta y tres años de asedio, los ejércitos del bando rebelde se habían debilitado considerablemente. En el mundo sólo quedaban doce gigantes al mando de Oynog el ciego, siete dragones y las estrellas caídas, príncipes hechiceros de Ninferheil, eran tan sólo tres. Potestor estaba ideando una gran ofensiva que por fin liberaría el universo de sus monstruos. El ataque tendría lugar al alba del solsticio de invierno, y los ejércitos estacionados en el recinto de Helixan esperaban impacientemente ese día.

Por desgracia, fue entonces cuando Bahadar, que hasta entonces se había mantenido al margen del conflicto, decidió actuar. Fue a visitar al rey, la noche anterior al gran asalto final y le preguntó:

"Mi señor, ¿estás listo para la gran masacre?

- Sí, venceremos con toda seguridad, mañana será el día en que la paz por fin reinará sobre el mundo.

- ¿La paz ?, contestó Bahadar. Pensaba que mañana sería un día de guerra, ¿me estaba equivocando? ¿No es extraño llamar "paz" a su contrario?

Potestor miró al bastardo, cauteloso, y el bastardo prosiguó:

"Mi señor, ¿recuerdas cómo lograste reconquistar Caelvala, cómo los dioses te permitieron ascender de nuevo al trono? No los castigaste, sino que les perdonaste. La fiesta del perdón te ha demostrado que el amor valía más que odio. ¿Lo has olvidado? Padre, si quieres la paz, ofrece la paz y no la guerra. La violencia engendra violencia, pero el amor llama al amor. Ama y perdona a tus enemigos, a todos tus enemigos, y tal vez la caridad podrá resolver este conflicto sin tener que derramar una sola gota de sangre. Déjame hablar con tus oponentes, promételes redención sin represalias, y verás cómo se someterán ".

Potestor reflexionó sobre estas palabras y después de un largo silencio respondió:

"Es cierto que, por el momento, mis enemigos no tienen más remedio que morir luchando. Los guerreros de Gwaerior y de Helixan son humanos, y sé que el humano es capaz de las peores cosas, pero también de las mejores. Todos estos hombres pueden ser salvados, tienes razón. Sin embargo la gente de Ninferheil está condenada para siempre, los príncipes hechiceros los aparearon con bestias feroces o condenaron sus almas al infierno, su esencia es mala, no hay remisión posible. Y lo mismo ocurre para mis hermanos los gigantes, o para los dragones, que conozco desde el principio de los siglos. Son el mal encarnizado, unos monstruos viles que deben ser aniquilados. "

Bahadar asintió y replicó:

"Los príncipes hechiceros, antes de ser caídos, eran estrellas espléndidas que brillaban en el firmamento y calentaban los corazones de los hombres. En cuanto a los gigantes, ¿no viste antaño a tu hermano Oynog llorando la muerte de su padre? ¿No demostró este hecho acaso que los gigantes pueden sentir el amor? Y los dragones también pueden ser salvados, porque el mal absoluto no existe en la tierra. "

Potestor se rió:

"¿Los dragones? ¿Te burlas de mí? ¡Son las criaturas más horribles e infames del universo, desde los tiempos sin tiempo buscan destruir el mundo!

- Si te demuestro que los dragones son capaces de amar, ¿cambiarás de opinión y perdonarás a todas las criaturas de la tierra, sin excepción?

- Vale, que así sea”, respondió el rey, sorprendido.

Entonces Bahadar sacó un huevo de dragón de su macuto y se lo entregó al rey de las edades, diciendo:

"Logré robarlo en el nido del dragón más poderoso del mundo. Esta noche, este huevo eclosionará, pues los dragones nacen durante los solsticios. Guarda este huevo contigo, yo voy a hablar con los ejércitos enemigos. Regresaré al amanecer con su promesa de rendición."

El diós pérfido se marchó. Por supuesto, no tuvo dificultad en convencer a los enemigos de Potestor, pues así evitaban ser aniquilados. Los gigantes también aceptaron la tregua, al igual que los príncipes hechiceros, y Bahadar insufló el don de la palabra a los dragones para que pudieran dialogar con el rey.

El dios traidor volvió a ver a Potestor al amanecer, como había prometido. El dragón recién nacido estaba comiendo en la mano del soberano, sin tratar de morderlo; al contrario, buscaba la caricia frotando su cabeza en los nudillos del rey, que se estaba riendo al descubrir que el mal no es una fatalidad. El amor podía levantar las montañas y vencer a los seres sin la necesidad de recurrir a la fuerza. Potestor llamó al niño dragón Feyniss, que significa "caridad", porque, explicó el entusiasta rey a su hijo, el nacimiento de esta criatura anunciaba una nueva era de caridad que triunfaría sobre la tierra y duraría para siempre. Los soldados se convertirían en poetas, los criminales serían tocados por la gracia y todos tendrían un lugar en el mundo, incluidos los gigantes, los dragones, y también Monalund, Oynog y Feobran.

Bahadar, escuchando las palabras de su padre, se echó a reír, ya que, una vez más, el dios traidor había evitado en el último momento la desaparición completa y definitiva del mal. Pues el mal existe, ciertamente no es absoluto, puede ser a menudo excusable, pero cuando se hace el mal, no puede ser olvidado ni reparado, como la muerte es un daño irreversible. Potestor, que pensaba haber actuado con sabiduría pronto se daría cuenta de que la remisión incondicional, el amor sin interés, no son más que ilusiones vanas, fantasías ingenuas. El soberano celestial estaba a punto de impartir justicia, pero él no sabía aún que el perdón sin castigo es al menos tan peligroso como el castigo sin perdón.

**Canto 2.**

Para estupor general, a la mañana Potestor se presentó delante de sus tropas vestido simplemente con una túnica blanca de lino y una capa, sin arma ni armadura. El rey ascendió a lo más alto de la torre más alta de Helixan, que dominaba tanto la ciudad como la llanura, seguido por Bahadar, escondido en su sombra. Una vez en la cumbre, pronunció un discurso dirigido tanto a sus ejércitos como a sus adversarios y, más allá de las montañas, al mundo entero:

"Amigos, en verdad os digo, dejemos las luchas fratricidas, quitemos nuestras corazas para que el amor traspase nuestros pechos y penetre en nuestros corazones. Abandonemos nuestros escudos, dejemos que nuestra única armadura sea la convicción de que, si los cuerpos son destructibles, por el contrario las almas son inmortales y el paraíso espera a los hombres caritativos, mientras que las almas pesadas de crímenes permanecen clavadas para siempre en las profundidades del infierno. Abandonemos nuestras espadas, dejemos que nuestros puños se aflojen y nuestras manos se abran al prójimo, y blandamos por fin el arma más poderosa del mundo, la del amor. "

Potestor se detuvo por un momento y se quedó tambaleando frente a la multitud, pues sólo el silencio y el frío acompañaban su sermón. Miró a Bahadar en la sombra que estaba sonriendo al pensar que, en nombre de un amor supuestamente desinteresado, su padre acababa de prometer a todos los violentos los tormentos del infierno para la eternidad, pero Potestor tomó esta sonrisa por un aliciente y continúo su arenga:

"Amigos, en verdad os digo, ha llegado el momento de hacer las paces entre nosotros. Cada pueblo de la tierra designará tres representantes, y cada dios será invitado también para sellar la paz entre los seres. Dentro de este consejo de humanos y dioses, todo se discutirá, libremente, y las decisiones que tomaré equitativamente tras escuchar cada una de las voces se grabarán en la pared de Helixan, para que todos conozcan la nueva ley y que nadie pueda malinterpretarla o deformarla. Cuando por fin se hayan resuelto todos los conflictos, todos los hombres y todos los dioses inscribirán sus nombres en la parte inferior del muro, para que cada uno de nosotros recordemos para siempre este acuerdo y permanezcamos fieles durante siglos a nuestro juramento."

Los primeros en romper el silencio y aclamar al rey fueron los ejércitos enemigos, ya que después de escuchar durante la noche que Potestor les iba a perdonar la vida, se enteraban ahora que su voz se tomaría en cuenta. Por contra, en las filas de las tropas de Potestor hubo un largo silencio, los hombres estaban desconcertados por el discurso de su jefe, tan distinto de los del día anterior; pero como los dioses que asistían al discurso, Aerwind, Simar y Sawilda parecían aprobar al soberano, poco a poco la gente en la ciudad también comenzó a ovacionar a Potestor y el clamor pronto se volvió universal.

Se eligieron tres representantes en cada tribu, lo cual fue fácil, excepto para la ciudad de Volkentis, que no tenía rey sino siete arcontes, y para la gente inspirada por Aerwind, que no tenía amos y cuyos clanes se federaban libremente. Pero a pesar de ello, estas tribus aceptaron designar legados, pues lo que estaba en juego era demasiado importante como para dejar que las querellas se interpusieran. Sin embargo, Bahadar ya se regocijaba, porque incluso antes de que comenzara el concilio, ya existían disensiones, y el dios traidor, que sabía mejor que nadie ver la verdad, ya había detectado grietas, todavía imperceptibles, en el muro donde las leyes del soberano iban a ser dictadas.

Pronto, la primera frase del rey de los dioses fue escrita en la pared, que decía: "nadie derramará la sangre de los hombres". La segunda fase se refería a dragones y gigantes, que no participaban en las conversaciones. Se les asignaban las regiones montañosas del norte del mundo, y los hombres se comprometían a dejarles vivir en paz en su territorio. Sin embargo, los gigantes y los dragones no se marcharon enseguida, permanecieron en la llanura de Helixan, mientras esperaban que la humanidad ratificara este pacto en la parte inferior de la muralla.

Los signos grabados en el muro provenían de Helixan, la ciudad de los poetas, que sabían dibujar las palabras, pero aparte de la gente sabia, pocos podían leer estos signos. Por lo tanto Aerwind decidió enseñar a la gente a leer y escribir, convencida de que el conocimiento hacía que los humanos fueran más libres y generosos. Después de cada reunión del consejo, la diosa del viento enseñaba a todos los que lo deseaban.

Bahadar no apreciaba la escritura, pues pensaba que los escritos evitaban los malentendidos entre las personas y fijaban sus acuerdos para siempre. Así que encontró una estratagema para mitigar los efectos de esta nueva contrariedad: él también enseñó a los hombres a leer, sin embargo, enseñó de manera diferente a cada uno de los pueblos de la tierra, y pronto, para una misma inscripción, la gente de cada ciudad descifraba palabras diferentes, por ejemplo al leer la palabra "hombre", algunos entendían "humano, dios o gigante" y los demás "varón y adulto", unos leían "amor" cuando otros leían "compasión", y el término “justicia” podía significar “equidad” o "castigo", según las versiones de cada pueblo. Y así fue como nacieron las diferentes lenguas humanas, inventadas para confundir a las personas y evitar que fraternizaran.

Sin embargo el bastardo de los dioses, que siempre sembraba la duda en las mentes allá donde pasaba, comenzó poco a poco él mismo a dudar. Cada noche hablaba con su padre y este último ofrecía tanta compasión, parecía tan sincero cuando hablaba del arrepentimiento de sus faltas pasadas, de sus deseos, de sus temores, de su amor por la reina que por primera vez comenzó a surgir una emoción en el corazón del bastardo. El bien no existía en la tierra, Bahadar lo sabía, sin embargo tal vez existían mejoras posibles a falta de perfección. Por lo tanto decidió, a partir del tercer mes después del comienzo del consejo, no interferir más en las negociaciones y contentarse con escuchar. Quería saber si los hombres podían o no salvarse por ellos mismos. Sin embargo, continuó enseñando a los hombres diferentes idiomas, ya que no podía aceptar la idea de una sola verdad, o la de una paz sinónima de renuncia al espíritu crítico, así que siguió declinando para los hombres los significados ocultos de cada palabra grabada en el muro sagrado de Helixan. Por desgracia, pronto se dio cuenta de que, incluso revelando todas las facetas de la misma verdad, los hombres seguían mirando sólo fragmentos y recordando únicamente lo que querían escuchar. Comprendió entonces que, lejos de evitar la confusión, las palabras escritas tan sólo refuerzan los errores al mismo tiempo que encierran los conceptos en el tiempo evitando así su evolución.

No obstante, a pesar de estas contrariedades, el consejo tomaba decisiones unánimes cada día. En el tercer mes, cuando Bahadar renunció a sembrar la confusión entre los hombres, se notó cómo la nieve disminuía gradualmente en los picos de la cordillera que rodeaba Helixan, el frío desaparecía y miles de flores silvestres crecían en los valles. Comenzaba la primavera, nacida del amor entre los humanos.

Poco a poco, los soldados de los bandos rivales fraternizaron, menos la gente de Ninferheil que se había instalado en los desfiladeros más remotos, pero los hombres arrojaban ramos de flores desde las cimas de las montañas para ablandar sus almas y aliviar sus penas. Cada día peregrinos de todo el mundo, que habían abandonado sus posesiones para asistir al evento, establecían sus campamentos frente a la ciudad donde la paz se estaba escribiendo en la piedra. Los indigentes, los abandonados, los enfermos eran los más fervientes entre los fieles, y acudían cada atardecer, después de las reuniones del consejo, para ser curados por el rey de los cielos. Y cada mañana, los humildes inscribían sus peticiones en trozos de arcilla o de tela que deslizaban en las juntas del muro de Helixan, para que el soberano pudiera conceder sus más preciados deseos.

Lamentablemente, después de la primavera, llegaría el verano, que caldea los humores y luego el otoño, que llora por el mundo y da muerte a lo que amamos, y finalmente el invierno y la nieve que lo cubre todo de un sudario inmaculado para que se entierren las últimas esperanzas... La paz y el amor, por supuesto, no pudieron triunfar sobre el mundo, y por una vez no fue culpa de Bahadar, que se quedó callado, sino exclusivamente de los hombres.

**Canto 3.**

El bastardo de los dioses entendió, alrededor del sexto mes, que los hombres nunca podrían lograr la paz. El fervor popular había llevado al verano, la temporada de calor excesivo que marchita las flores y pudre las frutas. Los fieles rivalizaban con su piedad, los lisiados se empujaban entre ellos para ser curados por el rey de los cielos que no podía satisfacer todas las peticiones. En cuanto a las súplicas deslizadas en las juntas del muro de las leyes, como los guardias del consejo sólo podían seleccionar unos cuantos mensajes cada día, los fieles trataban de enfatizar sus mensajes, los escribían en hermosos tejidos o en piedras preciosas, hasta que Potestor notara el artilugio y ordenó seleccionar los mensajes más simples. Pero entonces ocurrió lo contrario, fue una pugna para lograr solicitudes con aspectos más humildes. Los peregrinos que acampaban frente a las murallas de Helixan empezaban a ser alimentados por pobres campesinos que cultivaban para ellos en el valle, permanecían ociosos y se emborrachaban a costa de los crédulos haciéndose pasar por hombres santos, y mandaban esculpir ídolos que acababan siendo venerados, olvidando que sólo eran vulgares imágenes.

Bahadar había perdido toda fe en los hombres, pero también estaba empezando a detectar más de una contradicción en las palabras de su padre. El bastardo leía, grabadas en la piedra, frases como "amarás a tu padre", "no desearás a la esposa de otro" o "amarás a tus semejantes". El amor se declinaba en imperativo y se convertía en una obligación; peor aún, su padre exigía a los hombres una virtud imposible, pues uno puede obligar a respetar a los demás, pero el amor no puede ser controlado. Los humanos por lo tanto se convertían en eternos pecadores cargados de culpas, que tenían que expiar sin cesar sus instintos considerados como impuros. Pero Bahadar se dijo a sí mismo que, después de todo, esta quimera quizás podía convertirse en un aliciente para infundir a los hombres la necesidad de trascenderse a sí mismos. Por lo tanto, el dios pérfido decidió no cambiar de actitud y siguió observando cómo evolucionaban los humanos, preguntándose si, poco a poco, a pesar de sus defectos, lograrían mejorar el mundo. Por desgracia, no lo consiguieron.

En el solsticio de verano, el consejo, que hasta entonces había sido capaz de concertar leyes de manera unánime, se convirtió en el teatro de discusiones acerbas en la que se enfrentaban ideales irreconciliables, pues se empezaba a abordar cuestiones concretas sobre el gobierno de la tierra. Hubo, en particular, tres temas que consumieron la discordia y llevaron el mundo al otoño, la temporada de la muerte de las ilusiones.

La primera disputa surgió de una petición de Gwaerior, la tribu bárbara y nómada que veneraba a Feobran. Gwaerior no cultivaba ni sembraba y su territorio era un desierto infértil, por lo que sus gentes sobrevivían gracias a sus expediciones bélicas para robar el trigo de las ciudades del norte o por imponer tributos que los granjeros pagaban para evitar represalias. Potestor respondió que los hombres no podían ser amenazados, pero que el pan debía ser compartido. Los legados de los pueblos agrícolas dijeron al rey de los cielos que la tierra pertenecía a quienes la cultivaba, que el trabajo debía ser recompensado y que si el desierto era infértil era porque la gente de Gwaerior antaño había saqueado su propia tierra. La decisión fue difícil de tomar, y Potestor lamentó amargamente que sus siete años de lucha contra Wefel convirtieran los huertos de Caelvala en campos de cenizas.

Después de muchas conversaciones, Potestor, tratando de contentar a ambas partes, finalmente hizo grabar esta frase en el muro de las leyes: "Los hombres que tienen suficiente alimentos para vivir decentemente deben dar a aquellos que padecen el hambre una séptima parte de sus cosechas." Desafortunadamente, esta frase no satisfacía a nadie, ni a la gente de Gwaerior que se sentía condenada a la miseria y que recurriendo al pillaje había obtenido mayores ganancias, ni a los pueblos agricultores, que no entendían por qué tenían que trabajar para los ociosos. Pero los que más se ofendieron fueron los herreros de Untarokr y también los pueblos de Izlis y de Akwasar junto con el dios Simar, ya que todos ellos tradicionalmente compraban alimentos y vendían objetos, herramientas o armas. Por culpa de la ley de Potestor, ya no podían comerciar con el trigo ni otros productos agrícolas, ni siquiera a precio de oro, y en los años de escasez debían contentarse con una pequeña porción de la cosecha que tenían que compartir con todos los pueblos más pobres de la tierra. Simar, para quien el trabajo era el único valor sagrado, se enfadó y dejó el consejo, y así empezó el mes de los aguaceros.

La segunda disputa fue entre la gente de Sandarien, inspirada en Aerwind el viento y los príncipes hechiceros de Ninferheil. Potestor había pretendido, al comienzo de las reuniones del consejo, abolir las diferentes tribus para crear un solo pueblo humano, pero los hombres parecían apegados a sus costumbres, a sus reyes o a su ausencia de rey, y el padre de los dioses tuvo que aceptar finalmente que el mundo estuviera gobernado por leyes diferentes. Propuso entonces, para evitar conflictos futuros, que las fronteras definitivas entre los pueblos debían ser las que existían antes del comienzo de la guerra, al principio de la cuarta edad del mundo. Por desgracia, la tribu de Ninferheil había aparecido después y los meteoros habían caído en las llanuras meridionales de Asgalien, obligando a una gran parte de la población a huir hacia tierras inhóspitas, mientras que el resto permanecía prisionero de los príncipes hechiceros.

Potestor, después de escuchar los argumentos de ambos bandos, tomó la siguiente decisión, que hizo grabar en el muro de las leyes: "Las fronteras entre las tribus humanas serán las que existían antes de la guerra, y la gente de Ninferheil poseerá la región de los meteoros, antiguamente poseída por la tribu de Sandarien. Sin embargo, todos los humanos serán libres de moverse donde quieran en el mundo.”

Lamentablemente, esta frase tampoco satisfacía a nadie, ni a la gente de Sandarien que ahora debía someterse a una ley extranjera si querían seguir viviendo en las tierras más fértiles, ni a los príncipes de Ninferheil, que ya no podían retener a sus gentes en su territorio. Los pueblos agricultores también recelaban de esta frase, ya que de aquí en adelante los hombres podían ir a donde quisieran, y temían que la gente de Khand o incluso las tribus más pobres pudieran migrar hacia sus territorios, para terminar invadiéndoles sin ni siquiera tener que luchar. Pero la más vehemente fue Sawilda, la diosa de la naturaleza, cuando escuchó la sentencia del rey, pues desde entonces la tierra, que nunca había pertenecido a nadie, se había de repente atribuido por completo a los hombres. La diosa del bosque abandonó al consejo, y entonces comenzó el mes de las primeras heladas, que hacen morir las flores.

La tercera disputa nació, nuevamente, con las quejas de las gentes de Sandarien, que no podían aceptar tener que obedecer a los príncipes hechiceros, a quienes consideraban como tiranos. Potestor les dio la razón y decretó que los hombres tenían derecho a oponerse a sus gobernantes cuando estos abusaban de su poder. Sin embargo los príncipes hechiceros argumentaron que los hombres tampoco podían interpretar la justicia con su propio criterio cada vez que lo deseaban, y que los humildes a menudo ignoran las razones de los poderosos y las medidas que a veces ellos deben tomar por el bien común, en detrimento de algunos. Los legados de Volkentis, mientras tanto, exigieron que todas las personas tuvieran el mismo gobierno que ellos, ya que los ciudadanos, al elegir a sus representantes, evitaban a los déspotas, pero desgraciadamente la historia no les daba la razón, pues muchos tiranos habían logrado gobernar durante la guerra civil en aquella ciudad.

Potestor, finalmente, mandó grabar la siguiente frase en el muro de las leyes: "Los hombres respetarán la ley de quienes los gobiernan, pero si estas leyes contradicen la ley celestial, entonces podrán reclamar justicia a los legados del rey de los cielos. En cada tribu habrá un templo, donde permanecerán los representantes de Caelvala, elegidos entre los hombres más sabios y venerables, que colectarán el impuesto y mediarán entre hombres y reyes, y estos representantes no obedecerán a nadie excepto al soberano de los cielos". Sin embargo, por tercera vez, nadie parecía satisfecho con la decisión de Potestor: los gobernantes de casi todas las tribus temían ver aparecer una nueva clase sacerdotal que amenazaba su poder, y la más indignada era Aerwind el viento, pues entendía que estos legados, encargados de recoger la séptima parte de las cosechas y dictar sentencias de justicia, serían corrompidos con demasiada facilidad por los príncipes. Además, los déspotas ya no podían ser destronados directamente por el pueblo, sino mediante la intercesión de otras personas que desconocían las contingencias de la gente pobre. Por estas razones Aerwind abandonó el consejo, y su partida marcó el comienzo del mes del aquilón.

El invierno había aparecido en el valle de Helixan y el calor humano había desaparecido del corazón de los seres, que se juzgaban constantemente y discutían sin cesar. Para todos, la paz ya era una quimera inalcanzable. Pero fue entonces cuando Bahadar habló, uno a uno, a cada legado de los hombres y a cada dios. Nadie sabe ni sabrá nunca cual fue su discurso. ¿El dios decidió preservar la obra de su padre, o, como dicen los hombres con demasiada facilidad para quitarse toda culpa, el bastardo de los dioses manipuló de nuevo a todos para llevar el mundo a la tragedia? Esta cuestión no se zanjará nunca. En todo caso, el hecho es que el hijo bastardo de Potestor logró convencer a todos de que renunciaran a los vanos altercados para aceptar el compromiso propuesto por el soberano celestial y para firmar en el muro de Helixan.

**Canto 4**

La ceremonia del juramento tuvo lugar el día del solsticio de invierno, exactamente un año después del día de la homilía de amor de Potestor en la torre más alta de Helixan.

El rey estaba sentado al pie de las murallas de la ciudad, que los hombres y los dioses habían cubierto de inscripciones. Estaba vestido con una toga de lino y coronado simplemente con una diadema de mimbre, como símbolo de humildad, pero guardaba dos atributos reales, su cetro en el puño y una capa púrpura que cubría sus hombros.

Los primeros en jurar fueron los dioses Simar, Sawilda y Aerwind, quienes, tras firmar en el muro, se colocaron al lado del soberano. Justo a la derecha de Potestor, quedaba un asiento vacío, pues el lugar estaba reservado para Bahadar, el príncipe heredero, quien, según se había acordado, sería el último en formular su juramento. Los dioses ausentes de las conversaciones habían enviado emisarios y prometieron al rey que firmarían abajo del muro en la víspera de la boda de Potestor, que se había fijado en el siguiente solsticio de verano.

Luego fue el turno de los treinta y seis legados del concilio, quienes, después de postrarse ante Potestor y haber marcado sus nombres en la piedra, se sentaron a ambos lados del grupo de los dioses, formando un hemiciclo.

Posteriormente, se había planeado que cada soldado, uno por uno, dejara sus armas a los pies del soberano celestial antes de firmar en la muralla. Bahadar intentaba organizar a la multitud de los hombres que estaban esperando su turno para jurar, pero eran tan numerosos que la fila se extendía más allá del valle, bordeando las murallas que antaño habían construído el pueblo de Helixan para contener las hordas de los gigantes, hasta alcanzar el mar. Además, los ejércitos de Ninferheil permanecían en el valle detrás de la ciudad, junto a dragones y gigantes, pues su juramento debía tener lugar durante a noche. El bastardo de los dioses pensó entonces que era imposible hacer jurar individualmente a cada persona en un solo día, así que pronto decidió reunir a los hombres en grupos de treinta y seis, el mismo número que los miembros del consejo, cuidando que estos conjuntos estuviesen compuestos por tres representantes de cada una de las tribus humanas.

Pero, ¿realmente fue una mera cuestión de organización que llevó al bastardo a disponer así a los grupos de humanos para el juramento? En efecto, desde entonces, eran tropas enteras las que se acercaban al padre de los dioses, grupos de treinta y seis guerreros que acudían con sus armas antes de abandonarlas a los pies del soberano. La tragedia era inevitable: mil grupos pasaron durante todo el día para arrodillarse y entregar sus armas sin ningún problema, sin embargo el grupo mil y uno, al llegar el crepúsculo, se comportó de manera bien distinta.

Los treinta y seis soldados del grupo número mil y uno avanzaron hasta el corazón del hemiciclo, como lo requería el ritual, se postraron, pero en vez de tirar sus armas al suelo, de repente se levantaron como un solo hombre para atacar a Potestor. En un instante, el rey fue atravesado por doce lanzas. Potestor cayó de golpe, agonizando en un charco de sangre, el cuerpo treinta y seis veces herido. Los criminales, aprovechando el asombro general, se habían perdido en la multitud.

Inmediatamente, los dioses horrorizados se arrodillaron alrededor del cuerpo del rey. Potestor aún estaba vivo, y logró pronunciar estas palabras, en un estertor: "Perdonad a estos hombres, porque ellos mismos se han castigado al rechazar el amor del mundo".

Fue el comienzo de una gran confusión. Hubo un clamor en la multitud, algunos de los fieles se echaron a llorar, golpeando sus rostros y pechos en señal de expiación, pero otros empezaron a buscar a los asesinos en la muchedumbre, y al no encontrarlos, se pusieron a sospechar de todos los grupos que aún estaban esperando su momento para jurar. El rumor sobre el deicidio se extendió en la fila de los hombres, como una ola que se vuelve cada vez más violenta al deformarse sobre el mar y termina rompiéndose con fuerza contra la orilla. Pronto tuvieron lugar los primeros altercados entre los hombres, cada uno acusando al otro del crimen, y como los grupos estaban compuestos por personas de diferentes tribus que ya no hablaban el mismo idioma y no podían entenderse entre sí, se iniciaron al mismo tiempo miles de reyertas, desde Helixan hasta el océano.

Sin embargo, al pie de las murallas de la ciudad, todavía no había tenido lugar ninguna pelea, tan sólo silencio y consternación. Bahadar se acercó a su padre y abrazó su cuerpo magullado, y quienes asistieron al evento afirmaron más tarde que el bastardo de los dioses dejó caer una lágrima en sus mejillas. Los otros dioses y hombres estaban alrededor, inmóviles y aterrados.

Pronto se oyó un estruendo en las montañas adyacentes, y de repente los humanos que estaban esperando frente a los muros de Helixan fueron aniquilados por siete llamas de lava. Eran los siete dragones que quedaban en el mundo, quienes aprovecharon este momento de consternación para atacar la ciudad. Cruzando el paso que conducía al valle, los gigantes corrían a echarles una mano, seguidos por la legión de los condenados de Ninferheil aullando a la luna que acababa de aparecer entre los picos nevados.

Los dragones se abalanzaron sobre el muro de Helixan para demolerlo y proyectaron los bloques arrancados sobre los hombres que corrían en todas direcciones, enloquecidos. Olbaïd fue el primero en recobrar su cordura. Se levantó para ordenar a los guardias de Helixan que distribuyeran lo antes posible las armas que los guerreros habían abandonado a los pies de Potestor, porque el tiempo de la guerra había vuelto, pero el rey moribundo aún tenía suficientes fuerzas para exclamar: "¡No! ¡No existen otras armas que el amor! ".

Bahadar contempló a su padre y, de repente, todo el amor que había nacido en el corazón del bastardo se convirtió en odio. De pronto entendió cuál era la bondad que profesaba su padre, este sentimiento artificial que llevaba a los hombres a aceptar sin quejarse ser masacrados. El dios pérfido, entonces, se levantó y corrió a esconderse al pie del muro. Luego, una vez en la sombra, recogió una piedra afilada que los dragones habían tirado al suelo. Bahadar pudo distinguir en el guijarro una palabra grabada, que pertenecía a la primera frase del rey de los cielos, "nadie derramará la sangre de los hombres". Sonrió con amargura, apretó la piedra en su puño, y luego, sin ningún remordimiento, la lanzó con todas sus fuerzas contra la sien de su padre. Monalund la luna acompañó el gesto del dios, y así murió Bahadar de la mano de su hijo bastardo.

**Canto 5**

Por primera vez Bahadar había derramado la sangre con sus propias manos, pero no se detuvo para medir las consecuencias de su gesto, sino que corrió hacia el cadáver del rey y se apoderó del cetro del poder. Lo lanzó tres veces contra los dragones y el bastón regresó tres veces a la palma de su mano. Tres dragones cayeron al suelo, y las otras cuatro restantes huyeron espantadas.

Bahadar luego fue a ver a los soldados que guardaban las armas de los guerreros amontonados al pie del muro, y nuevamente ordenó que se los distribuyeran a los hombres. Pero los guardias, que no habían entendido que Potestor acababa de morir, se negaron a obedecer, y cambiaron de actitud sólo cuando los demás dioses confirmaron, con voz temblorosa y grave, la muerte del soberano, lo que significaba que de ahora en adelante el bastardo se había convertido en el nuevo rey de los cielos.

El dios pérfido miró con desdén a estos estúpidos soldados, capaces de obedecer dos órdenes contradictorias en un momento, y luego observó a los humanos que se agitaban frente a la ciudad, buscando desesperadamente a un nuevo líder para esclavizarse y renunciar a sus libres albedríos, y el dios sintió una profunda animadversión.

Designó a doce hombres entre los fervientes adoradores del rey caído y les ordenó discretamente que llevaran el cadáver de Potestor dentro del palacio. Y el dios pérfido, que ya no tenía nada que hacer en compañía de los hombres, siguió el séquito fúnebre hasta el corazón de la fortaleza.

Bahadar cubrió el cuerpo de su padre con un sudario de seda blanca y colocó el cadáver en un sarcófago de oro y ébano. Fue entonces cuando una extraña criatura alada se posó sobre el ataúd, y los doce sirvientes que estaban ayudando al diós quisieron ahuyentarla, pues parecía un dragón en miniatura, pero el bastardo de los dioses retuvo sus brazos, descubriendo que en realidad era Feyniss, el retoño dragón que Potestor había domesticado nada más nacer, que se negaba a separarse de su amo, incluso después de su muerte. Después de los preparativos, Bahadar ordenó a los doce hombres que penetraran con el sarcófago en los túneles de Helixan, porque ésta era la forma más segura de evitar la guerra y llegar a Caelvala, el palacio de los cielos. Justo antes de entrar en los subterráneos, el dios oyó, afuera, a las tropas enemigas gritando victoria. El dios se encogió de hombros y se sumergió en la oscuridad.

Caminaron tres días y tres noches en el frío laberinto, perdidos en la oscuridad. Se guiaron gracias al eco de los gigantes en la grieta del mundo, pues el camino bordeaba la hendidura que los duendes habían excavado hasta las profundidades de la tierra, en la primera edad del mundo. En cada parada del séquito, fantasmas y espíritus de los muertos enviados por Monalund, la diosa del inframundo, trataban de apoderarse del cadáver y arrojarlo al abismo, pero el niño dragón, agarrado al sarcófago defendía el cuerpo del rey mordiendo sus manos etéreas, arañando sus rostros de humo.

Bahadar, mientras tanto, no decía nada y tampoco actuaba. Más lúgubre que nunca, se fundía en la oscuridad, dejándose invadir por la sombra de la duda. Por fin se había convertido en el rey de todas las cosas, había saciado su deseo de venganza matando a su padre, y desde entonces ya no estaba animado por ningún proyecto, ni generoso ni siniestro, pues en realidad el poder no le interesaba, ni tampoco la destrucción del mundo o la búsqueda de una felicidad inaccesible.

El séquito tomó caminos sin nombre por las entrañas del mundo, pero al tercer día los hombres finalmente vieron la luz al salir de los túneles. La ciudad de Beteliand se podía adivinar a lo lejos, dominada por la efigie del rey de los dioses victorioso tallado en la roca, pero Bahadar quería evitar encontrarse con los hombres y dirigió a sus sirvientes hacia las montañas del poniente en dirección a la escalera de los dioses. Cada noche caminaban por el páramo y se escondían durante el día, por temor a cruzar enemigos, y también, pero Bahadar guardaba esto último en secreto ante sus sirvientes, para que Sólsun, el dios del sol, no los viera.

Al tercer día de marcha, los hombres comenzaron a notar el hedor que emanaba del sarcófago. La carne del rey de los tiempos se estaba pudriendo, poco a poco, y los insectos, amigos del dios bastardo, comenzaban a devorarlo. Los doce sirvientes, que idolatraban al rey de las edades, no podían resignarse a ver como se estaba corrompiendo el cuerpo divino. Entonces, le pidieron consejo a Bahadar, y éste contestó:

"Si dejáis el cuerpo como está ahora, seguirá deteriorándose, pero de sus despojos puede nacer una multitud de otras vidas, como por ejemplo gusanos y cucarachas. En cambio, si queréis mantener este cuerpo intacto, entonces tendréis que embalsamarlo, de este modo no lograreis llamarlo a la vida, pero podréis mantener su cuerpo inalterado."

Los sirvientes no entendieron el sentido profundo del discurso del dios traicionero, pero la idea de los gusanos y las cucarachas les pareció intolerable a todos. Por lo tanto, durante todo un día buscaron en el páramo plantas para embalsamar el cuerpo. Abrieron el vientre del rey, lo destriparon para llenar el interior del cuerpo con aceites y ungüentos preparados por el bastardo de los dioses. Finalmente, satisfechos, devolvieron el cadáver al sarcófago y reanudaron su viaje, sin darse cuenta de que el niño dragón se había quedado para devorar el corazón y las vísceras del rey esparcidas por el suelo. Indudablemente, los sirvientes al ver esta escena hubieran tratado de matar a la criatura, pero en realidad así fue como el dragón logró heredar el alma y los poderes del rey de los cielos.

**Canto 6**

El séquito llegó a la llanura de Galdenor al amanecer del séptimo día, y subió los mil escalones de la escalera de vidrio, portando el sarcófago. En la terraza del mundo Unaya, la reina del cielo, estaba esperando, y junto a ella estaban Mayda, la madre de Potestor, y Kindinya, la diosa niña. Los duendes de Caelvala, detrás de las tres diosas, se echaron a llorar al enterarse de la muerte del padre de los dioses.

Sin embargo la esposa del rey permaneció extrañamente serena y declaró a la asamblea:

"Secad vuestras lágrimas y detened vuestros tormentos, pues este día es feliz. No tengáis miedo, ya que pronto el rey renacerá a una nueva vida. Se levantará de su tumba y os llevará a la victoria y hacia una nueva armonía. "

La reina entonces instaló el sarcófago en una habitación en el corazón del palacio e invitó a todos a contemplar como el soberano iba a resucitar. Cogió su cetro, que Sawilda, la diosa salvaje, le había ofrecido durante la fiesta del perdón, y que tenía el poder de otorgar nueva vida a lo que estaba muerto. Sin embargo, cuando aplicó la varita a la frente del soberano, de repente se escuchó un aullido de dolor que hizo temblar las paredes de cristal del palacio celestial. Era Potestor, quien acababa de recobrar la vida, pero su cuerpo estaba lleno de veneno que quemaba su carne desde dentro. El rey siguió gritando su sufrimiento, incapaz de articular una palabra, retorciéndose en atroces convulsiones.

La asamblea quedaba paralizada por el horror de la escena. Ayli, la madre del rey, fue la primera en reaccionar, y pidió a todos que abandonaran la habitación, incluida Enwë, a quien los guardias del palacio tuvieron que separar a la fuerza del cuerpo de su marido. Una vez en la sala del trono, mientras aún se escuchaban los intolerables chillidos que corrían por los pasillos del palacio, Ayli interrogó a los doce sirvientes, y estos últimos explicaron como Bahadar les había enseñado cómo embalsamar el cadáver. Al pronunciar el nombre del dios traidor, todos se dieron cuenta de que el dios pérfido ya no se encontraba junto a los demás en la sala de trono. Entonces Mayda ordenó a los hombres que lo buscaran para castigarlo.

Luego, mientras los sirvientes del palacio se dispersaban para perseguir al deicidio, la madre de los dioses habló a Unaya. Le explicó que el sufrimiento del rey sería eterno y no podía ser apaciguado. La reina de los cielos escuchó en silencio las palabras de la madre de todas las cosas, y después cogió una daga de cristal hecha con el fragmento de uno de los espejos de Caelvala. Fue a la habitación donde reposaba Potestor, lentamente y sin derramar lágrimas, decidida a acortar los sufrimientos del rey, antes de suicidarse con la misma daga, para permanecer unida para siempre a su esposo.

Mientras avanzaba, digna, estoica, hacia la cámara, los doce sirvientes que habían embalsamado el cuerpo del rey acababan de encontrar a Bahadar, que estaba bajando a toda prisa las escaleras de Caelvala para huir. El dios pérfido se volvió y lanzó el cetro de poder que tenía en sus manos contra los doce perseguidores y hubo un gran destello que desgarró el firmamento.

De repente, justo cuando el cetro alcanzó a los doce hombres, todos los seres del mundo quedaron inconscientes; absolutamente todos, dioses, humanos, gigantes y dragones, el rey en su sarcófago, los animales, las plantas e incluso las rocas y la arena, el mar y el viento, la luna, el sol y las estrellas, todo los que vivía en el universo de repente se detuvo en el tiempo.

Y cuando se reanudó el transcurso del tiempo, el cetro de Potestor, lanzado al aire, cayó sobre los peldaños de la escalera de vidrio y, al chocar se rompió en siete veces siete pedazos, que volaron por la bóveda del cielo para dispersarse por el mundo. Los doce hombres que perseguían a Bahadar, inmovilizados justo cuando el cetro les estaba alcanzando, se convirtieron, cuando despertó el mundo, en doce constelaciones que aún se pueden obsevar en el cielo.

Solo tres seres en el universo permanecieron despiertos durante aquel extraño desmayo, tres seres que lograron desafiar el tiempo: Mayda, la diosa más antigua, Kindinya, la eterna niña y Feyniss, el dragón que había devorado el corazón del rey del cielo y poseía su alma inmortal.

Y he aquí la razón de este sueño repentino: cuando Mayda ordenó a todos que salieran de la cámara donde yacía Potestor, un ser permaneció en la habitación, un ser tan pequeño e insignificante que había pasado desapercibido a los ojos de todos. Era la niña Kindinya, a quién los gritos del rey habían impresionado más que a nadie, y que se había acurrucado en un rincón escondido de la cámara.

La puerta se había cerrado sobre ella y, como no logró abrirla, se quedó atrapada en la habitación a oscuras, en compañía del rey ni vivo ni muerto que vociferaba, se retorcía de dolor y la miraba fijamente, con los ojos en blanco. Aterrorizada, la niña no sabía qué hacer, entonces cogió la varita de Unaya, que la diosa había dejado ahí, y golpeó el cuerpo del rey con ella. Por supuesto, no produjo ningún efecto, excepto una nueva convulsión, más fuerte que las anteriores. La niña, espantada por este último sobresalto, perdió el equilibrio y al caer, rompió el cetro de la reina, y de este modo, detuvo el tiempo.

El silencio se hizo, repentino, y Mayda entonces oyó los gritos de la niña. Le abrió la puerta de la cámara, y cuando Kindinya salió de la habitación, el tiempo se reanudó.

Sin embargo, por desgracia, todo había cambiado. Los dioses, al despertarse, se habían convertido en fantasmas. Y desde ese día, los humanos pueden percibir la esencia divina en todas las cosas del mundo, pueden sentir la queja de Aerwind mientras escuchan cantar el viento, la voz de Simar rugiendo en el incesante oleaje, el murmullo de Sawilda en el hueco de los troncos de los robles venerables, la gracia de Liebama en las sonrisas de las mujeres, la llamada de Monalund, las noches de luna llena, el calor de Sólsun cuando el sol acaricia sus pieles, el peligro de Feobran cuando se acercan demasiado a las llamas, la dulzura de Unaya en las lumbres de los hogares, los consejos de Bahadar cuando se les ocurren ideas astutas, y el corazón del rey que palpita en sus propios pechos. Sí, los humanos aún pueden, si están atentos, escuchar a los dioses, pero las envolturas corporales de las deidades han desaparecido, se han vuelto invisibles a sus ojos.

Todos los dioses se han extinguido, excepto Mayda, Kindinya y el dragón Feyniss, que aún viven en Caelvala, el palacio de las nubes que nadie puede ver, excepto los días de lluvia y de melancolía, cuando la niebla nos permite descubrir el arco iris, que siempre creemos cerca pero que nunca nadie puede alcanzar.

**Canto 7**

Al darse cuenta de que los dioses habían desaparecido, Mayda cogió la mano de Kindinya, su bisnieta, y la llevó a la terraza del mundo para descubrir qué les había ocurrido a los hombres. Pero ellos no habían experimentado la misma tragedia. Mayda observó cómo los ejércitos de Ninferheil estaban destrozando a sus enemigos, cómo los perdedores, retirándose, ya estaban preparando su contraofensiva. Los hombres habían matado a su amado hijo, Potestor, y obviamente no habían aprendido nada de sus errores pasados. La madre del mundo, contemplando a estos duendes imbéciles que se arremolinaban en el páramo, dispuestos a masacrarse de nuevo, sintió de repente un profundo desapego. Su rostro cambió, tomando su aspecto más aterrador, pero Kinbdinya, que amaba a su bisabuela y la veía siempre con ojos inocentes, no lo notó. Y la vieja diosa pronunció estas amargas palabras mientras contemplaba el mundo:

"Miserable gente pequeña, niños caprichosos, dementes y criminales, habéis matado a los dioses y habéis rechazado la Armonía. Escuchad ahora mi sentencia.

Ahora conoceréis los horrores del tiempo contado, del tiempo que mata al amor, que destruye el poder. Vuestras obras serán como castillos construidos piedra a piedra sobre la arena, condenados al derribamiento, tarde o temprano. Y del tiempo amargo, inexorable, invencible, no esperéis ninguna piedad, de esta tortura sólo la muerte vendrá a liberaros. Os volveréis mortales, y nada nunca será eterno en el mundo, excepto esta misma sentencia que ahora estoy pronunciando."

Y así comenzó la sexta edad del mundo, la era del castigo. Los seres humanos fueron condenados por el tiempo, y todo desde entonces está llamado a perecer.

Desde entonces, el tiempo prohíbe el amor, en todas sus declinaciones, el amor de los amantes, pues nunca más los enamorados podrán conservar la armonía soberana entre sus brazos. Las madres desde entonces deben parir con dolor, y la infancia es enclenque, dura mucho más que la infancia de los animales, para que los padres permanezcan encadenados a su descendencia, que deben proteger contra la naturaleza hostil y sobre todo, contra la locura de otros hombres. Y cuando los niños se convierten en adultos después de robarles a sus padres sus mejores años, a su vez, tienen que proteger a sus ascendentes. Y para defender a los ancianos y a los niños, y para poder sobrevivir en este valle de lágrimas, los humanos se encadenan a la tierra, pues desde la terrible sentencia de Mayda las cosechas también enferman y mueren, y el mundo conoce las hambrunas y las epidemias.

Y desde el día del gran castigo el miedo a la muerte se convierte para los humanos en su única razón de vivir. Están constantemente tratando de trascender la muerte, preguntándose si existe vida en el más allá. Algunos mortales intentan crear mil obras en la tierra con la vana esperanza de que sean eternas; otros quieren conquistar el mundo y buscan los fragmentos del cetro del rey de las edades que se perdieron en la tierra; otros por fin, que se llaman a sí mismos humildes, pero son los más orgullosos, levantan templos con flechas apuntando hacia las nubes y se arrodillan cuando invocan el cielo, pero el silencio es la única respuesta a todos ellos, por los siglos de los siglos.

Y para los hombres que se niegan a luchar contra la muerte, sólo quedan dos cosas en el mundo para ahogar sus desgracias, el vino y el olvido. Sin embargo el vino lleva en él el sello del dolor, el vino es más que todo condenado por el tiempo y el olvido imposible para las mentes lúcidas.

Mayda, después de haber dictado su terrible sentencia hacia el mundo de abajo, cogió la mano de Kindinya, su bisnieta, y dejó que Feyniss el dragón se convirtiera en el guardián de Caelvala. La diosa se fue por los pasillos del palacio y encontró en el suelo de cristal la daga que poseía Unaya en el momento del gran desmayo. Cogió el puñal y miró a la niña, que la estaba observando con sus ojos siempre abiertos, unos ojos tan grandes que tal vez hubiesen podido soportar el brillo de toda la verdad en su conjunto, pero sin lograr entenderla, unos ojos que miraban sin juzgar, que no pensaban pero que lo reflexionaba todo.

Mayda no pudo soportar la mirada de la niña, entonces, para no tener que volver a contemplar este mundo de tristeza y guardar sólo en su memoria la belleza de la primera Armonía, la dama del tiempo, en un sollozo de sangre, se clavó la daga en los ojos.

La pequeña Kindinya observó a la anciana sin mirada, y recordó a aquel gigante ciego, que le había pedido que le legara sus ojos el día de la fiesta del perdón, y que gritaba venganza en el mundo de abajo.

Sí, aquellos dos seres tan diferentes, Oynog, el hijo amado de Mordod, y Mayda, empezaban a parecerse, unidos por su fealdad y su odio hacia los humanos. El mismo dolor los animaba a ambos, el mismo deseo de cancelar el tiempo para por fin encontrar la felicidad eterna, el tiempo de Armonía, el amor más perfecto en el universo ausente, los tiempos anteriores al tiempo.

Y a la espera del fin del mundo, en el cielo invisible viven las dos últimas deidades: la diosa niña, que llaman azar, quien guía, cogida de la mano, a la antigua diosa ciega, que llaman fatalidad.

La sexta edad del mundo duró siete mil años, y todavía dura hoy, pues los humanos estamos viviendo en la era de sufrimiento, todos conocemos el castigo del tiempo.

Sin embargo, sería inútil contar la historia de los hombres sin los dioses, ya que desde que la antigua diosa pronunció su sentencia, ningún hecho humano sobrevive al paso del tiempo, ningún acto sirve para cambiar el cruel destino de los hombres, para frustrar los caprichos infantiles del azar o las sentencias seniles del destino.

**POEMA 7: Los tiempos contados del porvenir.**

**Canto 1**

Mientras que todo el pasado relatado hasta ahora se ha borrado para siempre de la memoria de los hombres, sólo el porvenir de esta historia es conocida, sin embargo, ellos intentan obviarlo, pretendiendo al contrario conocer el origen del mundo y desatendiendo lo único que podrían saber, su final.

Los humanos obstinadamente recurren al pasado para buscar respuestas a sus preguntas, preguntan a dioses olvidados en el cielo improbable. Inventan nuevas religiones para colmar sus lagunas, se matan entre ellos para imponer sus mentiras, que sus vecinos contradicen con las suyas propias, en lugar de preocupase por el futuro que sólo debería interesarles, pero que fingen ignorar.

La destrucción del mundo es ineludible, pero los humanos estúpidos se niegan a considerarlo. Una vez que sea obvio para todos, no sabrán unirse para evitar la tragedia, y si por como algo extraordinario logran entenderse, será demasiado tarde.

El fin del mundo se acerca, inexorablemente. No se trata de la premonición de ningún profeta necio supuestamente inspirado por dioses inventados, sino el fruto de una observación lúcida. Es un hecho que resulta de una lógica implacable, tan evidente como la muerte de cada uno de nosotros, porque la única cosa en la tierra de la que tenemos seguridad, incluso más que el pasado cambiante a la merced del recuerdo, incluso más que el presente, acunado por la ilusión, está en el futuro, y es nuestro óbito. Y así como todo hombre debe fallecer tarde o temprano, la tierra entera perecerá también. El fin del universo y todas las cosas aquí abajo está en marcha, y el ser humano es el único culpable. El hombre lo sabe, siempre que quiera saberlo, pero prefiere mirar para otro lado, hacia un más allá en el cual nunca penetrará el secreto.

Y en lugar de unirse para salvarse, los humanos asustados por la muerte intentan recolectar los trozos del cetro de poder que antaño cayeron sobre la tierra. Temblando, agitan frenéticamente todos estos fragmentos y se imaginan dueños del mundo, se creen grandes bajo las estrellas al poseer una pequeña partícula de la verdad. Pero los hombres nunca serán dueños del universo, sólo conseguirán destruirlo para siempre.

Este cuento llega a su fin. La destrucción del mundo se ha arraigado en el presente, y pronto los doce dioses desaparecerán uno tras otro del universo. Ya conocemos a las primeras víctimas, asesinadas por los humanos alienados, que se burlan de su propia muerte.

Una primera deidad ya ha desaparecido. Se trata de Liebama, la dama de la sonrisa.

Los humanos navegaron hasta el fin de las aguas, y allí, un buen día, a fuerza de buscar en los confines del mundo, descubrieron una isla, en el lejano poniente, cerca de la línea del horizonte. Era la isla de la belleza, del amor y de la abundancia donde antaño vivía Liebama y que Sólsun abrazaba en cada atardecer.

Las únicas defensas de la isla eran barreras de corales y un bosque exuberante, no existían guerreros, ni nobles ni rey. Al ver llegar navíos, la gente de la isla preparó collares de flores para dar la bienvenida a los extraños, pero comprendieron de inmediato que estos hombres no estaban allí en busca de un remanso de paz y libertad, sino para conquistar la isla y saquearla.

Los marineros desembarcaron. Las cabezas cubiertas con cascos, los torsos revestidos de hierro, sostenían en sus manos palos que escupían fuego. Entre ellos había hombres vestidos de negro, como cuervos agazapados que croaban en un idioma desconocido, y que llevaban estandartes con un corazón tachado con una cruz.

Las mujeres en la isla feliz, inspiradas por Liebama, eran todas hermosas y gráciles, con la piel dorada por las caricias del sol, los besos del hermoso Sólsun. Por desgracia, los navegadores, al contemplar a este pueblo desnudo, sólo vieron el vicio donde en realidad había candor y virtud. Los hombres cuervos agruparon a los hombres para obligarlos a cubrirse, mientras que los demás foráneos, excitados por la desnudez de las mujeres, las violaron.

Luego, cuando el jefe de los navegantes vio en el cuello de una de las mujeres un collar de oro macizo, que una vez había sido el regalo de Lyelos a su esposa, dedujo que la isla poseía tesoros fabulosos, enterrados. Entonces mandó que los nativos trabajaran, y les hizo cavar la tierra, hasta la extenuación, pero no encontraron la menor pepita de oro, pues los únicos tesoros de la isla eran la naturaleza generosa y la belleza de su gente.

Los marineros mataron a la mayoría de los indígenas en la tarea, pero perseveraron en la idea de que la isla rebosaba de oro. Entonces, tras haber aniquilado al pueblod de Emya, decidieron regresar con nuevos esclavos, hombres de piel negra en las bodegas de sus naves funerarias, para continuar buscando el metal precioso.

Así murió Liebama, que vivía en las almas de los habitantes de aquella isla, y que fue violada, desposeída y luego ejecutada por los estúpidos humanos, quienes, no contentos con provocar esta tragedia, se regocijaron, al contrario, por haber impuesto la moralidad y la Verdad en aquellas tribus salvaje más allá de las aguas.

En efecto, los ínfimos seres humanos creen poseer la verdad, esta verdad que todos los dioses buscaron y no supieron encontrar, esta verdad que existe realmente pero que no está al alcance de nadie, los hombres piensan encontrarla en un dios único hecho a su imagen gestera. Y este dios que llaman de amor ahuyenta al amor de los amantes, que consideran sucio y pecaminoso, el amor de los amantes que sólo crea la armonía, y sin el cual no podría existir ningún otro amor en la tierra, ni el amor de los padres, ni el amor a la vida, ni el amor por el mundo.

Los humanos morbosos veneran un amor frígido, que sitúan en el más allá, para fingir la compasión. Llaman fe a sus falacias, civilización a su barbarie y, calentando sus corazones a la lumbre de sus autos de fe, ni siquiera se dan cuenta de que están invocando a Wefel, el dios del odio, para que finalmente sea liberado y acuda para aniquilar el mundo.

Sí, Liebama, probablemente la más frágil de todas las diosas, ya ha muerto, hace más de medio milenio, y con su pérdida empezó la decadencia del mundo, la séptima edad del universo. Desde entonces, ya no existirán nunca las utopías de amor, los paraísos perdidos, la desnudez ingenua, el primitivo candor.

Liebama desapareció y tan sólo quedan once deidades en el universo.

**Canto 2**

Después de Liebama, será el turno de Sawilda, la diosa salvaje, y de Aerwind, la libertad, que pronto sucumbirán, exterminados por la insensatez de los hombres.

Los humanos estúpidos nunca se sacian con nada, incluso cuando están repletos, no paran de fabricarse nuevas necesidades, exigiendo siempre más de lo que la naturaleza les puede ofrecer. Trabajan arduamente para permanecer ociosos, y despliegan toda su inteligencia al servicio de su idiotez. Saquean los tesoros de la tierra, ansiosos y convulsivos, luego los desperdician y los abandonan por nuevos caprichos.

Así pues, poco a poco, los hombres desnaturalizarán el mundo y lo vaciarán de su sustancia. Perforarán el desierto para extraer fango graso que quemarán para asfixiar el cielo, lanzarán salvas en las nubes para hacerlas llorar, cortarán las montañas por el simple placer de deslizarse por sus laderas heridas, derretirán todas las nieves y desaparecerá el invierno, arrojarán vómito en los ríos y en las olas del océano, envenenarán los suelos más fértiles, arrebatarán los árboles para convertirlos en miles de pergaminos arrojados a los cuatro vientos, encarcelarán los animales salvajes para burlarse de su decadencia, cruzarán bestias contra natura, darán carne a los herbívoros y castrarán a las fieras, sacrificarán rebaños enteros para comer solo pequeños pedazos y arrojarán el resto a sus perros esclavos que pasearán con correas y a los que prohibirán cazar, enredarán el bosque con caminos tan negros como sus almas, e incluso llegarán a depositar sus basuras en la luna, y lograrán robar al trigo su semilla. Y nunca dejarán de conquistar nuevas tierras vírgenes, en busca de paraísos olvidados, pues los estúpidos humanos, asqueados por su propia existencia, intentan a toda costa escapar de ellos mismos, se obsesionan con el más allá, con los lugares aún no descubiertos, sin percatarse que van destruyendo todos aquellos lugares a medida que los van descubriendo.

Sawilda morirá pronto, pues el bosque se corta para erigir sobre sus escombros los hábitats de los hombres, que crecen y se multiplican tan rápido como las ratas, que se amontonan en el ruido y lo pintan todo uniformemente de gris, el gris de sus construcciones trogloditas que se enquistan en las profundidades de la tierra y perforan las nubes, el gris de sus cielos que escupen humos sofocantes, en el gris de sus ropajes que les hacen olvidar su naturaleza animal pero que les ahoga, el gris de sus ideas negras, de sus espíritus intoxicados por la gloria o el alcohol, el gris de su vil metal.

Y el metal se convertirá en la droga más embriagadora y dañina, el hombre no podrá prescindir de ella, sentirá la necesidad de aumentar constantemente la dosis para satisfacer su felicidad, su vicio y su pesadilla, necesitará tragar más y más acero, y sabiendo perfectamente que todo este acero que se inyecta lo lleva inexorablemente a su pérdida, seguirá queriendo acero, hasta que finalmente se desmorone bajo el peso de los colosos de metal que él mismo habrá engendrado.

Todos estos monstruos de acero de múltiples formas y facetas formarán una cadena pesada que aprisionará los cuerpos, los corazones y las mentes, pero los humanos alienados se esforzarán por creer lo contrario. Sus cuerpos se harán frágiles por culpa del metal, y los hombres pensarán que el metal los sana, su felicidad, su amor dependerá del acero que les proporcionará aparentemente el confort de una vida sedentaria, pero que los socavará desde el interior, y los hombres, dependientes en grado sumo, se convertirán finalmente en esclavos de estos gigantes de hierro y cobre, que dictarán sus leyes al mundo y serán los verdaderos amos del universo.

Y la fría lógica de estos colosos de metal matará a Aerwind, la diosa del viento. Mientras se multiplicarán los frutos de la tierra, los monstruos de acero impedirán que se compartan. Dividirán el mundo en dos partes, con una línea que cruzará el universo: los de arriba, en el Septentrión, morirán por el exceso, y los de abajo, en el Meridión, conocerán la escasez. Y aquellos de arriba, cargados y armados de metal, vigilarán el mundo para proteger su abundancia de la envidia de aquellos que no tienen nada, y rodearán la tierra con alambres, aprisionando a Aerwind, impidiendo que el espíritu libre vuele sereno sobre el mundo. Y la diosa morirá atrapada en las cuchillas de esta red de acero, sin aliento, agonizando en el humo metálico, las alas clavadas en las rejas de las fronteras humanas.

Sí, Sawilda y Aerwind serán las siguientes víctimas de esta tragedia que aún no ha ocurrido, pero que ya está escrita.

Y desde entonces ya no existirán raíces ni ramas ni frutos, ni el cantar de un pájaro, ni el aullido de la fiera, ni el gemido de su presa. Ya no existirá nada salvo el opresivo desierto, la roca y el polvo.

Sawilda desaparecerá y tan sólo quedarán diez deidades en el universo.

Y ya no existirá rebeldía en la tierra, sólo banderas sangrientas y vanas fronteras. Ya no habrá más cantares ni gritos de libertad, desde entonces las gargantas sólo servirán para engullir.

Aerwind desaparecerá ya tan sólo quedarán nueve deidades en la tierra

**Canto 3**

Agitando frenéticamente los fragmentos del cetro de Potestor, el hombre buscará el arma suprema para apoderarse de los otros trozos del bastón de poder y de eternidad, poseídos por otros hombres que buscan lo mismo, y en esta carrera insensata encontrará a Feobran.

El dios guerrero escapará de su jaula de cristal, liberado por los humanos que lo habrán buscado hasta en el lado oculto de la luna, hasta el final de las estrellas conquistadas una a una, para acabar encontrándolo.

Y cuando lo hayan encontrado, los hombres agruparán todos sus esfuerzos, toda su inteligencia, toda su ciencia y conciencia, para romper los barrotes de cristal que lo mantienen prisionero.

Feobran será liberado, y al escapar, el dios fuerte y bárbaro satisfará su deseo de venganza matando a su carcelera, la bella Unaya, la reina de los cielos pacíficos, que duerme desde el principio de los tiempos junto a su marido, el soberano de los dioses.

La dama del palacio celestial morirá en un estridente llanto, el último grito que se escuchará en el firmamento y que sonará, rompiendo el aterrador silencio del cielo que se había callado desde que el hombre conoce el tiempo contado y gesticula por la tierra ; este cielo que, con su silencio, aún más despreciativo que el vano insulto, respondía a la tierra crepitante, a los hombres que sin tregua lo cuestionan, que se atormentan por saber si existe o no, atemorizados al saber que si existe un palacio maravilloso nunca morarán allí, y que si no existe, no hay ningún otro lugar más allá de este valle de lágrimas.

El grito de Unaya resonará en el firmamento y por fin responderá a todas las preguntas sin respuesta de los hombres, pero ninguno sabrá escucharlo, ya que todos estarán ocupados animando a Feobran que habrá regresado por fin a la tierra.

Unaya, la llama que calienta y sana se extinguirá, apagada por el fuego bárbaro que devora la vida y roe las esperanzas. Feobran clavará sus dos espadas de lava en el cuerpo de su carcelera, una en su corazón, destruyendo para siempre el amor, y la otra en su garganta, para silenciar el grito del cielo.

Sí, Unaya morirá a su vez, asesinada por el dios de guerra, y desaparecerá el amor, la paciencia; se apagará la llama de la esperanza en cada corazón.

Unaya desaparecerá y tan sólo quedarán ocho deidades en la tierra.

Entonces Potestor, que reposa al lado de Unaya, se despertará y gritará de dolor, no por el veneno que fluye en su cuerpo, sino por la muerte de su esposa.

El viejo rey, demacrado, destripado, asqueado por la estupidez de aquellos hombres que, por temor a la muerte le condenaron a permanecer entre vida y muerte, aullará en la noche, pero nadie escuchará su queja.

Se levantará y encontrará junto a la cama la daga de cristal que Unaya había reservado para suicidarse, y plantará este puñal en su cuerpo. Por desgracia, al no tener venas ni corazón, cada una de sus puñaladas será vana, y tendrá que cortarse la piel en treinta y seis ocasiones antes de que su cabeza caiga de su cuello y muera por fin.

Y de este modo Potestor, el más humano de los dioses, desaparecerá para siempre, después de una larga agonía que habrá durado desde su nacimiento. Y justo antes de que su cabeza se separe de su cuerpo, sus ojos en blanco proyectarán en su mente todas las imagines de su vida. Volverá a verse a sí mismo como un niño corriendo desnudo bajo las estrellas, como adolescente caprichoso, joven prepotente y celoso, y finalmente verá el amor, el amor que lo convirtió en sabio o loco, poco importa al fin y al cabo, pensará entonces, pues lo único que no lamentará en este momento será haber amado, o al menos haberlo intentado.

Sí, Potestor morirá, y una canción resonará, suspensa en el aire: “Una tierra, un sueño, un rey, unidas son piedra y carne, el niño convertido en hombre, es nuestro Creador y padre”.

Potestor desaparecerá y tan solo quedarán siete dioses en la tierra.

**Canto 4**

Mientras que en el cielo desaparecerán el rey y la reina, Feobran liberado de sus ataduras triunfará en la tierra, y entrará al servicio de todos aquellos que le habrán llamado. Obedecerá a todos los ejércitos al mismo tiempo, siguiendo las órdenes contrarias de cada fragmento del cetro de poder que los hombres habrán encontrado en la tierra.

La guerra asolará el mundo, la guerra implacable, cuyos motivos, buenos o malos siempre conducen a la misma sinrazón, la guerra siempre fraticida de humanos contra otros humanos, de Feobran el soldado contra el mismo.

Los conflictos serán cada vez más sangrientos y las víctimas designadas serán los niños, las mujeres y los ancianos, mientras que los soldados podrán refugiarse para matar a ciegas, y pronto ya ni siquiera necesitarán blandir armas o ver al enemigo enfrente. El metal ayudará a los guerreros en esta lucha a distancia, los monstruos de acero se encargarán de todo el trabajo sucio, y las armas, cada vez más poderosas, algún día lograrán destruir pueblos enteros en un solo abrir y cerrar de ojos, sin que el humano tenga que levantarse de su asiento. Hasta que un día, Feobran, el dios del fuego, aliado a los gigantes de metal, descubra el arma definitiva capaz de aniquilar a todos los enemigos al mismo tiempo, y entregue su secreto a todos los bandos a la vez.

Con una simple presión del índice, un hombre más loco que los demás tarde o temprano usará esta arma definitiva y de pronto el mundo será destruido. Y en ese momento, el dios del fuego acabará con todos los conflictos, inmolándose en una gigantesca nube de humo que explotará en la tierra, y todos los humanos serán destruidos al instante. Ninguno sobrevivirá.

Feobran, al obedecer a todos los hombres a la vez, se convertirá en su propio verdugo y en su propia víctima, luchando contra él mismo acabará suicidándose, y cuando se de la muerte, también aniquilará toda vida de la faz del mundo.

Sí, Feobran morirá y ya no habrá más guerra, ni paz, ni odio ni ira, ni vida, ni verdad, sólo un gigantesco páramo de ceniza y polvo.

Feobran desparecerá y tan sólo quedarán seis deidades en la tierra.

Y Feobran, al suicidarse, logrará por fin cumplir el orden supremo que había recibido antaño del rey de las edades, aquel mandato absurdo para el cual nació y que parecía imposible de cumplir.

En efecto, el fuego logrará en este último asalto triunfar por fin sobre el agua, pues la explosion última será tan grande que propagará olas de humo de una potencia extrema, que cargarán contra las olas del océano y lograrán someterlas, y esta onda expansiva secará el mar, matando todos los peces y todos los monstruos marinos, delfines, algas y corales, hasta penetrar en el palacio hundido de Simar, el dios de las aguas, para finalmente matarlo.

Sí, Simar, que se creía a salvo de la estupidez de los hombres en su hogar secreto en los confines del mundo, también perecerá.

Simar desparecerá y tan sólo quedarán cinco dioses en la tierra

**Canto 5**

Por supuesto, será Bahadar, el dios traidor quien, convenciendo a algunos, persuadiendo a otros, habrá empujado a los hombres hacia la guerra suicida. Y justo después de inspirar al demente que habrá utilizado el arma definitiva, Bahadar correrá para refugiarse en lo más alto del cielo.

Subirá los peldaños de la escalera de Caelvala para mejor contemplar desde la terraza de los dioses la espantosa nube que soplará el mundo. Se reirá con ganas pensando en los humanos idiotas que se habrán suicidado, y luego entrará en el palacio celestial para tomar posesión del lugar. Se sentará en el trono de su padre, a quien asesinó antaño, y saboreará los manjares más delicados surgidos de la mesa mágica de Unaya.

Sin embargo el dios, recostado en el trono del soberano, se recgocijará con su triunfo por poco tiempo, pues pronto sentirá un profundo cansancio y se dará cuenta que no hay mayor tormento en el mundo que la soledad.

Bahadar, tras haber corrompido a todos, hombres y dioses, los habrá perdido para siempre, y desde entonces no tendrá más venganza que satisfacer, nadie a quien atormentar, se encontrará solo frente a él mismo, a su propia mente de repente vaciada. Entonces beberá, para engañar su aburrimiento, beberá todas las copas que brotarán de la mesa encantada de Sidarap, un cáliz por cada ser que haya logrado matar, y poco a poco en su delirio comenzará a endosar todas las personalidades de los humanos y dioses que habrá manipulado durante su vida, para ocultar su soledad. Hablará sin cesar, beberá sus palabras, hablará en sus sueños, soñará despierto. Pero no logrará olvidar nada, su mente permanecerá lúcida, pues Bahadar nunca podrá escapar de la razón que lo habrá estado torturando desde su nacimiento.

Así que, atomentado por estos pensamientos que no podrán desvanecerse, caminará tambaleándose, borracho pero clarividente, en los pasillos de Caelvala. Entrará en la cámara mortuoria de Potestor y Unaya, y allí contemplará a su padre, acostado en su lecho funerario, decapitado, lacerado, desollado, feo y repugnante y sin embargo abrazado tiernamente por la eternidad contra el cuerpo de su esposa, que sonreirá, hermosa, cariñosa y serena. Y a la vista de este espectáculo, Bahadar se verá repentinamente atrapado por emociones hasta ahora desconocidas, en su mente brotarán de pronto el remordimiento, la pena, el amor, la ira y todos los sentimientos del mundo.

Saldrá corriendo de la habitación y se perderá por los pasillos de palacio, hasta encontrarse, en el corazón de Caelvala, a Mayda y Kindinya. Entonces Bahadar, al ver a la pequña niña traumatizada para siempre por su culpa, sosteniendo de la mano a la diosa que se volvió senil y ciega, sera nuevamente asaltado por una avalancha de emociones intensas. Sentirá repentinamente una vergüenza inconmensurable por todo el mal que habrá cometido en su vida, tratará de reparar su culpa hablando con las dos diosas, en vano, porque ambas se habrán vuelto locas, después de tantos siglos encerradas. Bahadar no escuchará ninguna palabra sensata de sus bocas, y menos aún palabras de perdón.

Entonces el bastardo de los dioses se dará cuenta de que todavía hay un dolor peor que la soledad, y es el sentimiento de culpa sin ninguna esperanza de redención.

Bahadar volverá a entrar en el palacio y de repente, verá su reflejo en las paredes de cristal, y su imagen en los espejos le parecerá insoportable. Atacará sus reflejos para hacerlos desaparecer, logrará romper una pared, luego otra, y pronto, en su furia, demolerá uno por uno cada muro del palacio de cristal, hasta que toda Caelvala acabe destruida. Bahdar también caerá con la ciudad celestial y al final de su caída el dios morirá en el desierto humeante.

Los jardines de Caelvala también caerán, y del palacio celestial sólo quedará la terraza de los cielos, como una nave solitaria naufragando por la noche, gobernada por el azar y la fatalidad, la niña irresponsable y la anciana ciega, Mayda y Kindinya que habrán salido a tiempo del palacio para refugiarse en aquella balconada, junto al dragón Feyniss, el guardián, como una figura de proa con sus alas hinchadas como velas preparadas para un viaje sin rumbo en la noche infinita.

Si, Bahadar morirá, engullido por sus propias dudas, y con él morirán el bien y el mal, y la loca razón que intenta en vano domar los instintos.

Bahadar desaparecerá y sólo quedarán cuatro dioses en la tierra.

**Canto 6**

Abajo, en la tierra agrietada, donde toda la vida habrá desaparecido para siempre, desde todas las hendiduras del mundo causadas por el fuego último, brotarán las serpientes de los albores de los tiempos.

El buen dragón Feyniss, desde la cima de la terraza de los dioses, al ver a sus semejantes saliendo de los abismos humeantes de la tierra, decidirá ir a luchar contra ellos. Pero justo antes de emprender el vuelo, verá a un peregrino perdido caminando en el páramo. Y el dragón, con sus ojos penetrantes, logrará reconocer al gigante Oynog, el único sobreviviente de la nube asesina.

Oynog el ciego, desde el comienzo de la sexta edad del mundo habrá cambiado. Perdio todo espíritu de venganza cuando su hermano menor Potestor fue asesinado por un guijarro lanzado por Bahadar, un crimen que le recordó cómo él mismo había sido mutilado, en los albores de los tiempos. La transformación repentina de Oynog llegó justo después, cuando al frente de la horda de los gigantes se apoderó de Helixan, junto a los dragones y a los condenados de Ninferheil. Oynog se dio cuenta de que sus enemigos estaban desarmados, y que incluso algunos de ellos empuñaban flores en vez de espadas y se dejaban matar sin siquiera intentar luchar. Y mientras Oynog se preparaba para acabar con un hombre moribundo que tenía en frente, escuchó a su víctima que, en lugar de maldecirlo, oraba por su agresor e imploraba la clemencia divina. Era la primera vez que un adversario se comportaba de esta manera y el gigante estaba aturdido. La piedad retuvo su brazo justo cuando iba a asestar el golpe de gracia, y permaneció clavado en el lugar, sin saber qué hacer. Los otros gigantes vieron a su jefe actuando como un cobarde en el campo de batalla, y después del combate, que fue breve y mortal, lo expulsaron para siempre de la horda. Oynog entonces fue a refugiarse en la montaña más profunda del mundo, en el septentrión, y permaneció allí, petrificado por la duda, sin atreverse a salir de las entrañas de la roca durante siete mil años, hasta que el fuego del fin del mundo le obligó a huir.

Y, renacido mientras todos habrán muerto, caminará sin rumbo, a ciegas por el desierto, hasta que Feyniss lo vea desde la terraza del mundo en el fin de los tiempos. Al escuchar que aún existirá un ser vivo en la tierra, las lágrimas fluirán de los ojos ciegos de Mayda, quien le pedirá al buen dragon que rescate a su hijo, y Feyniss ejecutará la orden de la vieja diosa. Él irá a buscar a Oynog, lo cogerá entre sus garras para dejarlo en la terraza del mundo, antes de volver al páramo para luchar contra sus hermanos dragones.

Feyniss matará a una multitud de monstruos espeluznantes pero, por desgracia, sucumbirá al peso de las serpientes asesinas que se aferrarán a sus flancos, impidiéndole volar, y plantarán sus colmillos en la carne, envenenando su sangre.

Despues de matarlo, las serpientes se reunirán alrededor del cuerpo aún cálido del buen dragón, buscando pitanza y peleándose por el manjar más preciado, el corazón de Feyniss, que una vez perteneció al rey de los dioses. Y una vez que el cadáver de Feyniss se haya tragado por completo y sus huesos hayan sido roídos hasta desaparecer, los odiosos reptiles que probaron el corazón de su víctima se volverán insaciables, y comenzarán a devorarse entre ellos. Los más fuertes se comerán a los más débiles, hasta que queden sólo cuatro dragones, los más poderosos, los que se apoderaron de Helixan en la sexta edad del mundo, y que se llaman respectivamente Norte, Sur, Este y Oeste. Estos cuatro dragones, aún hambrientos, se desafiarán pero aún no se atreverán a luchar entre ellos, pues todos tendrán una fuerza similar. Así que cada uno irá en una dirección mordiendo el polvo, y mordisquearán la tierra poco a poco con sus afilados colmillos, hasta que no quede una sola migaja.

Y cuando se hayan tragado toda la tierra, los cuatro dragones, que todavía no estarán saciados, finalmente se enfrentarán entre sí. El norte morderá la cola del sur, mientras que el sur morderá el norte, y el oeste y el este harán lo mismo, y los cuatro dragones se tragarán gradualmente hasta que no quede nada de sus cuerpos.

Así desaparecerán la tierra y los dragones que existieron desde los tiempos sin tiempo, ya no quedará nada más que el cielo y la terraza de Caelvala navegando en el vacío, con dos ciegos abordo y una niña con ojos inmensos siempre abiertos, pero ya no habrá nada más que contemplar en el universo ausente.

Y como la tierra habrá sido tragada por las odiosas serpientes, no habrá más obstáculos entre el sol y la luna, entre Sólsun y Monalund, y los dos dioses finalmente podrán enfrentarse. Las legiones de las almas malditas cargarán contra las de las almas puras, y pronto el bien y el mal se volverán uno cuando los dos ejércitos se mezclen. Monalund lanzará una flecha asesina a Sólsun, mientras que Sólsun lanzará un rayo mortal contra la diosa, y ambos morirán al mismo tiempo. El sol y la luna desaparecerán repentinamente, y con los dos astros todas las almas de los muertos, y no quedarán ni día ni noche, ni sol ni luna, sólo la infinitud del firmamento claroscuro.

Sí, Monalund y Sóslun serán los últimos hijos de Potestor en perecer, matándose entre ellos, y con ellos morirán los días y las noches, la vida y la muerte, la salvación y la perdición y todas las almas de todas las edades del mundo.

**Canto 7**

Solos en el balcón de Caelvala, en medio del vacío, flotando en el infinito, quedarán tres seres, pero siendo dos de ellos ciegos, sólo una podrá presenciar la lucha entre la oscuridad y la luz, la pequeña Kindinya con los ojos siempre abiertos.

La lucha entre Sólsun y Monalund llegará a su fin y la ausencia de luces y sombras causará en el firmamento una gran confusion, como un inmenso calidoscopio en el cielo ausente.

Las estrellas que traspasan la noche desde los tiempos sin tiempo se quedarán solas en el universo y se reunirán alrededor del alma de Istaril, la estrella del sur, para formar un único astro formidable que llenará de luz todo el infinito. Y esta estrella única será mucho más brillante y cálida que el sol.

Kindinhya no podrá soportar la vista de esta estrella suprema y por primera vez en su vida, tendrá que cerrar los ojos. Pero la estrella pronto empezará a quemar la piel de los tres supervivientes en la terraza del mundo. Ellos intentarán en vano, a ciegas, encontrar una sombra en la terraza del cielo para escapar del intolerable calor. Y mientras estará buscando refugio, Oynog tropezará con el arco de su padre Mordod, que servía para cazar estrellas en los tiempos sin tiempo, y que Potestor, en la locura de su juventud había abandonado allí, después de haber matado la estrella del Norte.

Oynog, junto al arco encontrará tres flechas, dispersas en el suelo. Disparará una primera al azar en el infinito del cielo, luego una segunda, pero, por supuesto, no logrará alcanzar la estrella, pues no podrá verla.

Entonces Kindinya decidirá ayudar al gigante para que éste localice su diana. Abrirá uno de sus dos ojos, decidida a mirar la estrella de forma furtiva para no cegarse con la luz. Pero en cuanto perciba el astro, no podrá resistir la tentación de contemplarlo en toda su plenitud, y abrirá los dos ojos para admirarlo mejor. Será el primer ser que finalmente podrá apreciar la verdad en su totalidad, pero la verdad es insostenible y Kindinya perecerá al descubrirla. La niña sólo tendrá tiempo para indicar a Oynog la posición del astro en el firmamento y luego se desvanecerá atrapada por la luz intensa. Su cuerpo desaparecerá para siempre, y en la terraza del mundo sólo permanecerán sus ojos, como dos canicas de porcelana, una negra y la otra blanca, que rebotarán en las losas de cristal de la terraza del mundo.

Kindinya morirá y nunca más habrá infancia, madurez o vejez, suerte ni destino.

Oynog, seguiendo la indicación de la niña, disparará su última flecha en el centro de la estrella y la extinguirá. Ya no quedará nada en el universo, excepto el vacío y dos seres, Oynog y Mayda. Y estos dos seres pronto se convertirán en uno, porque justo después de disparar su última flecha, Oynog se desplomará. Y con su muerte renacerá por fin el primer ser del mundo, cuya alma se escondiá más allá de la noche, su padre Mordod, que de repente se levantará en el cuerpo de su hijo que acabará de morir.

Así pues, Mordod renacerá en el cuerpo de Oynog y oirá, en el suelo de cristal del balcón de los cielos, sonar dos canicas de procelana, los ojos de Kindinya. Cogerá las dos canicas, ofrecerá la negra a Mayda y guardará para él la blanca.

Maydai colocará en su rostro ciego el ojo negro de la destrucción y Mordod en su órbita ciclópea, el ojo blanco de la Creación. Y ambos podrán finalmente contemplarse con los ojos ingenuos de la infancia. Serán horribles, deformes, dos monstruos seniles desfigurados, pero se verán espléndidos al observarse con los ojos del otro.

Sí, Mordod y Mayda se volverán a encontrar, se perdonarán mutuamente y el amor de estos dos amantes finalmente revelará la verdad, tan cálida y luminosa como la que mató a Kindinya, pero a ellos no los quemará ni les deslumbrará. Mordod y Maydai finalmente podrán acceder a esta verdad que todos buscaron en vano y que ya no servirá para nadie ni nada.

El amor más puro y perfecto reunirá a los amantes que se convertirán en uno sólo, formando de nuevo la Armonía, que una vez se había dividido sin razón.

Y la Armonía, que mezcla todos los opuestos, la mujer y hombre, la noche y el día y todos los elementos, detendrá el tiempo para permitir que los amantes vivan en este cuerpo único la felicidad eterna.

Y así termina o comienza la leyenda del tiempo, redonda como el mundo, sin moraleja alguna, aparte de amar, amar una y otra vez para trascender el tiempo, aunque sea en vano ; la leyenda del tiempo, inventada sin más propósito que la de divertirnos un tiempo, aguardando la muerte.

**FIN O PRINCIPIO**

VER ILUSTRACIONES en YOUTUBE Vincent Milhou las sietes edades del mundo ->

<https://www.youtube.com/watch?v=T3WyC7yN3K4>

CONTACTO : Vincent Milhou

tfno -> 66 77 50 684

Facebook -> Vincent Milhou

Mail -> vincentmilhou@gmail.com